EDUARDO SPRANGER

CULTURA Y EDUCACIÓN

PARTE TEMÁTICA

★ ★

COLECCIÓN AUSTRAL

EDUARDO SPRANGER

CULTURA Y EDUCACION

PARTE TEMÁTICA

★ ★

Teda Aguiar

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.

BUENOS AIRES - MÉXICO

Primera edición especialmente autorizada para la
COLECCIÓN AUSTRAL

Traducción del alemán por Julián Marías

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley Nº 11723

Todas las características gráficas de esta colección han sido registradas en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación.

Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1948

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 20 de diciembre de 1948.

Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. - Iriarte 2085 - Buenos Aires

ÍNDICE

	Pág.
La importancia de la pedagogía científica para la vida del pueblo	11
Formaciones fundamental, profesional y general	33
El problema del encumbramiento	55
La educación de la mujer para educadora	79
Lindsey y la nueva juventud	97
Eros	111
Del eterno renacimiento	125

LA IMPORTANCIA DE LA PEDAGOGÍA CIENTÍFICA PARA LA VIDA DEL PUEBLO

Una vez y otra la triste situación actual del pueblo alemán provoca la comparación con los destinos de 1806/07. El estado de ánimo que entonces dominaba lo ha caracterizado Theodor v. Schoen, uno de los más ardientes partidarios de Kant, con estas palabras: «Había un afán general de hacerlo mejor y de ser mejor, para volver a ser dignos de un destino mejor.» Desgraciadamente no podemos afirmar de nuestro tiempo un afán general por lo mejor semejante. Pero en este círculo de amigos de la educación puedo suponer común la convicción de que la reconstrucción sólo puede resultar mediante educación, de que el espíritu educador tiene como alas las fuerzas del amor, no de la negación, y de que en general tiene que nacer primero el nuevo modo de pensar, antes de que pueda nacer la nueva época.

Entre nuestro tiempo y los días de Fichte, Humboldt y Süvern existen también, sin embargo, esenciales diferencias, que no se pueden desconocer. Entonces se realizaba una construcción de la educación, partiendo de la idea. Dominaba el idealismo productivo. La voluntad de acción de Fichte podría atreverse al intento de producir un mundo entero por medio de los puros pensamientos. La personalidad formadora pasaba por encima de todo. Hoy no se ha extinguido, ciertamente, este poder de la idea; pero su cimiento decisivo en la educación, lo forma la gigantesca vida de la *sociedad*. No basta ya una mera pedagogía de la idea: tiene que agregarse una pedagogía de las realidades. Y una segunda diferencia: la educación nueva fué hace cien años una hazaña de la administración. Lo más distin-

guido de los funcionarios prusianos fué también en este dominio lo que procuró a la idea el vivir en la realidad. Ciertamente, el Estado fridericiano amplió entonces su base. Pero fué precisamente el Estado el que formó y creó todo: un liberalismo desde arriba. Wilhelm v. Humboldt se asomaba ya por encima de estos límites cuando expresaba esta opinión; que la sección de instrucción pública obraba propiamente sólo en representación de la nación, y su destino más alto era hacerse a sí misma superflua. Hoy hace ya muchísimo tiempo que la administración no es capaz de dar orientación a la vida pedagógica entera. Más bien nace la educación del seno de la sociedad, de un modo siempre nuevo y libre. A la inmensa complicación de la vida cultural corresponde la multiplicidad de las formas e ideas educativas. Ya por esto es imposible volver hoy a reducir todo a *un* ideal de formación. Sólo en circunstancias muy primitivas, espartanas, es tan grande la uniformidad de las condiciones de vida, que el pueblo entero está dominado por una idea de la formación, santificada por el Estado. En nuestro nivel sólo puede ser común a todos una cierta norma fundamental del modo de pensar — y por ella luchamos ahora—, pero los contenidos culturales tienen que ser múltiples como la vida misma.

Para el hecho de que ya ni la idea ni la administración solas engendran la pedagogía, encuentro yo síntomas dignos de atención en dos fundaciones de la época de la guerra. Al final de diciembre de 1915 nació la «Comisión alemana de educación y enseñanza», como una ampliación esencial de la más antigua «Alianza para la reforma escolar». El propósito era entonces alcanzar más allá de lo meramente escolar y de técnica administrativa y desenvolver las relaciones múltiples entre la educación y la vida. Se debían unir para conferenciar y trabajar *todos* los interesados en

asuntos de educación. Ciertamente sólo hubo al principio una selección muy libre y suelta de los grupos y los representantes individuales. Pero como un fin último veíamos ya entonces lo que se podría llamar un «parlamento educativo». La tendencia a liberar a las cuestiones de educación de la presión extraña de la política y de los intereses económicos (naturalmente sin amputar sus necesarias relaciones vitales con estos dominios), actuaba oscuramente en la fundación de la «Comisión alemana», y en el fondo tenía acaso como fin un sistema de administración propia de lo cultural, tal como lo he bosquejado en mis tesis para la Conferencia escolar del Reich.

Pero aun más antiguo que la «Comisión alemana» es el «Instituto central de educación y enseñanza», que fué fundado en marzo de 1914 e inaugurado en marzo de 1915. Si allí se reunían las personas, aquí debía unirse por una vez la sustancia de las cosas. Pero el «Instituto central» no sólo quería reunir, sino elaborar y ampliar. Su misión es triple: es una atalaya de observación para las corrientes y necesidades pedagógicas existentes, después un centro de elaboración, y finalmente debe hacer que lo así plasmado vuelva a derramarse en el mundo del que recibió los estímulos. En esta triple función se refleja claramente la relación de la vida popular y la pedagogía en general: podría llamar a la primera «el nacimiento de la pedagogía de la vida popular»; la segunda es la reunión y elaboración en la ciencia pedagógica; la tercera, la reacción de esta ciencia sobre la vida.

I

Comienzo con la idea fundamental y trazo una imagen de la cultura popular como una vida que produce educación una vez y otra.

Todo dominio cultural lleva en sí un impulso de propagación. *Crece,* porque desde el alma solitaria, en innumerables generaciones y combinaciones sociales, se forman valores para el mundo objetivo de la cultura. *Se mantiene en la vida* porque estas formaciones de valores vuelven a transformarse de nuevo en vivencias y conductas subjetivas. Toda creación cultural produce automáticamente una voluntad de educación. Se puede decir: donde hay tres reunidos, hay también un estilo de vida que quiere propagarse. Pero con este nacimiento de la cultura objetiva entran también en la vida educativa enormes contrastes, antinomias y complicaciones: se despierta la lucha de los poderes culturales.

Sigamos este proceso en detalle. Donde es más visible es en la *ciencia.* Toda nueva idea anhela influir en las cabezas de la juventud. Toda nueva teoría quiere adquirir partidarios, para conseguir poder sobre la vida. Así surgió en los días de Platón y Aristóteles la escuela superior de la comunidad misma de la indagación e investigación científicas mismas. Así se renovó —ciertamente, no sin una continuidad oculta — en la cumbre de la llamada Edad Media. Hasta hoy están unidas en ellas la producción científica y la educación científica, en una organización visible de la labor de conocimiento. Pero también fuera de las Universidades y Academias surge incesantemente ciencia que quiere propagarse. Periódicos, revistas, libros, asociaciones, sociedades, no sólo producen material de saber siempre nuevo, sino que son también educadores, que quieren hacer vivo en el pueblo lo elaborado.

En el *arte* es ciertamente donde es menos transmisible la fuerza creadora superior. Y sin embargo también aquí casi todos los maestros anhelan discípulos, incluso sin querer «hacen escuela». Así existen inmediatamente en el arte productivo fuerzas excitantes

que fundan un vínculo de educación artística. Pero como proceso pedagógico es más amplia la vivificación de la capacidad profunda de *goce*. Significa la educación estética en sentido estricto. La flor de arte engendrada por el pueblo mismo, necesita de la cultura espiritual para su conservación. De este conocimiento han nacido asociaciones para el fomento del Arte popular. Las jornadas de educación artística han hecho una labor fundamental. Es inestimable la actividad de la «Atalaya del arte», de la «Liga Durero», de la «Liga de trabajo alemana», para mantener vivas las energías populares, de creación artística y de afición al arte. También vemos aquí la propaganda de los pequeños grupos, en los que con frecuencia arde el fanatismo de una creencia religiosa. Todo lo que se forma del alma tiene hambre de influjo y vida.

Esto no es menos válido del *mundo real de la producción económica y técnica*. Todo método económico de producción necesita la transmisión a la generación siguiente. Así se han propagado a través de los siglos, especialmente en Oriente, técnicas artísticas populares de elevada perfección. Cuanto más complicadas son las formas de producción, tanto más apremiante es también la transmisión pedagógica. Los antiguos gremios no han sido sólo comunidades de producción, sino a la vez comunidades educadoras, en las que se mantenía a un nivel elevado el trabajo de calidad y los sentimientos profesionales convenientes. No se puede decir que el espíritu educativo económico se haya mostrado en el último siglo igualmente enérgico. Casi toda la intensidad del trabajo se ha concentrado sobre el progreso económico y técnico mismo. Pero al fin han surgido, en difícil lucha contra la idea de la cultura general, escuelas de oficios, escuelas de comercio, escuelas agrícolas, tecnológicas y escuelas técnicas superiores. La parte que han tenido los grupos económicos mismos

en estas creaciones pedagógicas se debe estimar tanto como la de los círculos pedagógicos. Los gremios fueron los precursores. Durante mucho tiempo el oficio manual ha dado también la educación para la industria. Pero ahora hay ahí ya una organización cultural muy desarrollada y floreciente de las grandes obras, y en los trabajos de la «Comisión alemana de escuelas técnicas» se encuentra acaso la parte más creadora de la nueva labor cultural alemana. En términos generales: no hay ninguna profesión elevada sin formas educativas propias. Así surgen paulatinamente de la vida misma *ideales profesionales* plásticos, que no sólo comprenden el trabajo especial económico, sino al hombre entero. Ante nuestros ojos apareció el ingeniero alemán, en cuya formación la ciencia de la construcción sólo significa una pequeña parte: visión económica y dotes de organización son igualmente esenciales para él. Para los consejos de explotación tendrán que encontrarse formas culturales completamente nuevas, si deben rendir efectivamente algo para el proceso de la producción. En conexión con los ideales profesionales está también el nuevo dominio pedagógico de la *orientación profesional*. No se la puede entender de un modo demasiado estrecho, si ha de resolver auténticos problemas de educación, y por esto no puede reducirse a la prueba de disposiciones individuales elementales, ni en general ser exclusivamente asunto del psicólogo; más bien tiene aquí el técnico la última palabra y el fin último está en el *ethos* profesional justo.

La fuerza creadora pedagógica de la economía no se limita, sin embargo, a la propagación de formas de producción particulares y de procedimientos técnicos. La historia enseña que a todo sistema económico corresponde un sistema educativo completamente determinado. En las formas educativas del siglo XVII y del

XVIII se refleja no sólo la sociedad articulada estamentalmente, sino también el mercantilismo. Ideas fisiocráticas resuenan en Rousseau, Rochow y Pestalozzi. El liberalismo económico ha sido el que menos ha creado formas de educación acuñadas, porque acataba el principio de la defensa personal económica y de la autoformación, y sólo se esforzaba por desarrollar la humanidad genérica.

El socialismo económico se ha ocupado mucho en épocas tempranas de problemas educativos. Póngase, por ejemplo, lo que el socialista francés Fourier y el socialista inglés Robert Owen han pensado sobre la primera educación del trabajador, junto a la concepción muy diferente que cruza la educación de la humanidad del liberal Fröbel. No hay duda de que no sería pensable una economía organizada de un modo socialista, sin un sistema de educación económico completamente nuevo. Sin embargo, me parece que este problema ha sido hasta ahora meditado poco en sus detalles. Los políticos socialistas al menos han tomado prestado predominantemente del sistema educativo liberal o del democrático de la igualdad abstracta, y han seguido con ello caminos que en todo caso no llevan a la economía socialista, tal como se bosqueja para nosotros en la idea.

Aquí se cruza ya, sin embargo, con la económica *la esfera social*. Aun prescindiendo de los contenidos de la vida social, como se producen en la economía, técnica, arte y concepción del mundo, de la estructura de la sociedad, de sus articulaciones y estratos, surgen espontáneamente relaciones pedagógicas. La diferencia de las *edades* engendra siempre de nuevo los ideales de vida distintos de las generaciones. La adulta querría imprimir su sello a la juventud; la que se está desarrollando hace valer su derecho a un estilo vital propio y a la libre educación de sí misma. Así luchan en

todas las épocas movimientos pedagógicos con movimientos juveniles — con frecuencia también se penetran en síntesis peculiares—. Igualmente la diferencia de los *sexos* conduce a formas educativas ordenadas. A pesar de todas las teorías abstractas se ha desarrollado una cultura femenina específica del seno de la sociedad moderna. Junto a los bienes comunes, la escuela de perfeccionamiento para muchachas, la escuela femenina general, la escuela femenina social y la pedagógico-social llevan un valor de cultura completamente peculiar, que sólo podía elaborarse por el movimiento femenino. Incluso se han hecho cálculos en Alemania para una auténtica Universidad femenina. Recuerdo además la diferenciación de las *estirpes* alemanas, cuyos ideales de cultura particulares se pueden ver claramente en las actas de la Conferencia escolar nacional celebrada recientemente, del modo más preciso para Württemberg. Pero en el primer plano de la atención está actualmente la relación de los *estamentos* y *clases* con la educación. No se puede negar que la voluntad de poder y de vida de toda clase se expresa también en un sistema educativo peculiar. Cada una quiere afirmar su carácter propio y dar vigencia a sus valores. La exigencia de superación de las diferencias de clase es sólo la forma en que se impone una clase ascendente: después también ella desarrollará su tipo especial. En la realidad educativa actual se pueden reconocer aún claramente los estratos históricos: la educación eclesiástico-erudita, la noble, la burguesa, han prosperado sucesivamente, y una proletaria reclama el predominio. El impulso de propia conservación y la voluntad de prestigio de una clase brotan del modo más enérgico de su voluntad educadora. Pero en un suelo enteramente distinto brotan los afanes de nivelación de las diferencias espirituales de clase, dentro de una comunidad nacional. Allí do-

mina la voluntad particular, aquí se buscan la comprensión y la unidad. La época presente ha creado una multitud de orientaciones educativas, cuyo fin es llevar el patrimonio espiritual de la nación y de la humanidad a círculos lo más amplios posible. En esta pedagogía social, fuera del viejo espíritu cristiano de caridad y de la nueva idea nacional, no vive otra cosa que la energía proselitista de los valores espirituales mismos, a los que es esencialmente ajena toda exclusividad de castas. Los medios de esta acción se buscan aún, ciertamente, a tientas, y a la buena voluntad responde a menudo lo contrario. Bibliotecas populares, conferencias populares y escuelas populares superiores nacen en estrecha relación con las direcciones espirituales fundamentales, que están vivas en el pueblo: una red de canales atraviesa la sociedad para su fertilización espiritual. Los métodos convenientes de mediación y vinculación psicológica sólo se abren, ciertamente, a la experiencia y crítica más sutil.

Por último, la «sociedad» misma — si se puede emplear esta palabra indeterminada para la totalidad de grupos educativos libres — asume una multitud de funciones pedagógicas representativas, allí donde las energías de los padres fallan por necesidad o por culpa. Es como si un instinto oscuro impulsara a crear un sustitutivo de las antiguas potencias educativas orgánicas, que la vida mecanizada de la gran ciudad ha disuelto. El cuidado de los niños y todas las formas de solicitud hacia la juventud han llegado a ser una gran esfera de trabajo en la actualidad. La asistencia juvenil llega también a aquellas partes de la juventud que no están, ciertamente, en peligro inmediato, pero necesitan sin embargo una influencia educadora adecuada fuera de la escuela. En todas estas instituciones pedagógico-sociales se revela un poderoso impulso del pueblo por proteger su salud, moralidad y unidad es-

piritual contra los perjuicios de una cultura muy elevada. Pero la cuestión de si es deseable en esto un máximo de organización estatal, o si se debe dejar actuar libremente a las potencias educativas móviles de los grupos sociales, divide a los espíritus y lleva al *campo político* propiamente dicho.

Todas las funciones educadoras son al mismo tiempo actuaciones del poder. No hay ningún Estado que no se esforzara por ser educador frente a su pueblo, y afirmar por ello su propia existencia. En el círculo de las organizaciones culturales que somete a su influencia directa, se conoce la medida y la dirección especial de su voluntad de cultura. El Estado liberal se abandona al libre juego de las fuerzas y ofrece solamente un cierto número de posibilidades culturales generales, organizadas de un modo laxo. El Estado social quiere también aquí organizar enteramente la sociedad y sujeta el camino de lo individual, justamente por causa de la totalidad. Entre uno y otro una multitud de formas mixtas. Precisamente ahora encontramos nuestra organización escolar estatal bajo el influjo de tendencias políticas, que vacilan aún indecisas entre el principio liberal del ascenso libre y el socialdemocrático de la igualdad fundamental. Sólo se podría penetrar en estas fuerzas desarrollando una gran conexión histórica. Me limito aquí a la educación política en sentido estricto, esto es, a la educación para la comprensión del Estado y para el modo de pensar estatal.

En Alemania, la Gran Guerra ha traído por vez primera posibilidades de una educación orientada hacia la política exterior. Se ha reconocido la necesidad de familiarizarse con el mundo circundante, después de haber experimentado en toda su gravedad la desdicha de la incomprensión mutua entre los pueblos. Y si alguna vez hubiera de hacerse realmente algo en serio

con la idea de la Sociedad de Naciones, una auténtica comunidad de derecho entre las naciones necesitaría de la preparación educativa igual que en otro tiempo tuvo que ser educada para el Estado de derecho.

Pero la política interior está bajo el signo del agrietamiento en partidos. Cada uno de ellos tiene su programa de educación y una voluntad educativa plasmada. «El que tiene la juventud, tiene el futuro.» En esa escisión está nuestro mayor peligro. *Si no se logra volver a poner la causa de la nación por encima de la causa del partido, estamos perdidos.* Confieso que veo la situación con poca esperanza. Si hay una salida de esta autosuplantación política del pueblo, lleva al mencionado parlamento educativo, cuya misión sería desligar las cuestiones culturales del entrelazamiento inmediato con la lucha de clases, las oposiciones de poder y los intereses económicos. Ciertamente hay que considerar en esto si puede haber una educación política que esté completamente libre de puntos de vista parciales, pues los partidos significan precisamente diversas concepciones fundamentales del Estado. No sirve de nada desear que no existieran; están ahí y significan energías vivas, frente a las cuales falla la medida de lo verdadero y lo falso. La educación política no puede ser ajena a los partidos, sólo puede estar por encima de ellos, y su misión estriba en último término en la enseñanza de la comprensión recíproca. Los partidos tienen que aprender a reconocerse como poderes espirituales que nacen con necesidad de un suelo social y cultural determinado. Sólo en el juego movido de estas fuerzas está la *totalidad* y nadie puede olvidar que desde su lugar sólo ve esta totalidad en una perspectiva determinada, pero que también en la actitud de los otros grupos se encuentra una medida de justificación interna.

Las concepciones del Estado son también siempre,

al mismo tiempo, concepciones de la vida y del mundo. Con esto llegamos al punto último y más elevado; la lucha de las *ideas del mundo* por la educación.

Pero la sociedad moderna no *tiene* ahora una idea del mundo unitaria y no volverá a tenerla nunca. El sentido uno de la vida se rompe en los individuales, en épocas y en grupos individualizados de múltiples maneras. Y en ninguna parte impulsan estas convicciones últimas a la ruptura de un modo más decidido que en la educación, que quiere dar sentido y dirección a la vida que se hace. Pero también aquí hay que superar la gran unilateralidad en una conciencia superior. No sólo hay que enseñar el sentido uno de la vida, sino también abrir los ojos para los otros tipos en que se expresa la actitud ante la existencia; hay que llevar en último término a comprenderlos también en su multiplicidad orgánica, como las formas de las plantas o de los animales. Tomemos sólo algunas oposiciones de nuestro contorno espiritual: Junto a la concepción religiosa del mundo está la positivista-racionalista: allí se funda la educación completamente sobre la piedad, aquí sobre la ciencia. La idea individualista del mundo lucha con la socialista; allí se desenvuelve la personalidad realizada de un modo libre y bello, aquí se la forma para el servicio de la sociedad. La consideración histórico-romántica tiene como opuesta la progresiva y de derecho natural: allí vinculación al buen tiempo antiguo, aquí la voluntad de lo nuevo, que primero se ha de probar. La concepción utilitarista del mundo y la idealista no están acaso completamente en el mismo plano. Si aquélla lo funda todo en la educación para los valores útiles, ésta se remonta a los últimos valores espirituales de la vida. Y sin embargo, bien entendido, no puede existir en ninguna parte un aspecto completamente sin el otro. En términos generales: ninguno de estos poderes espirituales es viable

por sí en su aislamiento. Hegel tiene razón; sin su contrario no tendrían vida ninguna. Por esto no se debe aniquilar un aspecto por el otro, sino tratar de unir ambos en una unidad superior. El socialismo o el liberalismo, llevados puramente a su extremo, significarían la muerte del individuo y de la sociedad. Por eso sólo puede tratarse de buscar un equilibrio de las fuerzas. Y mientras la mediación entre meros conceptos significa siempre un compromiso indeciso, la realidad viviente permite con frecuencia enlazar en un sistema orgánico fuerzas que actúan en un sentido opuesto.

Así todo desemboca finalmente en una *pedagogía de la comprensión.* El antagonismo de los poderes espirituales, que nacen de la vida popular, exige un poder espiritual superior, puesto por encima de ellos, mediante el cual logren todos ellos vigencia según su valor y su derecho. Pero justamente esta compensación productiva no es posible sin llevar la fuerza de la ciencia y las contradicciones de la vida misma más allá de la mera realidad, hasta la gran potencia ordenadora, formadora y conciliante que reside en la teoría y la reflexión. Unidad y síntesis, penetración y dominio de las potencias educativas sociales no pueden lograrse sin una pedagogía científica.

II

La misión de la pedagogía científica estriba, pues, en tomar una realidad cultural ya dada, someterla a conceptos ordenadores y por último darle forma mediante posiciones valorativas y normas. Empieza con la observación y descripción de todas las conexiones múltiples que acabamos de indicar brevemente; busca las relaciones funcionales de dependencia que existen entre cultura y educación; descompone las estructuras complejas del mundo espiritual-social has-

ta llegar al momento propiamente pedagógico. Pero este mismo trabajo no puede hacerse sin conceptos y puntos de vista directores; sin la armazón de una interpretación espiritual no se logra tampoco la descripción. Bajo su influjo se configura el material bruto hasta formar una totalidad sometida a leyes. Mediante un proceso de aislamiento e idealización se forman tipos de formas educativas, en las que, por decirlo así, se descubren las puras estructuras de la realidad educativa. Pero tampoco esta elaboración mental es todavía la última: la ciencia tiene también el derecho de poner valores y establecer normas. Es cierto que se le ha querido recientemente vedar la entrada en el dominio de los juicios de valor. Y ciertamente con razón, si por juicios de valor se entienden los que brotan de la pasión subjetiva o del interés de partido. Pero prohibir todos los juicios de valor quiere decir castrar la ciencia. Hay un pensamiento sobre los valores: los griegos lo llamaron *φρόνησις*. Sobre la base de una conciencia científica, que se ha puesto en claro acerca de las conexiones culturales y los tipos y estructuras puros contenidos en ellas, se forma también el pensamiento de los valores de un modo más puro y objetivo. Sería triste que todos en el mundo pudieran tener un juicio acerca de lo que *debe* ser, menos el sabio. También él puede establecer normas, y no sólo principios formales generalísimos, sino tales que valgan para la concreta situación particular presente, precisamente porque nadie comprende lo particular y condicionado de ese presente tan profundamente como él, que está entregado a las leyes de lo espiritual. E incluso si hubiera de quedar actuando en su decisión un factor personal, tampoco esto sería una razón contra la decisión en general, pues sin todas las síntesis personales sería la ciencia un trabajo de Danaides, interminable y sin esperanza. La voluntad de objetividad no puede

llevarse tan lejos que no quede ya en absoluto un alma que dé forma y figura. Cultivamos la ciencia para prosperar, no para perdernos. Los dos primeros grados, el describir y comprender, significan una posición puramente teórica: de ella nace una conciencia cultural, en la que están ordenadas y aclaradas las corrientes que se entrecruzan. Pero en la tercera función, por negación de la una, afirmación de la otra, resurge, por decirlo así, el hombre vivo, en el que la voluntad valorativa se eleva sobre el mero hacer constar y registrar.

Consecuencia del entrelazamiento del proceso educativo en la totalidad de la cultura, es que propiamente el conjunto de las ciencias del espíritu coincide en el planteamiento del problema pedagógico. Piénsese, p. ej., en la idea moderna de la *escuela de trabajo.* Para tomar posición ante ella hay que disolverla en los múltiples componentes que en ella están reunidos. La escuela de trabajo tiene un aspecto decididamente económico-técnico. En cuanto debe apoyar el principio de la intuición, entra en el dominio de la teoría del conocimiento y la psicología. En la comunidad de trabajo hay momentos sociológicos, y por último la totalidad está subordinada al problema ético. Sólo del conocimiento de estos factores se pueden derivar los distintos tipos de la escuela de trabajo y fundamentar mediante una síntesis específica una *idea de la educación.* O el dominio de la *escuela de perfeccionamiento:* su organización está determinada de una parte por la psicología general de la pubertad; pero con la educación profesional entra en las circunstancias económicas; con la educación política en el carácter del Estado moderno, que es más que una compañía económica, y con las particularidades de los conocimientos profesionales toca las ciencias teóricas y sus aplicaciones técnicas. Finalmente un tercer ejemplo:

quien reflexiona sobre el *valor formativo de la antigüedad clásica* encuentra que no se trata aquí de una magnitud constante, sino de unas bodas siempre nuevas y vivas de la actualidad y el pasado. En esta penetración valorativa, ya está el aspecto político en el primer plano, ya el estético, ya el moral, ya el científico. Por esto la antigüedad se muestra, no como una exhumación de lo muerto hace mucho tiempo, sino como una actualidad cultural todavía viviente siempre, de la que no puede desligarse nadie que desee en general comprender el sentido de nuestra cultura mediante una reflexión histórica que supere el tiempo. Sí, acaso no exista ninguna comprensión plena de nuestra cultura sin este contraste con otra, que nos ayuda una y otra vez a comprender en cada caso el punto más vivo de nuestro valorar y querer.

Por esto son ya aplicaciones particulares de la ciencia pedagógica. En su construcción fundamental está determinada por los aspectos que se pueden distinguir en el proceso de formación como fenómeno cultural característico. Por eso ordena la multiplicidad de los fenómenos pedagógicos en el mundo histórico-social, según los cuatro puntos de vista capitales: *ideal de formación, plasticidad, formador* y *comunidad formativa.*

La teoría del ideal de formación parte de los tipos fundamentales eternos a los que se pueden reducir los ideales dados históricamente; estudia luego las formas fenoménicas condicionadas por la historia, en las que los tipos fundamentales se mezclan de múltiples modos y se configuran concretamente. Por último intenta criticar sobre la base de estas ideas los ideales de formación que surgen de la vida del presente, y determinar mediante una consideración individualizadora de las condiciones culturales y personales la medida de su validez normativa.

La teoría de la plasticidad (la psicología pedagógica) tiene como supuesto una psicología evolutiva de la juventud, que comprende también las diferencias psíquicas individuales. Con sus resultados se enlaza la investigación de los métodos de educación y enseñanza. Y esta didáctica está ciertamente determinada de una parte por el contenido de los bienes culturales; por tanto, por una ley de la teoría del conocimiento y de los valores; de otra parte, por las formas psicológicas de apropiación (el proceso interno de la educación). A este complejo pertenece también como un método especial, no como un dominio particular, la pedagogía experimental, cuyos objetos de investigación se reducen a los *medios* pedagógicos.

La psicología y ética del educador tiene la misión de probar que el tipo del formador de hombres muestra una forma de vida espiritual peculiar, tanto como el gran artista. Y el centro de su esencia radica en un doble *eros:* el amor a los valores espirituales y el amor a las almas que se desarrollan, en las que presiente posibilidades productivas de valores.

La comunidad de formación y la organización cultural, por último, son objeto de la sociología pedagógica, que tiene que tratarse como una parte de la sociología general, y no sólo metódicamente, por cierto, sino también en cuanto las formas de la libre comunidad formativa y de la organización cultural son enteramente dependientes de la estructura general de la sociedad en que se las encuentra incluídas.

Una palabra quisiera añadir aún en este contexto para el aspecto histórico de la ciencia pedagógica. No es sólo, en absoluto, un trabajo estéril, de anticuario. Más bien es la historia de la educación, cuando se la cultiva adecuadamente, quien da aquella amplitud, claridad y elevación de la conciencia cultural, sin la cual la educación no sería más que un oficio muy limi-

tado. Ciertamente, la historia tiene que ser llevada a este fin partiendo de un planteamiento amplio del problema. No puede reunir únicamente opiniones extrañas de autores muertos y organizaciones escolares de épocas extinguidas, sino que tiene que ser auténtica historia de la cultura. Sería importante, p. ej., perseguir los resultados efectivos de sistemas de educación históricos en la vida de la generación formada por ellos. ¿Cómo se ha desenvuelto en el trabajo cultural la generación educada de un modo pietista, filantrópico, romántico? También está aún por escribir una historia de la educación familiar, y una historia del niño — cuyas transformaciones culturales no se deben menospreciar — proporcionaría los resultados más interesantes para la historia entera de la cultura. Una parte de este tema, la historia social del niño, ha abordado mi colega Ernst Schultze en Leipzig. Se asociaría necesariamente una historia de los movimientos juveniles.

Para esta extensa labor científica tiene que haber puntos centrales. No siempre podrá remontarse hasta las fuentes de investigación productiva. Con frecuencia se tratará sólo de la penetración y profundización científica de la práctica diaria. La investigación pedagógica rigurosa tiene que estar representada en la Universidad. Ciertamente ningún hombre, y apenas un grupo de hombres puede conocer por intuición propia toda la extensión de la realidad educativa actual. Y sin embargo se necesita la penetración unitaria, enteramente personal, de esta totalidad tan ramificada. El punto de reunión para todas las experiencias y movimientos en el dominio de la educación es el profesor de pedagogía; y hay que confiar en que no sea una criba, sino un espíritu formador y plasmador, que pueda devolver lo recibido, elaborado, a la idea.

Pero también es posible pensar en escuelas superiores pedagógicas enteras, que estén organizadas partiendo de la idea de formación y de la vida propia de la educación. El trabajo previo más importante para algo semejante y aun algo más, es el «Instituto central de educación y enseñanza». Todos los movimientos que he descrito antes están ya tenidos en cuenta en él de algún modo. El cuadro de su articulación interna muestra la riqueza de lo ya acogido hoy, y se agregarán siempre nuevos temas. Pero este extenso trabajo no se hace para el fin de un almacenamiento académico, sino que debe volver a actuar de un modo formador y fecundante sobre la vida.

III

Así como el artista hace penetrar la impresión vivida por su alma y luego la vuelve a sacar como una creación animada al mundo exterior, lo pensado y configurado científicamente reacciona sobre la vida popular, de la que ha nacido originariamente. El fin de todos estos esfuerzos es la juventud del pueblo, su futuro mejor, pues educar es siempre fe en la vida. Si Nietzsche ha dicho una vez: «La naturaleza lo ha hecho mal contigo; tú quieres ayudarla a que tenga más éxito con otros», yo aplicaría este pensamiento con una ligera variación a nuestro pueblo entero: «La historia se ha portado mal con el pueblo alemán; queremos ayudarla a que lo haga mejor con él en el futuro».

Los medios para este fín son dos: organización y formación de maestros. La organización procura el cuerpo, la formación de maestros, el alma. No se debe esperar todo del cuerpo. Es el espíritu el que construye el cuerpo. La verdadera sustancia espiritual tiene que vivificarse en la educación, y sólo puede hacerlo mediante el maestro animado por el *eros* pedagógico.

Apréndase, por último, a actuar más por medio de los hombres que por las instituciones. Pero la extensión de este espíritu vivo es sobre todo necesaria allí donde ya no actúa la escuela organizada, sino que la sociedad misma debe despertarse al sentimiento pedagógico de responsabilidad. Aquí se necesitan siempre nuevas incitaciones. Los métodos que se han ensayado aquí, las experiencias que se han hecho allí, tienen que cambiarse una vez y otra y hacerse universalmente accesibles. Por este camino se han desarrollado, por decirlo así espontáneamente, las nuevas esferas pedagógico-sociales, el cuidado de los niños, la solicitud por la juventud y la cultura popular.

Pero el Instituto central querría racionalizar este proceso de desarrollo espontáneo. Querría infiltrar en el pueblo el espíritu educativo por mil canales. Por eso no se dirige sólo a los maestros en sentido estricto, sino también a los educadores voluntarios, y apenas hay hoy nadie en la sociedad que no tenga que ejercer de algún modo funciones educadoras y no tenga una responsabilidad pedagógica. Para llevar este espíritu a los círculos más amplios, da informaciones, organiza exposiciones de medios de enseñanza y producciones escolares, reúne planes de enseñanza, edita una revista y constituye comisiones de orientación pedagógica. Con sus cursos de conferencias hasta ahora se han iniciado múltiples caminos nuevos e ingeniosos, que ponen a la más viva luz la circunspección de sus directores. Ha tomado a su cargo, al menos para Berlín, la importante tarea del perfeccionamiento de los maestros. Observa las escuelas alemanas y las ajenas en el extranjero. Cultiva el conocimiento de la juventud y estudia los caminos de la orientación profesional. La «Sociedad alemana de historia de la educación y de la enseñanza», fundada por Kehrbach, que se extiende a todas las estirpes alemanas, se le ha incor-

porado, y el lugar principal para la enseñanza de las ciencias naturales pertenece desde el principio a su dominio. A esto se añaden recientemente filiales y organizaciones transeúntes del Instituto central, que son de gran importancia, especialmente para las regiones ocupadas. Y es bastante móvil en su disposición para emprender tareas siempre nuevas. A este desarrollo más amplio quieren cooperar ustedes, los amigos del Instituto central, y profundizar y robustecer así las relaciones que existen entre la cultura popular entera y la ciencia pedagógica.

Así podemos afirmar que estamos comprendidos en el más lozano trabajo de la «provincia pedagógica». Sólo que ésta no existe en ninguna parte separada de la vida real, como Goethe la ha pintado tan poéticamente, sino que está incluída en medio de la vida real, como un trozo esencial y creciente de ella. Nacida de la vida popular, la educación pensada y plasmada científicamente es devuelta al pueblo. Y hoy empezamos por vez primera a hacer nuestra completamente la palabra de Fichte: «Se ha hablado mucho de educación nacional, antes de que hubiera un arte de la educación. Ahora tenemos ésta: *dadla* a los ciudadanos, y tendréis al mismo tiempo una nación» (1).

(1) He tratado el tema de lo poco sana que ha sido en los últimos años la interacción aquí expuesta de la vida popular y la educación, bajo el título "La escolarización de Alemania", en la revista "Die Erziehung", febrero 1928.

FORMACIONES FUNDAMENTAL, PROFESIONAL Y GENERAL

Se considera entre nosotros, en Alemania, como un evangelio firme, que toda educación debe comenzar con la formación general. Y por sonar este principio tan maravillosamente en el auditor históricamente desprevenido, ha sido tan grande la fuerza efectiva con que ha actuado sobre la configuración de la esencia de nuestra formación. A él se debe que nuestras escuelas profesionales no hayan encontrado el cauce de libre desenvolvimiento a que las llamaba su significación actual. Valdría la pena probar si siempre se ha ligado la expresión formación general a un concepto firme y cuál sea éste (1).

Ante todo, el vocablo «formación» puede limitarse a designar lo que se posee en forma de saber y de pura capacidad intelectual. Tal concepto intelectualista de la formación admite dos interpretaciones. Puede pensarse realmente en el conjunto de las materias del saber, semejándose la cabeza de quien consiga tal formación a una pequeña enciclopedia que abarque algo de todo y, ciertamente lo más importante. Éste es el ideal del siglo XVII, al que tiende Comenio y que realiza Leibniz. O se comprende por formación general el ejercicio formal de todas las funciones del conocimiento (desde los sentidos hasta los más complicados

(1) Posteriormente he tratado este tema más por extenso en mi trabajo "Berufsbildung und Allgemeinbildung", con que contribuí al "Handbuch für das Berufs-und Fachschulwesen" (editado por Kühne, Leipzig, 1923).

razonamientos de cuya cooperación resulta la imagen científica moderna del mundo). La pretendida universalidad de sus direcciones se limita, por consiguiente, a la de las fuerzas intelectuales. Para quien adquiere tal formación lo nuevo no puede venir sino del asunto, de la materia; sin embargo, las formas de interpretación se encuentran en él preparadas. Ciertamente, así concebida pierde la formación general su carácter ilimitado, pero llega a consistir, en cambio, en una yerma gimnasia espiritual rebajando el objeto del conocimiento a simple medio para ella. Y además, para la consecuencia práctica de tal pensamiento surge la dificultad de que ninguna función de conocimiento puede darse como verdadera sin encontrar aplicación en casos concretos. Por todo ello, es imposible una formación del intelecto puramente formal; deben siempre darse algunas líneas fundamentales del contenido del conocimiento. Pero por este medio, inmediatamente, quedan indeterminados de nuevo los contornos de la formación general necesaria y suficiente.

Contentarse con esta forma intelectualista de la educación equivale a dar una imagen dibujada del hombre como válida para sustituir una estatua. Ningún educador actual consideraría como colmada su tarea influyendo únicamente sobre el cúmulo de representaciones o sobre las formas de interpretación de sus discípulos. Asimismo, los muchos que en las largas épocas de educación intelectualista han intentado limitarse a ello (Herbart a su cabeza), se esfuerzan en unir mediante la dimensión del conocimiento cuanto constituye las relaciones vitales del hombre y su medio. De «formación general» en sentido pleno, sólo puede hablarse si se comprende el desarrollo del espíritu en su totalidad, rebasándose el trabajo formativo de las simples funciones del conocer. Sólo que, en esta conexión, nadie puede pensar en todas las

direcciones del contenido de la vida. Más bien venimos a considerar aquí, de hecho, las fuerzas y funciones fundamentales sobre las que se edifica no simplemente la imagen de la realidad, sino toda la vida misma espiritual y social. Pestalozzi, Fichte y, ante todo, Fröbel, han llevado a cabo este gran pensamiento. No enfocan al hombre como un mero aparato de conocer, sino que lo trasplantan por su educación a una realidad de vida que ofrece espacio suficiente para la capacitación técnica, la sensibilización estética, la ordenación social y los valores religiosos.

En sus principios fundamentales muéstrase enlazada de nuevo nuestra última pedagogía con la teoría clásica alemana de la educación. Y, de hecho, debe permanecer como problema agobiante, investigar todos esos actos elementales de la comprensión, del trabajo, del amor, de la obediencia y del recogimiento religioso, cuyos simples motivos tejen la sinfonía de la vida espiritual. Sólo hay que plantearse la cuestión de si, en realidad, podemos designar como «formación general» esa totalidad de experiencia y conformación que se ensaya en el medio ambiente más inmediato. Si mantenemos la denominación, cabe, en todo caso, otra formación general que se adquiere más bien al final del período completo de la formación en lugar de al principio, y que permite, en cuanto le es dable a un espíritu humano, enseñorearse de materiales de la vida inabarcables y que, remontándose sobre los estrechos dominios de la acción y de la experiencia inmediatas, conecta al hombre con mundos más apartados.

La primera forma de la «formación general» de que acabamos de hablar tiene su centro natural en el mundo patrio, comenzando en la aldea y llegando a comprender el conjunto de los bienes espirituales del pueblo en saber y técnica, Estado y costumbres, arte y

religiosidad. Como todos deben participar en él, lo designamos como *formación fundamental.* Se está en lo cierto afirmando que toda educación debe comenzar por la formación general; pero también la segunda forma de la formación general necesita un centro. Y lo requiere tanto más, cuanto que fundamentalmente es inagotable. Desde cualquier lado uno debe aproximarse a ella, afirmándose en algún punto para no perder todo apoyo frente al empuje de sus ondas. Ha estado poco claro donde debe buscarse tal centro. La ineficacia de nuestros esfuerzos de formación, desde la Universidad a los cursos para obreros, se explica en gran parte por estas vacilaciones. La única solución posible es ésta: *el camino hacia la formación general superior pasa por la profesión y sólo por ella.*

La formación fundamental comienza siendo el objeto de la escuela de primeras letras *(Volkschule)* Partiendo de la patria y el mundo infantil (que determinan en este estudio la «Condición individual» del alumno, como diría Pestalozzi), los inicia en el idioma alemán, en la historia alemana, en los conocimientos alemanes, en una palabra, en la cultura alemana; y no solamente por animación del mundo de las representaciones, sino también mediante el trabajo productor, la excitación estética y por una vida escolar que, aunque dentro de los límites del mundo juvenil, ofrece una imagen del modo y costumbres alemanes. Obligar a la iniciación en un idioma extranjero no cambia nada este carácter fundamental, pues tal estudio tomaría su razón de ser únicamente en una relación decisiva para la cultura alemana actual. Prescindiendo de las vacilaciones inevitables nacidas de la orientación de cada época, el ideal de formación de la escuela de primeras letras está, en cierto modo, bien definido. Presenta, no obstante, una falta suficiente para poner toda su labor en tela de juicio: se interrumpe dema-

siado pronto; abandona al hombre en una edad en que apenas comienzan a formarse las facetas decisivas de su interior. Sacar de la escuela antes de la conclusión de la pubertad, es como prescindir en la representación de un drama del último acto: nadie puede adivinar el desenlace, malográndose la tensión que haya sabido crear su argumento. En todo caso, de acuerdo con el ritmo del desenvolvimiento natural, las evoluciones decisivas del hombre se producen posteriormente al período de la escuela de primeras letras.

Mientras que la escuela superior está más favorablemente situada. También da únicamente una formación fundamental. No puede decirse en pocas palabras cuán perniciosa ha sido la creencia de que ésta debe ser una formación general redondeada en todos sentidos. Se la ha desviado así de sus mejores energías. La duración de 12 años [1] de todo el período escolar permite un fundamento científico más riguroso. Pero la escuela superior continúa siendo *fundamento,* y su único núcleo los bienes espirituales comunes del pueblo. Si junto a esto se ocupa de idiomas antiguos es porque, históricamente considerada, no puede darse nuestra cultura como primitiva; acepta los idiomas modernos porque precisan la posición de Alemania en el concierto del mundo. El ideal de formación se mantiene, pues, alemán y fundamental; y ello porque se limita a enfocar el punto *en que con la elección independiente de profesión comienza el camino de la formación personal.* Respecto a esto, la escuela superior hace una experiencia propia: tan sólo a aquellas cabezas señaladamente dotadas para la ciencia se consigue mantener después de la pubertad en el mundo de lo universal y en el relativo apartamiento de la vida que

[1] De nuevo asciende en general el conjunto del período escolar a 18 años.

implican la existencia de una fundamentación tan extensa. Tales naturalezas son directamente arrastradas por la pubertad a un universalismo medio teórico, medio estético, del que se satisfacen hasta que necesitan también suelo firme (1). Pero las otras exigen decididamente (como contrapeso de las vacilaciones de sentimiento de la pubertad y como defensa de la evolución del sentimiento de sí mismo) su acoplamiento en un círculo de tareas de contornos claramente definidos y en correspondencia inmediata con sus intereses vitales efectivos. Con otras palabras: el impulso de la formación general no dota a todos los jóvenes de una amplitud de juego tan abierta como presupone la escuela superior. De aquí lo trágico del destino de muchos alumnos de las clases primera y segunda. Quien ha vivido con plena conciencia de esta crisis (a la que todos llegan antes o después) sabe que en la búsqueda espiritual tras el propio madurar todo clama por un firme centro; se quiere saber, ante todo, a dónde se pertenece, sirviendo sólo para la propia confusión el cúmulo de estímulos demasiado prematuro.

De estos hechos aparece como innecesario e inconveniente un grado escolar intermedio entre la corta fundamentación de la escuela de primeras letras y la audazmente larga del curso escolar superior en la forma que presentan la *Realschule* y la escuela media. Aprovechan durante un año más la edad con capacidad de formación, disfrutando de una ventaja que debía tener en general la escuela de primeras letras. Pero es más que dudoso que este año más justifique la gran desigualdad que se expresa en las habilitaciones concedidas por la *Realschule*. Reflexionando so-

(1) También pertenecen, pues, a las formas de vida estéticas y científicas las naturalezas tipo Fausto y Wilhelm Meister, que nunca encuentran el camino hacia sí mismas, o sólo tras largos rodeos.

bre esta habilitación y sobre el histórico «miedo a la escuela profesional», ¿debemos considerar todavía a la *Realschule* como una institución feliz?

Ahora es cuestión solamente de lo que se entienda por escuela profesional. En ello se encierran los más importantes problemas. Ante todo, entendámonos sobre los motivos que han rebajado tanto a la «escuela profesional» en la estimación general. Radican en los tiempos del idealismo alemán, cuando la escuela alemana recibió lo esencial de la articulación que aun conserva en líneas generales. Entonces, hace más de cien años, cuando el absolutismo fué vencido por la conciencia nacional recientemente despierta, se trataba, ante todo, de resolver la inmediata situación política y económica del «ciudadano», de liberar su conciencia de las barreras entre castas, y de elevarlo por encima del espíritu de utilidad. Incluso el vuelo hacia el cosmopolitismo parecía permitido para tal fin, pues por nación se entendía, en el siglo XVIII, el mero objeto del Estado y por «formación nacional», expresamente, una educación puramente práctica al servicio de la división del trabajo entre los diversos rangos y condiciones. Las escuelas profesionales que se conocían — militares, técnicas, etc. — enseñoreábanse de los discípulos a una tempranísima edad, y se contentaban con encajarlos directamente en una determinada y estrecha función. No es, pues, de extrañar que tal espíritu de utilitarismo apareciera a Schiller y a Humboldt, Süvern y Schleiermacher como algo completamente inadmisible y hasta como lo radicalmente opuesto a la educación, y que quisieran preservar de tales peligros al «hombre» acabado de redescubrir por Rousseau y ruidosamente anunciado. A causa de ello, la cuestión de la formación profesional perdió todo interés a sus ojos.

Es singularmente claro que esta manera de pensar

había de exaltar la importancia de la Universidad; los conductores de la nación no debían ser cerebros estrechos, no debían encauzarse simplemente en una dirección determinada, sino enjuiciar su misión peculiar desde la totalidad de la ciencia. Según este punto de vista idealista, se debía llegar a la profesión desde la filosofía, y la Universidad llegó a ser una institución científica general, en la cual, en el caso más favorable, el principio profesional sólo era reconocido al lado del científico puro. Por mucho de bueno que haya en tal pensamiento, es la causa de que en el siglo XIX las escuelas superiores de estudios especiales se originaran fuera de la Universidad, lo que algunos sienten hoy como un error. En la prosperidad de las Escuelas Superiores Técnicas de Comercio, de Veterinaria, de Montes y Minas, se percibe una evidente victoria del pensamiento favorable a las escuelas especiales. Y sin embargo, al cambiar los tiempos, la Universidad ha tenido en cuenta que ya no llega desde la filosofía a los estudios especiales, sino desde el centro de éstos a los campos filosóficos colindantes. Pero, sea como quiera, ya la Universidad, en su forma actual, enseña que el estudio profesional puede unirse muy bien a una formación ideal y general que rodea como una guirnalda el núcleo central de las genuinas necesidades de la vida. Sin embargo, esta sana combinación de destino individual y expansión universal la habían sentido fuertemente los hombres más eminentes de la época de hace cien años por su propio trabajo de formación. Jamás fué proclamada por Pestalozzi como último fin una humanidad indeterminada, sino que quería llevar a cada cual a la posesión de su propia finalidad con la cual actuara en su círculo. Y el Wilhelm Meister de Goethe lleva combativamente el mismo camino desde una universalidad indeterminada hasta una individualidad cons-

ciente de su fin. Kerschesteiner se enlaza con esta filosofía de la educación, cuando en su libro sobre el axioma fundamental del proceso de formación (Berlín 1917) antepone como lema estas palabras de Meister: «Vuestra formación general y los establecimientos para conseguirla son bufonadas de necios. Se trata de que el hombre comprenda algo de un modo enteramente resuelto y lo haga de un modo excelente como difícilmente lo haría otro en su inmediato contorno...» (2ª edición, Berlín 1924).

El tema de nuestro tiempo es comprender de nuevo la palabra «formación profesional» en todo su contenido. Según el punto de vista más antiguo, profesión y formación parecen excluirse tan contrapuestamente como lo estrecho y lo ancho. Sólo así, concibiendo las escuelas profesionales como si hubieran de proporcionar un saber completamente limitado y determinado, puede parecer justo procurar diferir en lo posible el adiestramiento que se adquiere en ellas, reduciéndolo además a la misma proporción. Pero la palabra formación lleva siempre lo general en sí misma. Quien se formó en su profesión está igualmente educado para decidir libremente en cualquier desempeño dentro de ella; entiende en un campo cultural más vasto, sobre el que está espiritualmente en vez de ser devorado por él. Por ello puede y debe no ir tan lejos la articulación de las escuelas profesionales, donde deben agruparse (al igual que en las escuelas técnicas superiores) las profesiones análogas en círculos profesionales mayores, en los que tenga su expresión una esfera completa del trabajo económico.

Nuestras escuelas de comercio, instituciones de formación técnica, escuelas de arquitectura, de artes y oficios y el conjunto de las escuelas de educación profesional son ejemplo de lo conseguido ya. Pero en muchos campos no se ha hecho nada (en la organi-

zación bancaria, en el de la profesión de funcionarios, p. ej.), por suponerse suficiente la preparación conseguida en las escuelas media y superior, abandonándose los conocimientos genuinamente especiales a la experiencia práctica. Pongo ciertamente en duda que este camino se haya mostrado siempre ventajoso, por ejemplo, que salga de apuros el empleado de banca sin rozar la economía política. Pero ciertamente las escuelas profesionales arriba nombradas (1) no son aún lo que debieran ser, según su significación, para el conjunto de nuestra cultura y según la íntima esencia de un proceso de formación auténtico, pues guiadas por la creencia de que ha sido previamente conseguida la formación general, suelen limitarse a los conocimientos profesionales más estrechos, abandonando lo restante al acaso de una incierta autoformación. Aquí también se muestra lo nocivo de la dominante separación inorgánica entre las formaciones profesional y general.

Consecuencia de esto es que, hoy como hace sesenta años, sólo las tres formas de la escuela superior y la *Realschule* se hacen valer como centros de formación calificados socialmente; especialmente sólo en ellas se adquiere el derecho al servicio de un año. Con motivo de modificaciones en la duración y modo del servicio militar, opinamos que este derecho será abolido en el futuro, lo que abriría camino franco para el desenvolvimiento de las escuelas especiales. Pero se producirían, por vez primera, efectos prácticos si se transformaran los respectivos establecimientos en verdaderos *centros de formación*. En tanto no suceda esto persistirá la vieja manera de entender las cosas también después de la derogación del derecho citado.

Las escuelas profesionales están, por tanto, en un

(1) Escrito en 1918.

momento crítico importante. Puede definirse su tarea así: *en el futuro deben organizarse no simplemente según fines exteriores, sino según la esencia íntima de los procesos formativos.*

Hasta ahora se contentaban con una exigencia fundamental: que el educando encontrara, tras los años de formación, un determinado centro para su trabajo, desde el cual viese crecer su saber y posibilidades y que le ofreciese la perspectiva de un puesto en el mundo donde se unieran la utilidad personal y el valor para la economía colectiva. En la pedagogía moderna se ha hecho muchas veces la suposición de que debe elegirse profesión de acuerdo con la *inclinación.* Sólo que no siempre puede aceptarse esta fuerte fuerza formativa que actúa de dentro a fuera. Los vivos esfuerzos que actualmente se realizan para armonizar al menos la profesión con las aptitudes personales, actuarán tanto más beneficiosamente cuanto menos se limiten a simples métodos mecánicos para probar la idoneidad profesional, sino que procuren desarrollar el lado ético, la autodeterminación y voluntad propia y el sentido de responsabilidad personal. Pero también en caso desfavorable puede suponerse un germen de intereses profesionales, aunque solamente descanse en la consideración de que se liga a la profesión la posibilidad del éxito. Esta palanca mueve todo lo restante. No pueden esperarse sus efectos demasiado pronto. En ningún caso debe decidirse la profesión futura *antes* de la pubertad. Esto haría unilateral la formación general, aparte de la imposibilidad de establecer ya en esta edad intereses vitales decididos. Pero en la escuela de primeras letras debiera darse oportunidad de probar elementalmente las facultades en todas direcciones; no sólo las teóricas, sino las técnico-constructivas, oratorias y estéticas. Kerschens-

teiner (1) estableció como ley fundamental para la organización de todo tipo de escuelas (pertenezca a los de escuelas de estudio especiales o a los de escuelas generales) la siguiente regla: «La organización de toda escuela en la formación de su plan de enseñanza — por consiguiente en la elección, ordenación y acentuación de su caudal formativo — ha de adaptarse exactamente a los grupos particulares de individuos para cuya formación se destina». Pero se aplica esta ley a la escuela de primeras letras solamente en el sentido de que en este grado de la formación general no falte completamente ningún aspecto importante y elemental. Sólo así puede ser o hacerse una escuela general de primeras letras. Pero yo ampliaría el axioma de Kerschensteiner, para las formas de educación profesional edificadas en este período previo, en el sentido de que cada una de estas escuelas ha de desenvolver un determinado tipo de formación que corresponda a su peculiar punto central; tal tipo de formación ha de ser congruente con el curso orgánico de la formación y no sólo con la estructura espiritual dada, de los discípulos. Cada individualidad necesita, además, «contrapesos» para su formación. Finalmente, en la disposición profesional colaboran (junto a la íntima vocación) las exigencias objetivas del trabajo profesional socialmente consideradas (2). Resumiendo: cada especie de escuela debe descubrir con fuerza creadora propia y presentar en forma de plan de formación específico, cómo se funden en ella las formaciones profesional y general, cómo se apoyan y vivifican recíprocamente, y, ante todo, cómo brotan del círculo profesional los intereses generales.

(1) Memoria citada (pág. 41), 2ª edic., pág. 75, en lugar de "individualidades": formas de vida.

(2) Más detalles acerca de esto, en el trabajo citado al comienzo de este tratado.

Cada cual conquistará a su manera el reino de la formación general. Por la agrupación de todas las materias formativas para la educación profesional recibiría un nuevo sentido la vieja idea de la concentración. Claro que tampoco entonces puede ser lo único decisivo la pura conexión científico-sistemática de materias. Más bien se trataría de cómo éstas pueden relacionarse orgánicamente con un aspecto o dirección particular de la vida.

En la enseñanza de la historia resaltan períodos o personalidades, según la significación a que pueden pretender aquí para el comercio, allá para la técnica, etcétera. La literatura alemana se extiende también al terreno de la literatura técnica lograda, sin renunciar a lo clásico ni a lo que descansa estéticamente en sí mismo. La geografía se enlaza con puntos de vista económicos y políticos, en los que se entretejen íntimamente conocimientos sobre los productos con relaciones comerciales. Si hasta ahora junto a la ciencia profesional se han instituído los conocimientos cívicos, me parece desear un campo de estudio aun más vasto, especialmente de lo que hoy se designa, no sin acierto, como ciencia de la vida. Sólo que la ciencia de la vida se sigue comprendiendo unilateralmente desde el punto de vista moral. Pero no se debe olvidar que toda moral viva sólo puede desenvolverse en relación con determinadas relaciones culturales, pudiendo hablarse con plena justificación de una moral comercial específica y de una moral del trabajo técnico. El contenido moral del trabajo presenta tantos matices como formas y condiciones de trabajo existan. Para el grado superior de las escuelas generales superiores viene a mi memoria un curso de cuatro semestres sobre «Conocimientos patrios», el cual, sobre la base de supuestos históricos y geográficos elementales, pero en clases especiales, iniciaba en las actuales relaciones

económicas, sociales, jurídicas y políticas de nuestro país (1). En las escuelas especiales hay que entretejer, unos en otros, estos puntos de vista, de modo que vayan paralelamente a cada grado del progreso profesional.

Este no es lugar para entrar en detalles. El objetivo general es la ampliación del círculo de conocimientos desde un determinado punto de vista. Quien proceda de un establecimiento de este tipo debe poder mostrarse abierto y múltiple en su relación con la vida y, no obstante, consciente de su tarea particular. En una palabra, debe ser no un mero especialista, sino un hombre efectivamente culto. Para esto las escuelas alemanas de estudios especiales necesitan una gran amplificación de los planes de enseñanza y de la ordenación de la vida; modificación que exigen sin condiciones las nuevas relaciones culturales y el cambio de las opiniones sociales. Y en el conjunto no encontramos la negación de la vieja idea de humanidad, sino que la colmamos con un contenido conforme a la época. Debe mantenerse a la vez un punto central más firme; debe resaltar más el momento de la individualidad, no despedazarla en la universalidad de una formación general incomprensible e inasequible. Sobre el núcleo de la formación profesional se desenvuelve la capa de la formación general, no sólo en los cursos de las escuelas superiores científicas, sino en los otros. Lo diametralmente opuesto a un hombre formado no es tal vez el especialista unilateral (pues formación no es exclusivamente formación literaria), sino el mero especialista ciegamente pegado a su terruño girando eternamente por el círculo de su estrecha rutina. Evitar esto es la tarea de las escuelas pro-

(1) He llegado a dudar de si para esto debieran exigirse horas especiales. El objetivo subsiste (1925).

fesionales en el conjunto de la nueva formación, cuya esencia no debe ser orientada en adelante de modo exclusivo por las llamadas escuelas superiores y por la Universidad. Por ello coincido completamente con Kerchensteiner: «Incluso la escuela profesional más limitada (en cuanto de hecho sólo permite conseguir los valores formativos inmanentes de los bienes de formación elegidos), es indudablemente una escuela educativa, un establecimiento pedagógico verdadero, efectivo aunque tal vez unilateral» (obra citada, primera edición, pág. 44).

Se lleva por vez primera a efecto en la escuela obligatoria de perfeccionamiento el pensamiento desarrollado de que, según la ley interna del proceso de formación, a la formación fundamental de la escuela está ligada, ante todo, la formación profesional, y que desde el comienzo debe desarrollarse sobre ésta la formación general en cuanto puede ser alcanzada por el hombre. Después de haber osado Pache y Kerchensteiner colocar tal institución sobre un principio nuevo, al organizarla profesionalmente — como nacida de relaciones culturales enteramente nuevas —, ha quedado libre la vía para el desenvolvimiento general de las escuelas técnicas, pieza de gran significación en el plan moderno para la selección de los capaces y para la conveniente articulación de la educación alemana. Lo dicho tal vez parezca hoy comprensible por sí mismo. Pero son de señalar dos consecuencias de trascendencia para la escuela general de perfeccionamiento, porque ésta, por su origen histórico y por su situación como institución obligatoria, presenta siempre el paralelismo más inmediato con la escuela de primeras letras. Se refieren, por una parte, a la instrucción religiosa; por otra, a la educación política.

Solamente está conseguida con justeza la escuela obligatoria de perfeccionamiento, cuando comprende

sus tareas deduciéndolas de las relaciones especiales originadas por la gran ciudad y el desarrollo industrial. La gran ciudad ha disuelto las viejas fuerzas educativas que mantenían enlazados a los individuos en pequeños grupos por las costumbres y la opinión pública. El joven lanzado hoy a la vida desde la escuela de primeras letras antes de que su hombre interior se haya formado y afirmado, entra en un mundo donde lleva en medio de la multitud una existencia casi desconocida. Y la forma maquinista de la producción ha desalojado junto al trabajo manual las organizaciones educativas más prósperas que el aprendiz encontraba en las viejas formas del gremio o de la corporación. El patrón actual, con la excepción le ciertas ramas del trabajo manual, que mantienen calladamente la antigua tradición, no posee en la mayoría de los casos ninguna ciencia pedagógica, ni siquiera conciencia pedagógica. La fábrica moderna no ha recogido en sí ningún espíritu educativo, y los sindicatos han estado, hasta hoy, tan fuertemente empeñados en luchas económicas y políticas que no han tenido tiempo de edificar instituciones de educación y conseguir una cooperación regulada con la escuela de perfeccionamiento. La consecuencia es que ésta, con sus seis horas semanales, no sólo ha de compensar la interrumpida educación de la escuela de primeras letras y la falta de espíritu público de educación, sino completar también las enseñanzas del maestro del taller y abrir, en todo caso, una vía formativa a los diferentes círculos profesionales, que debe surgir propiamente del seno de la organización profesional. ¡Tarea casi imposible de abarcar!

Todo esto sólo es posible comprendiendo exactamente lo peculiar de las nuevas circunstancias y abandonando todo lo extraño a ellas, recogido de modo meramente mecánico, de la tradición de la escuela de pri-

meras letras. Pertenece a ésta desde antiguo la instrucción religiosa. Se la ha apartado de la escuela de perfeccionamiento, considerando justamente que, después de la admisión a la primera comunión, el estado no puede obligar a nadie a más influencia religiosa. Al joven se le abre la Iglesia, que puede además crear establecimientos para el cuidado de los jóvenes en todo el ámbito y con toda la fuerza que le está ordenado. Mas si la escuela de perfeccionamiento hubiera de ceder, aunque sólo fuera una de sus 6 horas semanales para la instrucción religiosa confesional, se desbaratería toda su fábrica penosamente creada. La escuela profesional no necesita ser irreligiosa, limitándose a reconocer que abandona el cuidado de la vida religiosa a otras instituciones todavía más idóneas. La tarea definida y delimitada claramente de la escuela profesional no debe tampoco ponerse en peligro por intromisión en el difícil terreno de la controversia religiosa y político-religiosa.

No obstante, atañe a la escuela de perfeccionamiento la educación política, pero en sentido perfectamente determinado. Ninguna escuela del estado debe ser utilizada por nadie como instrumento para fines del partido; tampoco, pues, la escuela profesional. Pero no puede deducirse de esto que no haya de desempeñar la tarea de la educación política más que otro tipo de escuelas, por insertarse con más fuerza y más inmediatamente que ellos en las realidades prácticas del presente. Es ciertamente difícil dar una instrucción ciudadana completamente libre de una determinada manera de concebir la cosa pública. Ni se consigue lo necesario para comprender la vida política por la nueva explicación de la constitución vigente. Y aún más difícil parece una educación cívica sin estudiar cada una de las posturas particulares. Pero esto tal vez nos parezca a los alemanes tan difícil por-

que también enjuiciamos difícilmente los fundamentos justos de la vida cívica. En toda comunidad, que no esté enferma sin esperanza, debe ser comprensible por sí misma su colocación en el todo. Ahora bien, hablando con Hegel, ante todo un Estado se mantiene vivo como tal por la «voluntad sustancial», que afirma en cada miembro del Estado y en cada corporación subordinada la vigorosa existencia del pueblo y del Estado. Por consiguiente, la escuela profesional debe también conducir a cada escolar a descubrir lo estatal en él mismo. Se le lleva a ello de la manera más fácil — como ha visto justamente Kerschensteiner —, mostrándole la esencia de su propia trabazón en la vida y poder del conjunto: la necesaria vinculación de todos los individuos del pueblo entre sí y la organización superindividual de poder y derecho, hecha históricamente. De ello resulta por sí mismo que sólo tienen sentido los puntos de vista de los intereses económicos particulares y los distintos ideales del Estado, en tanto que reconocen a éste como lo primero y lo afirman como lo más elevado. No considero como imposible que se discutan ya en la escuela de perfeccionamiento la necesidad y derecho parciales de los puntos de vista de los diversos partidos. Inevitablemente se pone a discusión la singular perspectiva desde la que este o aquel grupo profesional tiene que ver al Estado dado. Se tratará de reivindicaciones y derechos, pero también de disciplina y deberes. En la graduación entre ellos esperamos que no se olvidará el viejo pensamiento alemán que, en sentido kantiano, formuló Gneisenau:

«Entusiasma al género humano
primero por su deber, luego por su derecho.»

Sin embargo, no deben tener lugar ni en la escuela profesional ni en las restantes escuelas las agitacio-

nes expresadas de los partidos de derecha o de izquierda, porque trabajarían en la disolución del Estado más que en su afianzamiento. Debe anteponerse lo que es común y lo que enlaza unos con otros. En su marco debe desenvolverse por primera vez la acción contrapuesta de las fuerzas que no pueden ser apagadas, sin que se arrebaten al Estado mismo la vida y las posibilidades de progreso. Quien quiera educar un grupo profesional hacia un verdadero *ethos* del trabajo no puede rechazar el *ethos* político íntimamente relacionado con la profesión. Antes bien, debe esforzarse por ennoblecerlo, sacando de él lo positivo para el Estado. También aquí se repite, pues, el progreso de la formación profesional a la general en su aplicación particular a la educación política. El espíritu de partido nacido de pertenecer a una profesión o clase, debe ser robustecido y ensanchado hasta el espíritu de Estado. Extirpando el sentido po ítico nacido de las condiciones reales de la vida, sólo se consigue privar de apoyo la palanca mejor y única que se posee. Se trata de saber utilizarlo para conseguir por él esa comprensión más amplia que lleva en sí al Estado y lo afirma.

Lo que intentamos demostrar aquí se remonta a que nuestros establecimientos pedagógicos debieran anudarse con mayor fidelidad al proceso psicológico efectivo donde se forma el espíritu humano; y que, por otra parte, debieran adaptarse más a la variedad de funciones culturales, de capacidades y de individualidades. Existe un estadio donde debe ofrecerse en forma elemental a todos el tesoro común del pueblo: el de la formación fundamental. Pero el siguiente período de educación debe ser diferenciado; cada campo de formación recibirá entonces su estructura especial, tendrá su ritmo propio de desarrollo en el que no se podrá conectar arbitrariamente ningún plan de ense-

ñanza si deseamos formación íntima y no cultura de relleno. Pero verdaderamente sólo se asimila aquello que puede ser referido al núcleo y círculo de vida de cada uno. El resto rebota sin efecto y ninguna pedagogía puede alcanzar lo que está contra la ley del crecimiento espiritual.

EL PROBLEMA DEL ENCUMBRAMIENTO

Hace unos 150 años que, en las culturas occidentales, la sociedad ha entrado en un movimiento interno. Hasta entonces barreras jurídicas separaban herméticamente unas capas sociales de las otras. En interés de la división política del trabajo, el Estado velaba para que el noble, el burgués y el campesino no se salieran de su círculo. Sólo la vocación religiosa ofrecía, en católicos y protestantes, una vía, obligada y piadosa, de elevación. Y en Oriente, hasta el día está desmembrada la sociedad en castas que reglamentariamente no permiten entre sí ningún paso, ni aun por matrimonio. Quizá tenga esta dura delimitación un sentido beneficioso: no se confíe en dominar el movimiento, una vez que en principio cada cual puede subir y descender a todas las posiciones.

En 1789 se superó la sociedad estamental y se creó una ciudadanía general, troquelando al ciudadano en una especie de tipo normal de ciudadano de la nación. En este nuevo Estado nacional todos son iguales «ante la ley». Así lo determinó al menos la razón emancipada del siglo XVIII. El hijo del jornalero puede llegar a ministro; ninguna disposición prohibe el ascenso de una clase a otra. La nueva sociedad que se consigue no semeja ya una tierra firme con altos y bajos, sino un mar ondeante que impulsa a unos hacia arriba y arrastra a otros al fondo. Pudiera pensarse que ahora los capacitados para una función efectiva alcanzarán la altura por sí mismos, consiguiendo la libertad general, la más bella armonía entre los méritos y su estimación social.

Todos sabemos que no es así. En la vida de un pueblo no es la ley el único poder. No se apartan por decreto viejos hábitos. Junto a las ordenanzas legales hay poderes efectivos de quienes depende la estratificación social, aun proclamando mil veces el axioma de la igualdad general. Así actúan viejas ideas sociales después de mucho tiempo. Con su dictamen de lo valioso persisten, pasada su época, porque la masa siempre está entumecida. Oponiéndose a la persistencia de la apreciación colectiva, el dinero entraña una capacidad de rápida conquista vencedora de todo obstáculo. Ambas fuerzas cooperan apartando la atención de los méritos verdaderos e influyen sobre la estratificación social de un modo que sentimos injusto. Y el Estado mismo erige la tercera barrera cuando provee con la estampilla de distinguidas a ciertas vías de formación, ligando a ellas derechos de los que el pobre está excluído, sino jurídicamente, por la fuerza de los hechos. La nobleza de nacimiento, que no supone ningún mérito, es aún hoy exclusiva de quienes proceden de una familia con un «pasado». El dinero abre todas las puertas sin que apenas nadie se pregunte si es heredado o cómo fué adquirido. Títulos reconocidos por el Estado despliegan maravillosa fuerza, así que hace mucho tiempo ha llegado a ser conveniente esforzarse más resueltamente por los certificados que por la capacitación. En lugar de castas y capas sociales hay, pues, tres barreras nuevas: el criterio social del mérito, la fortuna y la habilitación por el Estado.

Nos daríamos por plenamente satisfechos si el ascenso social se regulara de tal forma que el juicio social del mérito fuera conducido por una moralidad finamente individualizadora, que el reparto de beneficios fuera justo en alto sentido y que penetraran efectivamente hasta dentro del alma las pruebas del

Estado. Pero, en verdad, sólo se mantiene en la nueva ordenación social fundada en el principio de la igualdad, una fuerza que actúa casi mecánicamente, permaneciendo superior a todas las restantes distinciones sociales: la posesión financiera. Y por ello no podríamos quejarnos de que no hubiera ninguna posibilidad de encumbramiento social. Ciertamente que, desde la emancipación del tercer estado, se ha logrado que todos puedan entrar en la libre concurrencia. Pero el modo de selección es tosco y superficial; pues quien nada posee está ya excluído, sólo por ello, del número de competidores. Y podemos dudar qué es más vejatorio: ser estorbado en el libre desarrollo de las propias facultades por una ordenación jurídica respetada de antiguo, o serlo por los caprichos de la advenediza fortuna.

¿Qué se entiende, pues, generalmente por encumbramiento social? El globo asciende más rápida y fácilmente que el alpinista con su impedimenta. El primero sube gracias a su ligereza específica, y el otro al ardoroso esfuerzo que vence resistencia tras resistencia. En despectivo francés llamamos un «parvenu» a quien elevó el favor de un destino frívolo o la multiplicación de bienes financieros. Trátase sólo de una elevación superficial. Los que han medrado pertenecen en realidad a la capa superior sólo por la dimensión que los elevó sobre los demás: por el dinero. Si lo ha ganado por su trabajo, le ennoblece el esfuerzo. Pero quizá tal esfuerzo no era sino espíritu de jornalero que ahoga en sí al hombre más que lo eleva. Junto a tales naturalezas sentimos que, aun siendo dignas de respeto, permanecen sin cultura interior, que su juicio no ha llegado a ser amplio, ni su corazón grande, ni su gusto auténtico. Han sabido conquistarse un puesto, pero además se han extraviado. Terminan, pues, encerrándose en una estrecha

codicia o en una prodigalidad sin criterio. Tal elevación no significa un bien para el conjunto; es cuestión particular de suerte.

En general sentimos de manera inmediata y segura lo malsano, la deformación íntima de los arrivistas, que llegaron a ser poderosos por las caprichosas posibilidades de la economía capitalista. Los distinguimos claramente de quienes deben su posición a una fuerza de voluntad más seria, a una madura circunspección, al seguro dominio de cada situación. Nadie confunde este empuje con aquel encumbramiento. Parece la mirada de la actualidad menos fina para percibir otro tipo de «parvenus»; y vamos derechos al camino de favorecer una forma de huera distinción, que podríamos designar como intelectualidad de nuevos ricos. Pues como el dinero eleva a quien lo adquiere, existe también una inteligencia que actúa hacia fuera, rápida y dispuesta, que hace inevitablemente carrera.

Dada la estructura de la cultura moderna son utilizables hombres de juicio rápido, de dotes de combinación y de imaginación viva y clara. Por ello se abren seguramente su camino e irrumpen en los puestos influyentes. ¿Pero de este modo no adquirirá la cultura cada vez más el sello americano de una máquina sin alma? ¿Y se puede hablar de cultura cuando se entretejen sin criterio las aptitudes particulares de los hombres? Reservamos el nombre para algo mejor. Pues es precisamente la cultura íntima lo que les falta a estos intelectuales unilaterales. Aun pudieran ser útiles en la técnica cuyo modo de acción ahora permanece sin alma. Pero en cuanto han de intervenir en relaciones humanas vivas, tan pronto como se les entregue estado, educación y organización, demuestran que sólo aprendieron a calcular, pegándose a la superficie. Creen que toda situación social se salva convenientemente con pocos conceptos, que es bueno lo mis-

mo para cualquier tiempo y que todo hombre puede salvarse de una misma manera fría y limitada. Carecen de la riqueza interior de ánimo que comprende los más finos matices de otro, llegando a presentir incluso lo individual e incomparable. Les falta esa capacidad de adaptación, tierna y espiritual, que alcanza a desprenderse del programa y del tópico. En una palabra, carecen de esa profunda inteligencia cuyas raíces ahondan siempre en la totalidad del ánimo. Tienen comprensión, pero no alma; conocimientos sin espíritu; maña sin voluntad ética. Por ello piensan sin sentido histórico, pues poseen un esquema, con el que van a comerciar, apto para cualquier tiempo; y piensan sin psicología, pues la psicología viva no se aprende, sino que depende del propio tesoro interior. Describo una imagen tan conocida, que no necesito decir que sus ejemplares es lo que más abunda entre los hombres de formación media. Y en verdad estamos a punto de cultivar tal clase de «parvenus» intelectuales, pues nuestros más modernos exámenes de la inteligencia se dirigen exclusivamente a tales cualidades sin alma del espíritu: a la memoria mecánica, a la facultad de combinar rápidamente y a la reacción asociativa. Las pruebas olvidan que estas cualidades ofrecen un valor social profundo tan sólo cuando están unidas al carácter y a la humanidad completa. La simple comprensión tanto actúa edificando como destruyendo. Sólo cuando actúa desde un *ethos*, sólo cuando proviene de una fuerza moral grande y purificada, conforma al hombre elevándolo verdaderamente. El «parvenu» intelectual es casi más peligroso que el financiero. Pues el egoísmo de aquél se hace transparente, y el rico envuelto en su lujo obra aún benéficamente y se hace a sí mismo inofensivo.

Podría hablarse también del «parvenu» estético en quienes fundamentan su consideración social en un

goce vacío y en la moda superficial. Como en todos estos fenómenos de encumbramiento, en éste tampoco se eleva todo el hombre sobre su posición anterior, sino tan sólo algo de él que agrada a la vista, como una abigarrada corbata o un vestido magnífico. Tal ascensión parcial no hace dichoso al arrivista. Pero, lo que es peor, tampoco proporciona a la colectividad ningún valor verdadero. De tal material no surgirá nunca una cultura viva. El conjunto resulta una construcción frágil que fragua rápidamente, pero no soporta ningún embate del viento ni ningún peso. Sólo podemos hablar de verdadera elevación cuando se ennoblece y enriquece la substancia del hombre de modo que su ser crezca por entero manteniéndose el equilibrio entre la fuerza ética, la inteligencia y el círculo de actividad. En otros casos la elevación significa desarraigo y destrucción de la justa medida para el individuo como para la colectividad.

Dondequiera que se logra demasiado rápida y fácilmente el encumbramiento, suele ser sólo unilateral y superficial. Comparando, en los tiempos anteriores a la guerra europea, al oficial superior alemán con el teniente joven recién graduado se observa lo siguiente: en el primero arraigó un sistema espiritual y político completo; en él, con la disciplina de sí mismo más superficial, se combina una visión más amplia, capaz de abarcar más aspectos de la vida. El otro ha pasado por una escuela fugaz de obediencia y se encuentra de pronto como jefe sin conocer lo más mínimo del mundo ni del hombre.

Medidos en la embrollada vida actual, los tipos de formación de nuestro magisterio de primeras letras tal vez estén demasiado adaptados a la rápida capacitación: por los conocimientos se descuida la cultura del hombre interior y la comprensión sensible. Se comprende que, en muchos casos, la conse-

cuencia sea un radicalismo falto de psicología. El comerciante que ha creado un gran negocio a fuerza de voluntad y valor se distingue, en cada uno de sus rasgos, del que debe su propiedad a una coyuntura favorable. Por último, es digna de ser considerada aquí la cuestión judía: junto a las antiguas familias de origen judío que poseen casi rasgos de nobleza están los emigrantes arrivistas a quienes apenas queda tiempo para la cultura interior y la autoeducación, por lo que se contentan, en ciencia y arte, con un conocimiento superficial y brillante. Todo un pueblo nos enseña, pues, que sin raíces no puede alcanzarse ningún crecimiento.

Con todo lo anterior está relacionado que no puede considerarse el problema del encumbramiento exclusivamente dentro de los límites de la vida individual. El encumbramiento de los particulares no es sino el anillo más estrecho en torno al cual se dispone la elevación de la familia, de la clase y finalmente del pueblo.

Lo más visible e impresionante para su medio es el encumbramiento del individuo sobre el círculo social de sus ascendientes. Una sociedad fundada en el principio de la libre concurrencia y que debe sus progresos esenciales a la cooperación de ciencia, técnica e industria, no sólo abre espacio a estos hombres con fuerza personal, sino que en verdad los utiliza. En el embrollado proceso de autorregulación del que depende la existencia de tal sociedad, debe siempre medrar algo nuevo; cada día alumbra un nuevo problema y el siguiente es su solución. La necesidad común acelera los descubrimientos científicos y los hallazgos técnicos. Mas como una sombra siguen a los progresos, efectos secundarios malsanos, que sólo podrán ser compensados por una organización feliz y por el pensamiento creador. El gran investigador y pensador, el

inventor, el hombre de empresa y el dirigente político se forman en secreta lucha con las necesidades interna y externa. Están intensamente abrasados, por decirlo así, cuando consiguen ser reconocidos. De la tensión de todas sus fuerzas, de la intensidad de lo experimentado no queda ni una de sus facetas sin conmover. Todos los embates de la vida moderna convergen contra ellos. Pero también han visto todas las profundidades cuando se elevan, y su persona entera se ennoblece con ello. Pues ésta es la nueva nobleza, nacida por segunda vez en la lucha entre la desesperación y la beatitud. Se esfuman a su lado la nobleza heredada y la fortuna rápidamente adquirida. De antemano resulta claro que se puede y debe facilitar a estos hombres formados en el trabajo, pero tan sólo en la lucha exterior con las circunstancias desfavorables; nada puede aliviarles de los cuidados interiores, pues con la lucha se les arrebataría también la victoria.

Pero una elevación tal de la vida particular es rara y no puede contarse con ella, pues por su dificultad sólo es asequible a naturalezas extraordinarias. En general, la elevación social se realiza durante una serie de generaciones. Por su talento y fuerza de voluntad comienza el padre conquistando una modesta posición que le asegura exteriormente, pero el oculto afán queda en él insatisfecho. Quiere que se colme en sus hijos. Éstos encuentran su camino allanado económicamente. Lo que ganó el padre como autodidacto les permite una formación escolar regulada. Y así la mayoría de los universitarios proceden del círculo de los pequeños empleados, comerciantes y dependientes, maestros... y, sobre la base de una educación favorable del cuerpo y del espíritu, se mantiene además la capacidad cuyo ejemplo tuvieron a la vista desde sus primeros días. La tercera generación suele entrar

ya en un estado de estancamiento. El trabajo aparece aún, ciertamente, como una exigencia comprensible en sí misma; falta, empero, el impulso vigoroso que lleva a la conquista. Y el juicio se encuentra ligado de antemano por el ámbito espiritual cotidiano. Nada impide tanto el impulso hacia la expansión de las propias fuerzas como el ambiente de lo «comprensible por sí mismo». Por ello aquí, en lugar de un movimiento ascensional, se inicia fácilmente ya un descenso. Por consiguiente, la ayuda que la sociedad quiere otorgar a sus miembros que aspiran a algo se coloca del modo mejor donde se han dado ya las condiciones previas favorables. Por ejemplo, si se persigue el progreso de profesiones puramente espirituales, la capa de los trabajadores manuales no ofrece un plantel favorable para ello, sino la llamada clase media, donde se manifiesta ya el germen de la vida espiritual sin que, por la inseguridad económica, se den siempre condiciones para que se desarrollen fácilmente.

Sin embargo, al dirigir la mirada al cuarto estado de la sociedad actual, se piensa predominantemente en una elevación en otro sentido. Pues no sólo se da en él un movimiento de elevación de los individuos y a través de generaciones, sino en el interior de una clase entera. No es frecuente destacar por entero del círculo de los ascendientes, pasando a profesiones de otro tipo: interesa también a la totalidad la elevación de la clase misma. Pero se consigue sólo por el ascenso económico, intelectual y moral de sus mejores miembros. En el seno de la clase trabajadora se cumple ahora un importante movimiento, como el que engendró a la alta nobleza políticamente dirigente, de la pequeña nobleza, y al gran comerciante y al gran industrial de la pequeña burguesía. Del gran ejército de los obreros industriales, que no debieran ser designados abreviadamente como masa, proletariado,

se destaca cada vez con mayor claridad una fuerte capa superior de obreros calificados que rompe la estrechez de las viejas relaciones respecto de lo moral y lo espiritual. Trátase de la emancipación del cuarto estado (tan claramente reflejada en las transformaciones internas del partido socialdemócrata y en su actitud política). Como resulta de las necesidades de la técnica y de la industria. Tenemos aquí, por consiguiente, un proceso de gran amplitud y de la significación nacional más general. Y me parece como si el problema de la elevación hoy tuviera aquí su más genuina raíz. Es necesario también aquí el apoyo más decidido, porque nuestras vías de formación no están en absoluto organizadas para estas nuevas necesidades. Primero hizo posible esta elevación la legislación social. Pero debe ocurrir algo más amplio para que la cabeza de nuestra clase obrera encuentre una vida de nivel más seguro, para alimentar adecuadamente sus anhelos de formación profesional y general, para enlazar, cada vez más firme y profundamente, por su reconocimiento social, a la clase completa con nuestra vida nacional.

En la elevación de las clases descansa en último término la del pueblo. El concepto mismo excluye que todos se eleven en la misma medida. Más bien la idea misma de elevación es el contrapeso natural y necesario contra la poderosa tendencia democratizante, que conduciría a una nivelación rebajadora, de no ofrecer una compensación el principio aristocrático de la elevación de todas las fuerzas auténticas. Por naturaleza se esfuerza cada cual por elevar su posición; todos quieren subir, pero muchos carecen de escala. Trátase de ayudar a que el individuo encuentre su camino, en ocasiones fuera de su clase; a que dentro de la familia se apoye el movimiento de elevación; pero, ante todo, a que en el interior de cada clase haya también

un movimiento ascensional. De la libertad y de la salud de la marcha de este movimiento depende, en último término, nuestra salvación internacional. Débese también procurar que la elevación sea completa, comprendiendo a todo el hombre y no limitarse a un mero cultivo de algunas cualidades útiles. En caso contrario las nuevas generaciones presentarían los rasgos del «parvenu», que rechazamos en los individuos. Nuestro fin no es llegar a ser un pueblo de poetas y pensadores, ni de artistas, ni de cortesanos, sino en que cada cual se aplique orgánicamente en todo su ser ál ámbito de su radio de acción colmándolo con su alma. Existiendo tales sanos fundamentos de formación se consiguen por sí mismo la forma exterior y el tono del trato. Recíprocamente la falta de tales hábitos exteriores parece mostrar que algo no está bien ordenado en las circunstancias de nuestra elevación. Por la rapidez del encumbramiento no estamos bien compenetrados con nuestro nuevo círculo; esto es cierto para todas las clases. Viviendo mucho en hoteles y pensiones se experimenta con terror cuanta incultura de las formas y del corazón mismo existe entre quienes se llaman «cultos». Como si las vacaciones diesen derecho a toda clase de libertinaje, como si fuera agradable apartar el lustre exterior de cultura que nos atormenta en casa. Y la misma explotación hotelera, al menos en el norte de Alemania, brinda una imagen de grosera incultura que puede estar perfectamente combinada con el brillo exterior. Tales fenómenos demuestran cuánto falta a nuestra clase elevada para constituir una verdadera nobleza, y que nuestra cultura es aún inorgánica, es decir, que no ha penetrado en lo profundo del hombre. No cantamos con ello ninguna alabanza a otros pueblos, puesto que también sufren los efectos del atropellado desarrollo de la industria y de la técnica. Pero suele sentirse claramente

en los demás lo que no se ve en uno mismo, y cuando censuramos las formas de los extranjeros olvidamos fácilmente las nuestras.

La formación social auténtica nace de la esencia del hombre; no puede imprimirse su sello desde fuera. Por ello, tan pronto como se abandona el círculo habitual, todo se traiciona en el modo de conducirse como inepto, inseguro e íntimamente sin forma. Podría preguntarse si la idea de la elevación no engendra precisamente esta mala inteligencia. Tal pensamiento pudiera ser también una rápida réplica producida por una época en que se ha ido perdiendo el sentido de la medida interior. Debe uno guardarse de seguir involuntariamente tales cantos de sirena.

Según ello, ¿es deseable la elevación? ¿Ofrece un valor real para la sociedad? ¿Hace felices a los individuos?

No puede responderse sin muchas dudas a estas preguntas. Pues suelen considerarse como elevación muchos movimientos de cuya infelicidad estamos completamente convencidos. Así la paulatina penetración de la ciudad por el campo supone un peligro para la sana división de nuestro trabajo nacional; sin embargo, quien sigue este camino lo hace para trepar un peldaño social. En la trasplantación repentina desde los latifundios de la Selva Negra a los centros industriales de Wesfalia, consideramos con espanto lo superficial de este «progreso» del hombre. ¿Y es sano que los privilegios que conceden los títulos del Estado atraigan a las escuelas superiores y a la Universidad a quienes siguen no el impulso interior, sino la tendencia social a la elevación, el apetito exterior de distinción? ¿No aumentamos estas plazas de nuestro tiempo si privamos sistemáticamente a las clases inferiores de sus individuos más tenaces y mejores para transferirlos a un mundo que les es extraño, donde

tal vez desaparezcan ante el cúmulo de medianías? Y como en último término toda elevación termina en el trabajo puramente espiritual, así fomentamos sólo la desdichada separación entre trabajadores intelectuales y manuales, cada uno de los cuales sufre la maldición de unilateralidad, cuando en la reunión de ambas actividades parece encontrarse la forma de vida más feliz.

¡Sobre todo la felicidad! Toda presión por abrirse camino está impelida por la avidez de la satisfacción personal. Pero, como dice Hegel, la consecución de los propios anhelos de felicidad parece sólo un espejismo con que se atrae al hombre a trabajar en los fines de un espíritu supraindividual. El vasto mundo, la historia mundial no es el suelo de la dicha. Quien se eleva sobre la esfera de su juventud nunca más estará en su medio. Algo del nuevo círculo permanece exterior a él, algo que nunca llena con lo más íntimo del alma porque no puede darle el sentido de sus días de infancia. En este círculo se nota que no se mueve con seguridad completa y que, a pesar de todos los resultados, es un «homo novus». Resulta de ello, de todos los que ascienden de clase social, una pequeña nostalgia de la sencilla felicidad de su juventud, del estrecho pero cordial mundo de la madre. Demuestra esta gran verdad el destino de los matrimonios concertados entre cónyuges de desigual condición social. Ni siquiera el amor tiene bastante fuerza para hacer insensibles los contrastes de los mundos, interiores y exteriores, que dichos matrimonios ponen en contacto. Las obligaciones diarias de la profesión son lo único que ayuda al hombre a remontarse sobre las «conmociones sentimentales»; pero lo cierto es que el camino hacia la felicidad no marcha necesariamente sobre la elevación; el más oculto afán no se colma; la función objetiva, el valor para el conjunto, la edificación para

el futuro consuelan tan sólo del doloroso sacrificio que entraña el paso de una clase a otra con formas de vida enteramente diferentes. La dicha sólo es asunto enteramente individual. La dirección en que la felicidad se encuentra para el individuo se desprende del modo más claro de que aquel comienza con sus primeros días. Y se señala que la felicidad de su vejez no está lejos del mundo en que transcurrió su infancia.

Estas reflexiones sólo deben callar ante la necesidad moral que debe alentar como la determinación más íntima o ante otra, que entraña una felicidad más profunda: la de colmar las necesidades de la vocación individual. El sentido de la vida ni siquiera se encuentra en lo que satisface el mero afán de nuestro sentimiento. Por todo ello, hay que ser muy precavido en empujar a un hombre de una clase a otra. Esta forma de elevación se reserva para unos pocos de realmente extraordinaria capacidad. Para la mayoría debe enfocarse la elevación en el seno de la propia clase. Encierra esto un bien tanto para el individuo como para su grupo, pues con la actividad de los particulares crece la actividad de toda la profesión, acelerándose así paulatinamente el lento juicio social de valor sobre su apreciación que continúa considerando, en la ordenación de las clases, como más legítimo mérito el título nobiliario que la labor. El hombre crece por sus obras. Una clase por su participación en el trabajo social. Ya es tiempo de igualar en consideración la capa superior de obreros industriales con la actual clase media. El obrero calificado tiene su cultura propia, su genuina moralidad en la actuación económica y política afirmada hace mucho tiempo frente a las conclusiones de la burguesía. La lucha entre él y el «burgués» ha perdido su sentido. De ella ha surgido algo nuevo: una capa social que responde mejor al nuevo espíritu de trabajo solidario. Y el «todo

para uno, uno para todos» encierra una cultura social que sobrepasa mucho en significación nacional al egoísmo familiar de la antigua pequeña burguesía. La elevación así producida es beneficiosa, porque, con el bienestar privado, aumenta el valor moral y cultural del conjunto.

Esto está ya conseguido considerando sólo los progresos profesionales y la capacidad económica del grupo. Pero aun falta su completa ordenación con el conjunto de la sociedad en sus vías de formación, en la esencia de su derecho y en la estimación social de su mérito (1). Debe trabajarse, pues, en esta tarea. Resulta de ello otra cuestión más amplia: *¿Puede organizarse la elevación?*

Apenas se ha dado una época tan preñada como la nuestra de la posibilidad de reglamentar los movimientos sociales por medidas conscientes. Vivimos una época de fantasía, política y social, creadora. Del manejo inteligente del Estado se espera la mejoría de mil imperfecciones. Las victorias de la técnica mecánica han impulsado la idea de una técnica social y psicológica. ¿Se colmarán estas esperanzas?

Soy muy escéptico respecto a la estimulación consciente de la elevación de espíritus *extraordinarios* de una clase a otra. Al hablarse exclusivamente de la elevación de los «*superdotados*» demuéstrase que se considera muy superficialmente el problema. Nunca pueden considerarse tan sólo las dotes intelectuales. Para este fin tienen la misma trascendencia la firmeza interior, la médula del hombre, la perseverancia en la lucha. ¿Créese realmente poder anticipar por certificados escolares o por meros «tets» psicológicos lo que sólo puede comprobar la vida con su dura reali-

(1) Escrito en 1918. Aun después de la revolución que se desencadenó este año, debe llamarse totalmente "imperfecta" la estructura interna de nuestra sociedad.

dad? Debe uno expresarse con mayor modestia. Muchas veces parece ahora como si se pudieran establecer culturas puras de genios. ¡Ni el genio mismo podría despojar a esta época intelectualista de lo que tiene de irracional y de sus fuerzas ocultas! Pero el genio ha de ser la obra de sí mismo; no sería, en otro caso, genio. Puede facilitársele la posición exterior; pero no puede ahorrársele el combate interior, formándose su más preciosa esencia en la fecunda lucha contra el error.

Para los enjambres más amplios de quienes destacan del término medio mereciendo por ello un estímulo, vale también, en general, el viejo principio de la política liberal de que se trata de apartar obstáculos más que de intervenir en la libertad individual. Lo que de esta manera puede suceder voy a plantearlo desde cinco puntos de vista.

El primero es puramente espiritual y manifiesta una exigencia general de nuestra época: *La fuerza de la comprensión debe desarrollarse.* La extraordinaria diversidad que puede alcanzar el hombre en nuestra compleja cultura exige que sea muy viva la mirada sobre el alma individual y su condición total. Nos referimos más que al análisis de las funciones psíquicas como memoria, imaginación, tipos de representación, modos de reaccionar, etc., a la comprensión de la forma espiritual interna y a los lazos que ligan la esencia individual con el mundo espiritual circundante. En dos palabras: debe ser comprendido el hombre completo no fragmentando sus elementos psíquicos. Toda comprensión espiritual verdadera se dirige a la *totalidad individual.* Levantando puente de hombre a hombre, de clase a clase, de una edad a otra se forma por vez primera la comunidad del mundo espiritual que llevamos y nos lleva. Las pruebas de inteligencia y psicográficas, tal como se acostumbran a hacer no puedo

considerarlas sino como un valioso trabajo previo para esta comprensión del individuo. Hasta que la psicología no se oriente hacia la trabazón entre el alma y su medio no alcanzará los problemas de la vida. Mas quien ha logrado una mirada capaz de percibir la forma acuñada que se desarrolla viviendo, posee a la vez, en su comprensión, una fuerza elevadora. Sólo tales hombres están autorizados para aconsejar a quienes están en período de formación, pues sólo ellos son capaces de enjuiciar el conjunto de su naturaleza.

Inmediatamente enlazado con la comprensión está el segundo punto: el consejo sobre la profesión a seguir. La organización de nuestra orientación profesional está aún en sus comienzos. Para todas las ramas es igualmente válido que no puede ser objeto únicamente de la psicología. El psicólogo especialista, que a la vez sea un conocedor de la vida es el único que puede dominar el círculo de factores que deben ser tomados en consideración en la elección de profesión. Para esta tarea debe comenzar por formarse una tradición. Deben reunirse las más importantes preguntas. Y sin embargo, por encima del esquema debe estar, en último término, el hombre vivo: el consejero, para quien el asunto nunca debe llegar a ser un oficio, y el aconsejado en quien hay que despertar el sentimiento de la propia responsabilidad como lo más importante en cada una de sus decisiones vitales. Sería de lamentar que nuestros consejeros de la profesión a elegir, se consideraran como meras castas consultivas o puestos informativos, y no como pedagogos en el sentido más elevado.

El tercer punto es casi superficial junto a los primeros y al segundo. Y sin embargo, prácticamente tiene la mayor importancia: para reaccionar contra la falsa selección actual hay que evitar que sólo la fortuna decida sobre el camino de formación. Todos los

jóvenes con capacidad para cualquier rama profesional deben disponer de medios, que no sólo les permitan asistir a las escuelas convenientes (de estudios especiales y superiores), sino que les emancipen de la necesidad de ganarse la vida, para que libres de la lucha por la existencia puedan formarse. Tiene, ciertamente, algo de verdad que la presión económica estimula el incremento de la producción. Pero sólo de la lucha por el pan cotidiano, tan poco espiritual, no puede nacer nada ideal. Lo que resta (las contradicciones dentro de la propia naturaleza, lo atormentadoramente problemático de la juventud como tal, la lucha con las tareas objetivas) templa suficientemente. Tampoco llevará la ayuda que pudiera reservarse para este fin cultural, a una vida en la abundancia, y por ello pronta a la relajación. El Estado, el ayuntamiento y los mismos grupos profesionales se encargarán de las funciones de apoyo económico. Pues hay que privar de su carácter de asunto privado a la satisfacción de las exigencias de los talentos jóvenes. Debe sentirse como general la responsabilidad de quienes conceden y reciben la ayuda; no obstante, el individuo debe ser elevado en su formación como un valor para la colectividad y no meramente para su propio goce.

Por ello no puede renunciarse a los exámenes. Y naturalmente a las pruebas se ligarán las certificaciones correspondientes. Pero debe investigarse — y es la cuarta petición — si nuestro sistema de concesión de títulos para el ejercicio profesional está de acuerdo con la esencia interna del proceso formativo y con las exigencias de la profesión. Debe apartarse cuando no sea sino residuos de una vieja delimitación social. Asimismo las pruebas deben dirigirse más al hombre completo que a sus trabajos aislados. Por ello han de perder cada vez más su carácter de breve interrogatorio

y prueba de agudeza, adquiriendo en cambio su fundamento en largas observaciones durante la prestación misma del trabajo.

Hecho todo esto queda un último punto, como el primero, inaprehensible y espiritual: *la estimación social* debe concederse de más en más al servicio efectivo y a la preparación personal. Que no otorguen al nacimiento y fortuna ejecutorias de nobleza. El puesto mismo no debe suponer una pretensión de distinción, que sólo se adquirirá con su afortunado desempeño. El dictamen social del mérito sucumbe ante una ley de inercia que le es propia: es muy difícil, especialmente en la gran colectividad de un pueblo, conseguir el reconocimiento del valor, pero mucho más difícil perder el adquirido. Si alguien — artista o sabio — llega a ser conocido, ya puede exponer a la luz del día lo menos valioso sin perder la aprobación del amplio círculo. Lo que decimos del individuo vale para clases enteras. Si en algún tiempo prestó a la colectividad algún servicio, se le ofrece por largo tiempo un lecho de laureles. ¡También aquí puede decirse adquirir para poseer! Van ascendiendo clases inferiores, a quienes se debe el respeto de todo el pueblo. Y, sin embargo, el general dictamen modifica difícilmente su juicio. La participación de la técnica y de la capa superior de nuestros obreros en las tareas nacionales exige que se les señalo otro puesto en la consideración social. Esta justicia superior debiera además extenderse a quien por el apto cumplimiento de sus funciones se muestre hombre eficaz y satisfactorio, considerándole a él mismo más que a su fortuna y posición. En primer lugar debemos habituarnos a considerar los estipendios y becas para la educación, no como limosnas sino como merecida distinción que adeuda la colectividad donante.

Sobre estos cinco puntos debe apoyarse la palanca

que eleve al mérito verdadero. Con ellos caerán paulatinamente las barreras que dominan hasta hoy la manera de concebir la elevación. Antes tenía ésta una dirección bastante simple y unilateral: las profesiones más importantes parecían ser las académicas y la militar. El eclesiástico, el jurista, el oficial eran los portadores principales de la consideración social; sólo, poco a poco la han ido adquiriendo también el médico y el maestro. La historia, como la superficie de la tierra, es una estratificación, en cuyas capas pueden leerse las épocas de su proceso. Durante siglos estábamos bajo la reaccionaria influencia del siglo XVI, que anteponía a todo la pura enseñanza y la verdadera palabra de Dios, y bajo la del Estado absoluto, que consideraba al funcionario y al ejército como pilares de su existencia. Por eso, hasta hace poco, aparte la carrera militar, para ganar la consideración social era obligado el paso por la Universidad y, en lo posible, la adquisición del título de doctor. Ya hubieron de sostener duras luchas para su reconocimiento las escuelas técnicas superiores.

Debe aclararse que hoy existe una ramificación más amplia de la elevación social. Y, también, que es una concepción mezquina querer conducir cada talento por un camino letrado. Dentro de cada clase hay un ascenso, como cada clase en su puesto es necesaria para el conjunto. Incluso si la esfera de cada dotación superior fuera tan amplia, que, sin oscurecer su peculiaridad, pudiera pasar por la formación predominante teórica de la Universidad y de las escuelas superiores, sería una equivocada política social atraer hacia el sector de los académicos toda cabeza destacada de los otros grupos profesionales. La elevación debe ser, más bien, individualizada circunspectamente y dirigirse de acuerdo con las necesidades y las exigencias profesionales.

Nos llevaría muy lejos entrar en todas las posibilidades de esta ramificación profesional. Sólo debemos sacar una importantísima consecuencia que corresponde a la conformación de nuestra esencia formativa. Junto a su principal dirección hacia arriba, hoy existente, y que tiene su fin en la Universidad y las Escuelas superiores, debe abrirse una segunda. Es ciertamente necesario tender el paso orgánico que conduce desde la escuela de primeras letras a una rama determinada de las escuelas superiores y desde aquí a la escuela superior misma. Pero más importante es fundar lo que falta aún: una rica ramificación de escuelas especiales que enlace con la escuela de primeras letras. No tenemos sino grupos aislados de establecimientos profesionales, que preparan mezquinamente en el conocimiento especial. Tal escuela profesional no proporciona una formación en sentido elevado; adiestra más que desarrolla al hombre por entero. Por ello deberían enlazarse las escuelas especiales, formando organismos más amplios y ser provistas de una mayor proporción de asuntos de formación general, que se apliquen estrechamente a la dirección profesional particular. Por ello, por vez primera, el hombre será libre y señor espiritual de su posición, dominando desde allá un campo más amplio de nuestras complicadas relaciones culturales. Aprenderá que en el especialista cuaja el hombre. Tanto si se aplica al comercio, como a la técnica o a la industria, tendrá siempre la sensación de que desde su estrecho puesto presta un servicio general. En este puesto, con auténticos conocimientos, debe echar raíces y fortificarse, pero no puede perderse en su estrecho círculo; sino que su alma debe ensancharse en ciencia y arte, conocimiento de la vida y de la estructura del Estado. Con ello comienza un desarrollo espiritual que eleva, no sólo a él sino a su clase entera y a la función de ésta en la nación. Y así,

por vez primera, le nacen alas, que le ayudan a la formación de su mejor esencia. Pues sin formación del hombre completo, se reduce toda elevación a un apresuramiento y presión superficiales, que llevan en sí el peligro del americanismo. Economía humana no es ninguna idea salvadora sin ennoblecimiento humano.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER PARA EDUCADORA

Jean Paul inicia humorísticamente su libro sobre educación, «La Levana», con dos discursos. En el primero desarrolla convincentemente la demostración de que la educación es imposible; en el segundo presenta, con razones igualmente convincentes, el decisivo influjo que ejerce. Me encuentro frente a mi tema en una posición semejante. Debiera comenzar con mi convicción de que se puede uno educar para pedagogo tan poco como para artista. Pues ambas actividades están ligadas a previas cualidades internas, que concede tan sólo la naturaleza de modo misterioso y que se llaman talento o genio. Y sin embargo, la experiencia también nos enseña que los hombres deben ser formados para pedagogos, por no serlo naturalmente. En la mujer se reitera este doble punto de vista también en el sentido de que los máximos pedagogos — Comenio, Pestalozzi, Fröbel— sólo han conocido su más profunda verdad, según confiesan, escuchando a la madre. Por otra parte, han querido igualmente ayudarla.

No es de maravillar. En toda educación no se transparenta nada, sino que únicamente cuídase lo existente en germen, ayudándolo a salir de la oscuridad y de lo instintivo. Ennoblece la inclinación preexistente sin crear nada. La educación, como sabía ya Sócrates, empuja al hombre hacia sí mismo, dándole materia sobre la cual pueda llegar a ser lo que es.

La mujer lleva, como una disposición natural, la maternidad, el instinto de cuidar, la voluntad de mejorar. Lo demuestra con indudable claridad el juego a las muñecas en las niñas. Pero esta fuerza natural que pertenece ya al reino animal, no basta para la vida en una alta y completa cultura. Por ello se completa con dos fenómenos. Existe una tradición popular de

educación, que data de siglos, quizá de milenios, y que de modo enteramente involuntario pasa de generación en generación. Cuando una madre se siente desamparada frente a un niño difícil, una vecina le dice cómo debe hacer y qué pequeños medios hay para este caso. Pero en estas recetas primitivas hay mucho de irracional y peligroso. Y así la corriente de la tradición educativa ha sido cada vez más dirigida por la fuerza de la reflexión filosófica, que nacía de la profunda comprensión de la vida por hombres y mujeres cordiales. Por este proceso se elevó la fuerza natural a fuerza cultural. Pestalozzi hablaría de una elevación hacia la «fuerza artística», y hoy con expresión poco feliz, que el instinto natural se ha sublimado. Al principio existía entre madre e hijo una dependencia esencial que descansaba en la necesidad de alimento, calor y cuidados. No se daba en esta relación nada moral, sino puramente animal. Pero puede y debe ser espiritualizado. De esta oscura envoltura puede arrancarse algo más profundo. Pestalozzi lo ha querido: «La esencia de mi método no sólo es devolver su madre al niño al disminuir las razones físicas de la dependencia entre ambos, sino también poner en manos de ella una serie de medios, por los cuales pueda dar larga *duración* a la relación de su corazón con el hijo, hasta que la ayuda sensible de la virtud, uniéndose a la ayuda sensible de la inteligencia, pueda madurar en el niño, por el ejercicio, por la comprensión personal de lo que es derecho y deber. Con el mismo designio ha dado Fröbel — en el «Mutter und Koselidern» — una significación profunda y simbólica, radicando en lo más recóndito de la vida, a los primeros y tiernos juegos de la madre con el niño.

Pero esta cálida relación vital, fundamento de toda acción pedagógica, no puede darse ni enseñarse; puédese únicamente sacarla a la luz, de modo que llegue

a ser una fuerza moral consciente. Del camino para ello voy a hablar hoy, de la cuestión: ¿Cuál es el camino hacia la función educativa?

Veamos cuál *no* es este camino. No se llegará a educador por el estudio de la pedagogía ni aún en buenos libros; aun menos por exposiciones sobre psicología infantil. Tampoco llegará a ser un buen educador quien se limite a la práctica pedagógica; he conocido a muchos con largos años de ella sin que en absoluto llegasen a ser pedagogos. *Llegará a educador quien ejercite su propia educación y experimente en sí mismo el sentido del ennoblecimiento, de la humanidad completa.*

¿Por qué así? Porque debe llegar a ser en uno mismo la vida grande y sagrada si uno quiere despertarla en otro. El joven ya debe decirse: «tejes con la hebra de tu destino en un gran tejido de la más honda significación». ¡Cuidado con cada malla! ¡Que nada se malogre! Toda educación comienza con la edificación de un mundo íntimo en el propio seno. Quien se cultiva de este modo experimenta un doble sentimiento: de enriquecimiento y de indigencia. De riqueza, pues mientras le va llenando el valor de la existencia, produce en él dudas y crecidas interiores y, para sostener el símil, un desbordamiento del vaso. Si no se puede coger por completo lo magnífico y nuevo que hace feliz al corazón, no se puede tampoco cederlo a otro enriqueciéndolo. Resulta de esto que los jóvenes que luchan en la formación de su propio ser, poseen a la vez la más fuerte capacidad educativa. Obsérvase en el movimiento juvenil que el proceso formativo de quienes tienen pocos años más, conduce por sí mismo a una relación pedagógica frente a los más jóvenes: el ardor actúa calentando en torno. Dedúcese además que las mujeres poseen la más poderosa fuerza formativa. Es un instinto fundamental y un rasgo esencial de la mu-

jer que depende de su instinto de maternidad. No sólo aprende para sí, sino que en su interior se encuentra el instinto de quererse dar a otros y ser algo para ellos. ¿Quién no conoce a la madre que aprende latín con sus hijos o frecuenta con ellos la Universidad, sea en la realidad o en espíritu? Pero a la exuberante riqueza del proceso interno de la formación, se junta también la sensación de indigencia. Pues contemplamos el rico mundo de los valores humanos, se siente todo lo que aún falta y qué altura hay que escalar aún. Si se piensa sólo en los conocimientos, el camino nos lleva a lo ilimitado; ¡no hablemos de las cualidades del carácter, que tan lentamente va formándose en las tareas de la vida! En todo cuanto emprende el verdadero educador piensa cómo lo repartirá luego entre quienes se confíe a su dirección. Recuerdo, por último, cuanto más intensamente vivía en los dichosos años de mi esclavitud que hay en el seno de la ciencia; todo museo me atraía, debía estar enterado de todo, vencerme, cogiendo los animales más sospechosos, ser el más rápido en la carrera, el más ocurrente en el juego, el más animado en la conversación. ¡Y la callada autoinspección de si se dejaban pasar las ocultas faltas del corazón o de si uno cumplía lo que exigía de los demás!

Queda expresado cómo el niño en su propio proceso formativo se inicia como educador nato. Se nos da esto como una tarea moral. Jamás debemos considerarlo de otro modo. Con frecuencia al presentárseles esta consideración, las madres jóvenes despiertan a su verdadera vida por primera vez. Los hombres reciben por los muchachos su segunda juventud. Así se eleva el hombre desde la fuente de su oculto devenir.

La educación de la mujer para educadora tampoco comienza con la psicología infantil, ni con práctica de los jardines de la infancia, sino en el proceso de la propia maduración. Désele para ello objeto por el que

se deje vivificar conscientemente. Un profundo pensamiento de Ricardo de Seyfert, es que el futuro maestro debe experimentar su particular vía formativa, con el constante conocimiento de sí mismo.

Radica aquí un bien adecuado para la formación y en el que nada falta.

Lo encuentro en primer lugar en los pensamientos de nuestros clásicos sobre la educación (1). Parece hoy un pensamiento poco nuevo y, sin embargo, nunca se le subrayará bastante. Nuestros poetas se toman unilateralmente y sólo como artistas en la formación de las muchachas y parece que el embeleso es lo más alto que hemos de agradecerles. Sin embargo, tras las imágenes poéticas de estos hombres se encuentra un poderoso proceso de antoformación, una lucha por la interpretación del mundo, una nueva postura particular ante la vida. Goethe y Schiller, Humboldt y Fichte, incluso Hölderlin y Novalis, más que artistas son plasmadores de ellos mismos. El oro beneficiado por sus profundas miradas no se ha acuñado lo suficiente en Alemania en beneficio de la educación de todo el pueblo. Sería ciertamente equivocado leer a jovencitas algo de las cartas de Schiller sobre la educación estética o procurar aclararles en el original mismo la importancia que tienen para la vida de Goethe los viajes por Italia. Pero las poesías filosóficas de Schiller transforman todo esto en una línea intuitiva de conducta y un libro fácilmente comprensible podría mostrarnos cómo el impulso objetivo de la experiencia y el formal de la reflexión se concilian en el impulso creador del arte, o cómo peregrina Hümboldt, para sorprender las múltiples formas de la humanidad, mientras Carolina le da la medida interior de su vida.

Junto a los clásicos se ponen autobiografías, en este

(1) Ver mi discurso: "Der deutsche Klassizismus und das Bildungsleben der Gegenwart", 2ª edic., 1928.

caso de mujeres, que con abierto sentido marchan por la existencia como guías, relatando las luchas por las que alcanzan un peldaño más alto. Gabriela de Bülow, Malwida de Meysemburg, Paulina Brater, Amalia Dietrich, Caridad Bischoff, Elena Adelmann, Paula Modersohn Becker, son los nombres que se me ocurren ahora. Pediría también a las que viven, Elena Lange (1) Gertrudis Baümer, Enriqueta Goldschmidt (2) que mostraran a otras el curso de su vida por una senda espiritual.

Pero no se crea que todo viene de los libros. Comunidades libres educativas deberían constituir el ambiente vital en las escuelas para mujeres y en los seminarios para pedagogos: el juego del dar y recibir, en que cada fuerza pronto llega al sentimiento de su propia significación, es la mejor escuela preparatoria para la profesión pedagógica. ¡De qué modo tan distinto influye sobre mí este signo, que el estilo de la «pensión», de lejano recuerdo! Me parece ir desde un jardín artificioso al fresco bosque. Siempre hacemos de más para organizar este proceso. Se tendría que dejar más margen al propio inquirir y, sobre todo, que haya un espíritu elevado, maduro y suave que se oculte y no obstante, exista para todos.

Vendría en último término la pedagogía, en las primeras edades como imágenes de la vida de grandes pedagogos (no como «historia de las ideas», pues esto es fanfarronería); psicología infantil, pero no en el aparato ni tampoco en definiciones difíciles, sino como una iniciación para comprender al niño. Lo más apropiado para esto es el método de diarios que inició Preyer y siguieron luego miss Shinn y el matrimonio Scupin, y del modo más completo, Willian y Clara Stern. Tales diarios no deben orientarse hacia una fría-obser-

(1) Lo ha hecho entretanto.
(2) Muerta a principios de 1920.

vación científica, sino hacia observaciones cariñosas que no teman dejarse influir el juicio por un poco de simpatía. Finalmente se dan algunos puntos de vista sobre los medios y formas de la educación, pero no como enseñanzas a seguir, sino como posibilidades que en ciertos casos hay que sopesar con mucho tacto. Pues en pedagogía todo principio general es falso y la consideración teórica no hace sino ampliar el conocimiento. Una vez que se abren los ojos se sabrá ver lo pertinente a su debido tiempo. Pero nunca nos abandona el ver por nosotros mismos.

Lo expuesto hasta aquí, vale en líneas generales, para hombre y mujer. Quien ha de hablar especialmente de la educación de la mujer para educadora, debe indicar además dónde radican las fuerzas educativas peculiares a la mujer.

Radican precisamente en todo cuanto la hace ser mujer. Y no sólo porque la mujer está llamada a la educación más originariamente que el hombre, sino porque por alguno de sus rasgos esenciales la educación misma recibe un nuevo rasgo esencial.

El primero es el amor y precisamente ese amor que Fröbel designa como impulso hacia la unificación de la vida. La mujer alcanza la coherencia de la naturaleza más profunda e inmediatamente que el hombre puede ni siquiera adivinar. Está también más próxima a las fuentes de la vida. Y por ello originariamente se siente emparentada con todo lo viviente. Se ayudará, incluso en su forma más tierna y oculta, que llega también a un alegre goce de su existencia. Aquí hay una fuerza pedagógica. En dos palabras: la mujer es más metafísica que nosotros. Despertar la vida es su tarea genuina. En tal calor se desarrolla lo que apenas advierte la mirada analítica.

Al amor llega el sentido estético. Lo estético comienza ya en lo que alegra los sentidos, pues brilla

inmediatamente alma en todas las creaciones sensibles del mundo, en todas se encuentra alma. La mujer tiene una viva correspondencia con colores, sonidos y hasta olores. También aquí se pulsa lo inmediato de su vida. Descompone, aún antes de comprenderlo, el mundo abigarrado y sonoro y lo desenmascara como una simple réplica de nuestra organización anímica. Pero los niños pequeños también viven en tal mundo: colores y tonos, impresiones táctiles y olores constituyen, como ha pensado profundamente Fröbel, su realidad. Quien quiera comprenderlo no ha de haberse desprendido aún de este aspecto de la naturaleza. Pero el segundo momento de lo estético es la forma. Ahora bien; la forma, tal como la consideramos en una obra de arte, no es sino el reflejo de un alma indivisa con capacidad plástica. Aun antes que el artista unifique la materia sensible en una obra deleitable, esta unidad o contemplación de conjunto debe estar en su alma. En la mujer se mantiene predominantemente en la forma íntima en la armonía del alma, o en el ritmo del sentimiento; mientras que el hombre se esfuerza en imprimirla creadoramente sobre el exterior. Por ello la mujer vive y crea ordinariamente desde un punto de vista unitario, en el cual no se han dividido aún las funciones particulares del alma. Lo vemos en cómo las muchachas saben colocar en su sitio tanto un tocado como un dibujo o una reproducción artística. Es de una sola pieza más o menos perfecta, y lo que ulteriormente la modifica desgarra la vida del todo. Esta totalidad supone una fuerza formativa porque devuelve a la unidad de su naturaleza toda existencia compartida, cualquiera que sea su grado de conciencia, dándole un apaciguador sentimiento de conjunto. Las mujeres auténticas actúan como la música: sin palabras engendra un *ethos*. Dan, por su comprensión, una coherencia más profunda a la esencia de cada cual.

Devuelven igualmente al seno materno de la naturaleza lo que abrazan con su alma.

Con esto llego a lo último: el sentimiento religioso de la vida de la mujer. Comprendo por religiosidad, no sólo la forma eclesiástica y confesional. También tiene esto su verdad y su valor. Pero aquí no trataré de ello, sino que consideraré lo «religioso» en su más amplio sentido, como lo hacen también Pestalozzi y Fröbel. Pues la religiosidad consiste en dirigir las vivencias hacia una relación superior de valor. Trátase de una conciencia por encima de lo fragmentario y confuso del día. Hablamos siempre de la realidad como si fuese un todo firme de significación única, y sin embargo se trata únicamente de cómo la vivimos y bajo qué luz la vemos. Coloquémosla bajo la trivial iluminación cotidiana y resulta uniforme, gris, una cadena de enojoso trabajo con breves goces, arrastrándose todo por la pendiente de relaciones naturales. Pero puede enfocarse también la vida con la recogida mirada que entroniza lo particular en una relación superior de valores y sentido. Este comportamiento frente al mundo se ha dificultado hoy infinitamente. Pero una impresión rechaza otra y ningún suceso alcanza su resonancia. Pues bien; la disposición religiosa peculiar de la mujer consiste en el impulso y capacidad de permitir a sus vivencias que agoten su resonancia. Sólo entonces llega el hombre a lo más profundo de su emoción vital. De lo contrario se mantiene en la superficie impelido por cada ola. En cuanto que la mujer llega a su peculiar conclusión de que el mundo es más que una sucesión de imágenes que se mueven cinematográficamente, en cuanto que introduce en el contenido de cada corto retazo de la existencia una profunda conciencia del conjunto, llega todo a ser divino, hasta el dolor. El hombre vive en lo particular y determinado; distingue y resuelve, da forma y quiere. La mujer está «llena de presentimientos», contempla el

todo en lo particular y pone los pequeños acontecimientos del día en relación próxima o lejana con un supremo sentido del valor. Pero en esto se encuentra la fuerza educadora más fuerte que conocemos.

Perfeccionar tales diseños de su esencia se llama educar para pedagoga a la mujer. Pues todos coincidimos, en que en general no puede expresarse lo más fino y mejor de la educación. Ningún libro puede formular el medio para actuar decisivamente, en sentido pedagógico, en la relación entre madre e hijo. Pues la mirada y el gesto, el tono de la voz, los matices de la alegría y tristeza esconden ya misteriosas fuerzas; la madre actúa tan pronto llevando por un momento a su niño la conciencia de su desamparo como dejándole experimentar la fuerza y la independencia. En conjunto trátase más bien de un ritmo musical, que de un fenómeno visible. Las mejores madres tal vez fueran por naturaleza educadoras superdotadas, si tuvieran a la vez consecuencia y paciencia. Pero suelen faltarles ambas cualidades, unas veces por debilidad, otras por amor (a menudo en lo uno radica lo otro). Una mujer espiritual que comprendía brillantemente cómo debía actuar en el alma de sus hijos, y que sin embargo sentía como se separaban a veces de ella, me decía en una ocasión: «Lo he hecho todo, lo he vuelto a hacer, pero me siento fatigada.» En esto consiste la limitación: en la educación no puede uno cansarse. Esta fatiga la perciben los niños aún antes de conocer la palabra.

Inversamente se habla de alejar lo que pudiera destruir o dificultar estas fuerzas peculiares de la esencia de la mujer. A quienes temen constantemente que una interpretación tal de la mujer puede resbalar hacia el viejo y desechado ideal de femineidad, les replico que he visto la mayor fuerza de pensamiento en mujeres que, no obstante, tenían a la vez todo esto que por lo

demás, tampoco está cerrado para el hombre. Pero en la mujer es orgánico, mientras en el hombre resulta de la formación. No hay que rechazar, pues, ni el pensamiento ni la acción decidida. Pero hay que rechazar toda exterioridad que induzca a la superficialidad. Ante todo, lo «social», exteriorizado en la permanente sonrisa que tan sólo por la noche deja sitio a un gesto cansado e indiferente, destruye las fuerzas educativas más finas. «Mujeres de la época», llamaba Pestalozzi a tales mujeres, que ofrecen sacrificios a lo convencional y al afán de goces. Hay que apartar también toda agitación, y que ellas me perdonen que crea que la excesiva aplicación a la política nunca ni en nadie favoreció el espíritu educativo. Y finalmente alejar toda especialización que conduzca a la rutina. Ningún hombre obligado en su vida a una actividad aislada y sin alma puede llevar a otros, porque él mismo carece de toda unidad que satisfaga y de toda formación. Defendámonos de toda pedagogía que sepa a técnica o rutina. Sólo la totalidad del interior permanece fecundo. Por todo lo cual la mujer educadora es la mujer que sin saberlo ofrece en sí misma un hondo principio vital, actuando como revelación de lo oculto.

¿En qué círculo podrá ejercer la función educadora la mujer? Esta fuerza no se excluye de ningún círculo de la vida, en cada uno de los cuales debe actuar algo de ella, si no ha de empobrecerse el mundo.

Su lugar más idóneo e importante es, naturalmente, la familia. Se observa una creciente tendencia a definir ésta como una forma social superada. Esto se debe a un error psicológico del socialismo y también a un malsano esteticismo. Una forma de vida que ha penetrado tan profundamente en los fundamentos de nuestra cultura no puede ser desarraigada de nuevo. La familia es la forma moral donde se elevan a un alto grado espiritual las funciones animales del hombre: procreación, alimentación y crecimiento. Según la expe-

riencia de milenios no hay en este terreno que descubrir ninguna modalidad moral; sólo puede plantearse el ennoblecimiento de la existente. Vamos a hacerlo. Por ello también desde Pestalozzi y Fröbel, nada nuevo puede decirse sobre la profesión pedagógica en la mujer. Aunque se traduzca «Gertrudis» en mil nuevas formas culturales y pedagógicas, permanecerá invariable su modesto esplendor y sus fuerzas elevadas. «Así recorre su camino desde la mañana a la tarde el sol de Dios. No distinguen tus ojos ninguno de sus pasos, ni tus oídos perciben su curso; pero al ponerse sabes que se elevará de nuevo aplicándose a caldear la tierra hasta madurar sus frutos.» Únicamente nos faltan aún posibilidades para despertar y cuidar este espíritu en establecimientos pedagógicos. Pues en la escuela de perfeccionamiento, las muchachas son aún demasiado jóvenes, y cuando pudiera hablárseles mucho de ello y con persistente resultado, están demasiado ocupadas con ellas mismas. Por otra parte, también tienen que resolver en su estrecho círculo tareas exclusivamente prácticas. Quizá lleguemos alguna vez a la escuela de la actividad total de la mujer, lo que antes se llamaba año de servicio femenino, como una institución obligatoria para las muchachas. Entonces habrá espacio para la educación, según Pestalozzi y Fröbel, de las funciones de la mujer y de la madre. Pero, al edificar la nueva escuela popular superior, tampoco se olvide el trasformar el libro no escrito de las madres en una realidad formativa, en lo posible en forma de una sociedad de acción espiritual.

La familia, repito, no hay pues que abolirla, sino hacer que rebase toda angostura. Y su peculiar buen espíritu hay que transplantarlo a círculos más amplios. El egoísmo familiar es tal vez el fenómeno más triste de la vida burguesa. La educación del pueblo se condensa en la educación familiar, con su gran responsa-

bilidad para la mujer. Frente a todo el pueblo debe elevarse su maternidad a una fuerza. Así comprendió Fröbel los jardines de la infancia, ante todo como una unión de mujeres, y Berta de Mahrenholtz-Bülow ha sabido ver en ellos el germen de una educación completa del pueblo.

Infinitas son las tareas que la cultura actual plantea, especialmente en la gran urbe, al espíritu formativo de la sociedad. La pedagogía social nunca ha sido una necesidad tan apremiante como hoy, pero tampoco ha sido nunca enfocada con tan vigorosa voluntad. Sólo hablo de las esferas que se han desarrollado ya hoy: el cuidado de los niños de pecho, los jardines de la infancia, los asilos, la atención a la enseñanza, la solicitud para con la juventud y su dirección, los cuidados sanitarios (nacidos de la actividad de funcionarios militares y puestos en las manos de Kreisfürsorgerinnen); por doquier vemos tareas educativas, en las cuales la sociedad reemplaza funciones que no prestan padres incapaces o descuidados. Hay que agradecer predominantemente a la mujer los progresos hechos en este sentido. Además hay que procurar que la próxima generación esté llena de este espíritu educativo. Se trata ante todo de que la pedagogía social se eleve por encima de una mera moral de compasión. Si ha de ser practicada a lo largo de la vida de un hombre, debe ejercerse tal función pedagógica con una idea: sintiéndose portador de una responsabilidad colectiva y no meramente animado por una cálida agitación del sentimiento o siguiendo una inclinación ocasional. También se hace poco en el campo social con menos conocimiento y experiencia. Todo debe iluminarse por el calor y la fuerza del siguiente pensamiento: En un pueblo el fuerte debe ayudar al débil, el hombre maduro a quien se está formando, el de posición sólida a quien aspira a ella, y no por espíritu de sacrificio, sino por deber.

Para estas tareas poseemos ya cierto número de instituciones pedagógicas, debidas en lo esencial a mujeres: la Soziale Frauenschule (escuela social de la mujer), el Kindergärtnerinnenund Kinderpflegerinnenseminar (seminario de jardines de la infancia y de ayas), el Hortnerinnenseminar (seminario de empleadas de asilos) y los Jugendleiterinnen-Kurse (curso de preceptoras de jóvenes). Pienso que en lo futuro, cuando deban formarse academias pedagógicas, se reunirán en institutos de pedagogía social más amplios todos estos establecimientos formativos de la mujer. No deberán presuponer ninguna prueba de madurez en las discípulas, colmándolas en cambio de un espíritu de trabajo práctico, y conforme a esto, apoyar la comunidad de la vida en el espíritu pedagógico. ¡Cuánto camino hemos de recorrer antes de que la idea social despliegue una fuerza comparable a la que sacaron las antiguas comunidades del amor sobre un fundamento religioso!

Pero sobre estos establecimientos social pedagógicos imagino una última institución de perfeccionamiento, ante todo para las maestras que hayan de ejercer en aquéllos. Hace ya más de tres años me imaginé «La escuela superior para mujeres, de Leipzig, como un centro que reúna lo conseguido en el trabajo formativo específicamente femenino, como un archivo de los bienes culturales logrados por mujeres. Para ello son necesarias dos cosas: una directora con espíritu al frente y como base un ancho campo de estudios, abordando organizaciones político-sociales y social-pedagógicas. Partí de Leipzig sin que se colmara este sueño. Pero para desarrollar tales proyectos se necesitan decenios (1).

(1) Ver mi estudio: "Die Idee einer Hochschule für Frauen und die Frauenbewegung" Dürrsche Buchhandlung. Leipzig, 1916. Entretanto, ha nacido la "Escuela Superior para Mujeres" como tal, transformándose en un seminario femenino de estudios pedagógico-sociales.

La pedagogía social es el campo de actividad más amplio para la mujer, pero no el más elevado. La cúspide de sus fuerzas educativas está siempre en el terreno de la pedagogía de la personalidad, pues lo más sazonado que puede formar con su espíritu es el hombre:

Encontramos hoy pocas imágenes plenas de mujer. Con un encogimiento de hombros se culpa al hombre de ello: «Esta moda le gusta al hombre, el hombre estima este estilo de vida; no se reproche pues a la mujer su comportamiento.» ¡Anticuado punto de vista! Pasaron los tiempos en los que la mujer encontraba su última norma en lo que gustaba al hombre. La norma suprema de su existencia no puede hallarla sino en sí misma, en su completa femineidad. Así, por vez primera, llegará a ser por completo ella misma, una criatura dichosa de segura formación. Aquí sólo encuentra su poder sobre el hombre y, a la vez, su capacidad formadora. Por cualquier otra vía será juguete de circunstancias y antojos; sólo por este camino será libre. No se me comprenda mal: no pretendo hacer del amor y del matrimonio instituciones pedagógicas. Pero pienso que cada parte debe significar para la otra un ideal y una revelación de fuerzas vitales verdaderas. Aquí se encuentra, a la vez, la garantía de la juventud permanente que sobrevive al encanto de los primeros años. Naturalezas tales eran Enriqueta Herz, Frau v. Wolzogen, Carolina v. Humboldt, Carolina Schelling, Ana v. Helmholz. El mayor error sería suponer que todo esto sólo prospera en las alturas de la vida espiritual. No, también es posible a su modo en los círculos más sencillos. El hombre tiene siempre una ilimitada veneración por la verdadera femineidad. Sólo que ha de encontrarla. Pero entonces la mujer se constituye involuntariamente en formadora del hombre; simplemente por lo que ella es. Y para lograr esta su-

prema fuerza educativa, el mejor camino es conseguir la más rica formación humana, el más libre cultivo del corazón y de la inteligencia; y concluímos por donde empezamos: que la completa formación humana encierra en sí misma fuerzas pedagógicas. Puede introducirse la pedagogía y la metodología, pero sacando su vida de esta misma fuente si no han de agostarse en mera técnica.

En dos palabras. Aquí, como por doquiera, el espíritu importa más en la educación que las organizaciones especiales. La educación de la mujer para pedagoga exige múltiples establecimientos pedagógicos, pero sólo con ellos nada se consigue: «es el espíritu quien se hace el cuerpo.» Femineidad genuina es genuina capacidad educativa. Nadie ha presentido y aclarado esto como Federico Fröbel, pues lo peculiar de su genio consistía en llevar en sí el más tierno sentido de la mujer y el niño. Esto es lo que orilla para nosotros de modo claramente perceptible a través de las formas de su metafísica, que han llegado a sernos extrañas. Lo que encierra el sentimiento de la vida de una mujer primitiva, lo que la liga en el más vital de los sentidos al niño y a la naturaleza, ha sido aprehendido por Fröbel en las imágenes de una filosofía anunciadora de la totalidad de la vida penetrada por Dios. Y así se lo ha elevado, con razón, a una especie de santidad en la cuestión de la mujer y la educación. Sobre todas las circunstancias temporales emana de él un soplo eterno. Anuncia una magnífica serie de nombres de mujeres, en muchas de las cuales despertó la conciencia de esta suprema tarea. Berta v. Mahrenholtz-Bülow, Leonor Heerwart, Adela de Portugal, Enriqueta Goldschmidt, Enriqueta Breymann-Schrader, Elena Klostermann, Lilí Dröscher. Preparemos sus sucesoras. ¡De las generaciones de mujeres depende ante todo, la fuerza moral de un pueblo!

LINDSEY Y LA NUEVA JUVENTUD

Ben Lindsey, el juez del tribunal de jóvenes y de arbitraje familiar de Denver, en el estado de Colorado, tiene desde hace tiempo fama en Alemania de haber hecho descubrimientos en el campo de los tribunales de jóvenes. Pero, sin duda, es más que juez, incluso si elevándonos sobre la alta representación con que los americanos revisten esta magistratura, pensamos en los prudentes y rectos jueces de los relatos orientales: está dotado como pocos para comprender a la juventud. Posee, y no sólo en el ejercicio de su función, la confianza de toda la juventud yanqui. Es su psicólogo, su educador, su guía moral. Nos atrevemos, pues, a esperar de su nuevo libro «La revolución de la juventud moderna» (1), aclaraciones realmente proféticas sobre la juventud que vive en todas las grandes ciudades del mundo bajo condiciones semejantes.

De hecho canta Lindsey una entusiasta alabanza de esta juventud, de la que espera una remoción moral del mundo. Podemos suprimir en nosotros el entumecedor veneno del hábito insensato. ¡Que nuestra generación comprenda esta verdad! Que deje en libertad a la juventud y ponga en sus manos fuertes las llaves de la vida y la muerte, diciéndole: «Nosotros, de cuyas entrañas procedéis, confiamos en vosotros. Haceos una fuerza que ejerza el derecho y que cree un cielo y una tierra nuevos. Hacedlo a vuestra manera y con

(1) Ben B. Lindsey y Wainwright Evans, *La revolución de la juventud moderna.*

medios que os parezcan buenos y justos y que se confirmen en el uso».

Aquí resuena la misma fe con que muchos han saludado en Alemania el movimiento juvenil. Pero lo que describe Lindsey es algo completamente distinto de un movimiento juvenil, en resumidas cuentas, tal vez no es en absoluto un movimiento juvenil. Se enseña en este libro, de un modo nuevo, que hay una gran diferencia entre la experiencia plástica de la vida de un hombre significativo y su reproducción escrita. De cualquier manera existe en él una contradicción incomprensible entre la descripción de los hechos y las deducciones que saca de ellos. Y como reconozco que el libro de Lindsey me ha impresionado mucho en un punto importante, debo añadir igualmente que me parece en muchos aspectos muy peligroso, porque ilumina a medias el asunto y quizá también por estar lleno de un infinito optimismo liberal, como sólo lo siente aún un americano.

En resumidas cuentas, en el fondo no se trata de la juventud sino de la juventud ciudadana, de la clase educada, es decir, de los alumnos de las escuelas superiores. Y además examinada desde un punto de vista: sus problemas sexuales y la solución que busca para esta necesidad. En lugar de su título: «La revolución de la juventud», podría llevar éste: «Sobre la solución de la cuestión sexual y la reforma del matrimonio», que designaría exactamente lo esencial de su contenido. Un partidario incondicional de la vieja moral hace hincapié en que la mayoría de los casos discutidos apenas merecía ocupar el tribunal de jóvenes, pudiendo también afirmar que el capítulo «Descuido de los de arriba», discute una cuestión bastante candente, por cierto, en todas las grandes ciudades de la cultura europeo-americana. Sólo niega aquí Lindsey que exista «descuido»; más bien presiente un nue-

vo estilo de la vida moral, traído por la juventud.

Los hechos que aporta en forma de historias relatadas intuitivamente no contienen nada que la experiencia alemana no pueda confirmar. Habla de «poussier-clubs» y atrevidas sociedades de baile entre la juventud, de precoz comercio sexual entre escolares, del destino de madres solteras menores de edad, que impiden el nacimiento del hijo por miedo a la cólera paterna y a la consideración social, o lo alumbran secretamente, confiándolo luego al cuidado de manos extrañas. Relata tales hechos, no como excepcionales, sino como frecuentísimos, e incluso lo comprueba con testimonios estadísticos, de un modo muy americano, de quienes frecuentan los establecimientos superiores de enseñanza: 1º: que más del 90 % de todos los muchachos y muchachas que toman parte en sociedades, bailes y viajes en auto, se permiten llegar a besos y caricias; 2º: que más del 50 % de los jóvenes que así empiezan no se detienen ahí, sino que llegan a libertades sexuales que ellos mismos sienten inmorales, y 3º: que el 15 % de éstos terminan sin conocer ninguna barrera.

Las mismas observaciones puede hacer un conocedor de la vida juvenil de nuestras grandes ciudades. Si Lindsey hubiera emprendido una discusión completa de la cuestión sexual de la juventud, podría haber relatado probablemente que es cada vez más frecuente en ella la perversión sexual, ante todo, la inclinación al homosexualismo en ambos sexos. Quien conoce las circunstancias de la vida campesina suele opinar que allí todo es más sano o que falta el problema. Es difícil impugnar la opinión de que las condiciones de la vida en la gran ciudad provocan una fuerte intensificación y la precocidad del impulso sexual; tempranos estímulos sexuales procedentes de la literatura ilustrada o no, del teatro, del cine e impresiones reales se

suman a la estimulación general del sistema nervioso (1).

No deben cerrarse los ojos ante estos hechos. Y cada vez más se adquiere la impresión de que los matrimonios de las grandes ciudades, generalmente tardíos, han llegado a ser un canal demasiado estrecho, para que puedan conducirse por él el enorme caudal del impulso sexual. Hace tiempo que carecen de fuerza la exigencia religiosa de una autoeducación más rigurosa y los conscientes ejercicios previos para este fin de carácter ascético. Las viejas y firmes reglas de la moral sexual ya no actúan en el sentido de una reglamentación sana de la vida sexual. Más bien habrá que dar la razón a Lindsey, en que de ellas y de la vacilante evasiva a las preguntas sexuales en la educación familiar y en la escuela hace a menudo una desgracia. mayor: una fatal ocultación del extravío; abortos, abandonos de hijos y todas las desdichas espirituales que siguen a la maternidad extramatrimonial; las desventajas que encuentra hoy el niño ilegítimo. En la descripción de estas circunstancias, la punzante exposición de Lindsey recuerda muchas veces «La legislación y el infanticidio», de Pestalozzi. Volver a hablar con claridad de este problema es un servicio indudable. Quien tenga ojos y oídos no puede dudar que en este terreno ha de producirse algo que purifique la atmósfera moral, cuyo estado es insostenible. Hay que poner, no obstante, la mayor atención al estudiar la dirección por donde viene según Lindsey, algo nuevo y mejor.

Pero en realidad, en su libro no determina esta dirección, limitándose a plantear la cuestión como muy

(1) Adición de 1928. No se crea, sin embargo, que estos fenómenos supongan una fuerza vital más elevada. Más bien lo angustioso es que la excitabilidad sexual se liga menos que antes con las capas centrales de la existencia personal, situándose sólo en la superficie, por decirlo así, en la piel (epidermis), con lo que se rebaja a una cuestión vacía de sentido, puramente fisiológica: La generación moderna es realmente neurótico-sexual, no ya erótico-sexual. Véase el siguiente artículo.

perentoria, pero dejando incierta la solución. Se extraña en seguida el lector alemán de que el autor opine que la juventud de que habla presienta siquiera un camino semejante. Nos la muestra (y apenas podía esperarse otra cosa) sufriendo un destino de confusión y extravío, encallando en este espantoso problema vital; nos describe el indecible pesar espiritual, en que implora su auxilio por ser insoluble en sí mismo en conflicto entre ella y el modo colectivo-moral dominante de ver las cosas. Con simpatía e interés le vemos esforzarse en volver todo hacia lo mejor. Admiramos el poder del juez americano, interviniendo en cuestiones privadas y familiares, en las que le encontramos siempre haciendo de providencia hasta el límite de lo atrevido, y aparentemente le resulta mejor de lo que es frecuente en tales tentativas. Cada día encuentra nuevas ocasiones de llevar sus faltas a la conciencia del joven, para que ellas le señalen lo equivocado de sus ideas. Todo amigo y conocedor de la juventud le concederá ciertamente que deslices de este tipo no anuncian corazones echados a perder, y que en la mayoría de los casos se puede conseguir un camino de sana enmienda. También atribuirá de buena voluntad la culpa de muchas faltas a la sociedad. Se recuerda a Pestalozzi en la afirmación de Lindsey, de que «el joven nunca busca en la vida el mal sino el bien, y que si en ocasiones elige el mal es porque aparece como bueno ante sus ojos inexpertos.» Pero hay una gran diferencia entre la bondad del corazón equivocado, e incluso entre la repulsa consciente de la moral superficial y convencional de la sociedad, y la orientación hacia una ética más pura y liberadora. En la mayoría de los casos es cierto lo que dice Lindsey en una ocasión: «Por mucha gritería que levanten, tienen en definitiva demasiado poca libertad efectiva

y emancipación propiamente dicha.» Barriendo viejos puntos de vista han hecho, sin duda, algunos verdaderos progresos como conjunto; pero los individuos no han hecho sino salir de una forma de esclavitud para caer en otra».

Si contemplamos el asunto desde este punto de vista vemos que en la actual juventud no se produce sino lo que siempre sucedió en la juventud: busca el bien, se embrolla en tentaciones, sucumbe a veces en ellas, y experimenta el frío y la superficialidad de la moral válida socialmente, y con razón le declara la guerra. Pero en esta antinomia no descubre ninguna aurora nueva. ¿Y cómo podría tener la juventud, en sus primeros pasos por la tierra, fecunda sabiduría capaz de crear una moral nueva?

Lindsey habla de la juventud de modo enteramente distinto: ésta puede haberse equivocado o no, pero pone en sí misma la exigencia de dirigir la vida por su íntima autoeducación, de madurar y de mantenerse pura.» En la rebelión de nuestra juventud hay una innata capacidad para encontrar su propia alma y para vivir en armonía con Dios, y este inexpresable estímulo tendrá, con el tiempo, la victoria.» Hermosa confianza de amigo de la juventud, que debería poseer siempre todo pedagogo verdadero, y que obraría maravillas si, como material de experiencia, sólo se ofreciera esencialmente esa estadística de los «poussier-clubs.» Pues el otro caso: madres solteras y ennoblecidas por la maternidad e íntimamente puras, no es precisamente una novedad en nuestro tiempo. Y por más que busco no encuentro en todo el libro de Lindsey ninguna prueba de que la juventud de Denver sepa mejor que otra, contemporánea o del pasado, el camino hacia una ética sexual recta y limpia, que no se apoye en las viejas verdades de la incondicional santidad del matrimonio y en los peligros de toda otra relación en-

tre amantes, por mucho que esta verdad pueda también despreciarse en la sociedad por circunstancias exteriores. La juventud de Denver no sabe cómo podría superarse la charca de falsedad, reserva, y moralismo impuro de otro modo que mediante la *educación y la disciplina propias*. Habría de estar dotada de madurez y profundidad de juicio singulares, si alcanzase ya lo que desde hace siglos buscan ardorosamente los guías morales de la humanidad y los reformadores práctico-sociales.

No obstante, Lindsey nos promete una revolución, seguida inmediatamente de una nueva moral sexual más pura. Por consiguiente no está prohibido en él la solución que atisba, como confidente de la juventud, en las oscuras pesquisas de ésta. Por ello nos asombra de nuevo que en su libro encuentre nada menos que tres soluciones distintas a la cuestión fundamental planteada.

Comienza por abogar seriamente por la santidad del matrimonio, manifestándose enemigo de todo relajado ajuste del problema sexual. No ve ninguna solución en el amor libre. Reclama una educación que en oposición a la tiranía de la opinión pública que domina en América y al juicio convencional, se esfuerce en hacer al joven interiormente libre y sincero, y fuerte ante su propia conciencia. Como él, sabemos que el matrimonio concertado legalmente por esto solo, no suele ser un matrimonio moralmente puro. Su experiencia —presenta una estadística según la cual el 50 % de los matrimonios termina en divorcio, en muchos estados de la Unión— enseña, si no fuera sabido, que la institución empírica del matrimonio y el matrimonio verdadero son dos cosas distintas. Lindsey quiere, ante todo, robustecer en su pueblo *la fuerza de los ideales auténticos*. Podrían felicitarse los americanos de este llamamiento. Pero con todo esto no se bosqueja ningún

«nuevo» camino hacia nuevas formas de moral sexual, sino que se intenta únicamente purgar los antiguos ideales y aspiraciones de su embotada colectivización.

La segunda respuesta que nos da Lindsey es la confesión de que tampoco sabría decir nada sobre las formas que se buscan: «No es realmente necesario que prescribamos y predigamos lo que hay que hacer para ciertos planes, y cómo están ejecutados. No estamos llamados a profetizar cómo será la forma matrimonial del futuro»... «Por causa de esto no me inquieta más lo que ante mis ojos sucede con el matrimonio. Cuanto antes se decida esto, tanto mejor. Pero no podemos predecir cómo se conformará en particular cada cosa.»

Pero sin embargo, y a continuación de estas manifestaciones reservadas, presenta una decisión positiva, que formularé lo más claramente posible en sus principales consecuencias, ya que aquí no deben ponerse a discusión los matices, sino algo con pretensión de enteramente nuevo y liberador. Trátase de estas proposiciones. 1ª: el matrimonio a prueba; 2ª: el consentimiento social de la convivencia sexual, con «control de nacimientos», es decir, con prácticas anticonceptivas, de las cuales debe hacerse un uso más extenso, pensando principalmente en el valor biológico de la descendencia, y 3ª: la necesidad de que el matrimonio sea, en lo posible, indisoluble en cuanto haya hijos.

Lo más importante, pero también lo más discutible, es el contrato matrimonial sin hijos y el matrimonio a prueba. Del último, en todo caso, habla Lindsey sólo por encima y sin precisar sus formas. El «contrato matrimonial para la convivencia sin hijos» es una idea que tal vez se comprenda en América más fácilmente que entre nosotros. Nace de la fuerte acentuación del aspecto biológico del matrimonio y de su motivación predominantemente sensual, que si por cierto no combatimos debe ser ennoblecido y espiritualizado por el

matrimonio. Lo que se dificulta extraordinariamente si no quiere engendrarse la benéfica consecuencia natural del matrimonio: el hijo. A este respecto, quien no respete las severas medidas viejas no podrá decir, no obstante de tal solución, sino que es una medida necesaria pero muy lejos de una moral nueva y más pura. Pensamiento americano es resolver el problema técnicamente. Se suprimirá el aborto, sin duda. Los anticonceptivos, sin embargo, como ninguno de los inventos técnicos, parecen un medio para conseguir una vida mejor y más elevada, no más cómoda. No me atrevo a juzgar el aspecto sanitario de la cuestión; la decisión tampoco se produce ante la mesa del juez. Desde el punto de vista de la vida de un pueblo parece verdad que éste sucumbe muy pronto sin aumento de población. Sobre esto se muestra Lindsey muy impasible, contrastando su actitud con la inquietud que el problema inspira precisamente ahora a muchos americanos (1). Biológicamente ante problemas que se presenten en otro sentido puede uno inclinarse a discutir esta proposición y decidirse por diversas orientaciones. Pero espiritualmente, si se nos permite y comprende la expresión, no hay en tal medida ningún paso adelante sino a lo más, una resignada decisión tomada para apartarse de lo peor. En tal situación me parece fuera de razón el optimismo liberal del autor; por lo demás también genuinamente americano.

Sólo queda, pues, que discutir seriamente el matrimonio a prueba o matrimonio juvenil (jurídicamente un matrimonio con derechos menores, como ha existido en muchos pueblos), como un camino que afloja las formas demasiado estrechas y firmes de la actual moral sexual, en un sentido biológicamente sano, psíqui-

(1) Compárese con L. Stoddard. *The revilt against civilization. The menace of the Under Man.*

camente motivado, que esconde posibilidades más profundas y abre a la vez respiraderos, que tal vez sin mayores daños de la moral del pueblo no pueden mantenerse cerrados por más tiempo. No me atrevo a decidirme llanamente por este camino, sino que lo brindo a la consideración tranquila y pública. Pues me parece que bogamos entre la Escila de una moral rígida que, sin embargo, no hace más que ocultar los impulsos desbocados y la Caribdis de un desenfreno de la vida sexual, admitido públicamente. Realmente, como Lindsey afirma, hoy se pisotean muchos corazones puros porque no viven su ideal incondicionado, ni pueden respetar el ideal que la sociedad sanciona. Pero no se plantean las cosas tan sencillamente como para el observador americano. Un buen juez de jóvenes, que sabe resolver difíciles embrollos personales puede no obstante —y tal vez por ello— ser incapaz de desenrrollar el nudo del mundo. Tal vez hasta lo haya enmarañado un poco más haciéndonos creer que la juventud está en el camino de su salvación, porque reclama para sí vía libre. En América es efectivamente posible todavía mucho de lo que ya no lo es fuera. Nosotros, inquietos de uno u otro modo, por la «decadencia de Occidente», debemos confesarnos que sólo los espíritus más profundos, puros y amigos del hombre, como Pestalozzi y Lindsey, pueden encontrar el camino. Cuando el fango nos sube paulatinamente hasta el cuello, sienten equivocadamente quienes creen que toda muralla derribada o aquella envoltura sentida como innecesaria, suponen un paso efectivo hacia la liberación de la humanidad. Discutir con estas voces carece completamente de sentido. Pues donde falte el sentimiento más fino y moderado frente a la esfera sexual, no sirven argumentos. Una de las protegidas de Lindsey dice en una ocasión: «No sé por qué no soy en público tan tierna con un hombre como en mi

habitación en casa. Y así hal ciertas cosas que no puedo hacer con naturalidad, aunque soy moderna. En muchas cosas debo ser convencional.» El ser «moderna» suena en los oídos de esta joven como una expresión mágica. Lo no moderno es para ella «convencional». Pero las trabas que siente son algo muy distinto de lo convencional. Más bien la eterna y más profunda naturaleza que el mundo actual no puede desarraigar por completo del sentimiento.

Debo reconocer que, en oposición a Lindsey, no puedo participar ya, tras largo esperar en vano, de la creencia, que también abrigué, de que el sano sentimiento de las mujeres que se sienten públicamente responsables para la vida del pueblo, irá a la cabeza en la lucha contra la inseguridad de las ideas de la moral sexual. Más bien el fallo actual de estas grandes fuerzas instintivas humanas me colma de un pesimismo contra el cual me defiendo en vano. Me inquieta el rápido hundimiento de la moral del pueblo en los últimos años. Aun angustia más la completa falta de influencia de los círculos que se mantienen sanos todavía, y que ciertamente no faltan. Aunque no dispongo de la experiencia de un Lindsey, la vista de innumerables semblantes y figuras de mujeres jóvenes de la gran ciudad me ofrece una conmovedora prueba de cuán poca salud anhelosa de felicidad verdadera queda en general, para no hablar de lo que significa aún más que la felicidad. La íntima obligación ante uno mismo, consecuencia de un ideal de la propia vida libre, fuerte y elegida con responsabilidad.

EROS

Cuando hoy nuevamente, como en los días de Platón en un círculo de jóvenes autorizados se publicó la invitación de ensalzar por turno al dios Eros, aunque cada cual lo comprendiera, se expusieron opiniones aún más abigarradas y singulares que en el banquete de Agathon. En las obras de la literatura vemos lo que sintió y pensó sobre ello una generación anterior. Hay entre ellas testimonios que hacen pensar que se haya entendido por arte, en este tiempo, dar el cieno de la propia alma. Más extraño resulta que en el movimiento de la juventud, que en su médula significa un despertar y un renacimiento, domine en el sentimiento, pensamiento y comportamiento sobre lo erótico, una confusión que sería imposible, si todo se hubiera desarrollado bien en el fondo del alma.

Es difícil hablar y más escribir sobre esto. Sócrates tiene a bien no hablar de ello en su propio nombre, sino que autoriza a la vidente Diótima. Para nosotros es más sencillo. Conviene recordar hoy que aquel que vive más profundamente el Eros, ha dicho también lo más profundo acerca de él. Nuestro revelador es Platón; lo que sigue se afirma en su nombre, siendo solamente necesaria la breve aclaración siguiente: cada cual es libre de designar por Eros lo que en su alma cree semejante a él. Hay pues, exactamente, tantas opiniones sobre Eros como almas que se expresan sobre él. El sino de toda psicología es que tenga que creer cuanto cada cual afirma sentir en sí. Hay pues que abandonar toda polémica sobre esto; tampoco encierran mis líneas ningún propósito polémico ni se compararán con nadie. Busque cada cual la decisión en

el análisis de sí mismo. Aquí trataré de lo que Eros pudiera ser cuando aparece, no importa dónde, en su más alta y pura hechura. De tal suerte, tal vez no camina nunca por la tierra. Tal vez alguno encuentra al alumbrarse con esta antorcha, que algo le responde de su propio seno. Quizá encuentre que también él alumbraría así al Eros, si una vez subiera a la superficie la última verdad del fondo genuino de su alma.

¿Qué es el Eros? En sus orígenes es ciertamente algo completamente distinto del amor cristiano, que a través de necesidad, opresión y desnaturalización en toda alma humana honra un brillo divino en el cual desaparece la propia vida, aunque concede eterna bienaventuranza. En su núcleo, el Eros es de cuño estético, pero tiene también una raíz genuinamente religiosa, como hemos visto. Es estético porque originariamente se desprende del hombre bello. Para un corazón que sienta naturalmente, el hombre bello es, ante todo, el floreciente cuerpo juvenil con sus graciosas formas y líneas. Pero reflexionando más profundamente, es imposible que el mero contorno, la mera envoltura, la simple línea provoque esa beatitud de la contemplación en que nos sumergimos ante lo bello. Sino que es una profunda excitación espiritual que advertimos en nosotros cuando nos sentimos penetrar y remontar en lo bello de las formas. Por ello lo perceptible por los sentidos es un «símbolo», y quien quiere aclarar su contenido encuentra en sí velado por oscuro presentimiento algo así: en esta viva imagen se encuentra una prueba de ocultas fuerzas creadoras de la naturaleza. Nos traspasa infinito fervor y gratitud porque en su escondida profundidad está hecha para querer y realizar eso. Y volviendo sobre tales presentimientos se profundiza la simple proyección estética hasta una vivencia mística por lo que llamamos religioso al Eros. Se revela aquí algo

del sentido del mundo. La naturaleza lleva en sí la voluntad de belleza; pero, sin embargo, no de modo que estribe para ella en el simple fenómeno sensible, sino que expresa algo por esta alegoría. Y ciertamente tal cifra significa algo espiritual que hace hermoso al cuerpo en tanto que resplandece a su través. Sólo el alma hace bello al cuerpo, y si ella no lo fuese tampoco merecería este nombre la disposición de los rasgos. Y cuando el alma es hermosa tampoco puede decirse sino que en ella la pura, difusa ley de la vida ha conseguido plasmar a la misteriosa voluntad de la naturaleza creadora. La más profunda voluntad de valor del universo que respira vida brilla a través del alma como ésta a través del cuerpo. De tal alma, tal vez completamente inconsciente de sí misma, decimos que en ella ha logrado aparecer el más alto contenido metafísico de valor, cuyo seno materno es capaz de lo que vive espiritualmente. Así vivimos valores universales últimos, ocultos en el fenómeno de la belleza juvenil. A quien conmueve Eros no duda que, en tal estado, está más cerca del sentido del mundo que en cualquier otro momento de elevación.

Pero como este sentido parece surgir también de lo corporal y visible, se experimenta en la impresión un movimiento de todo nuestro ser indivisible. Nos sobrecogemos no sólo anímicamente, sino también hasta las últimas fibras de lo corporal. No es de maravillar que resuene también nuestra capacidad de procrear, es decir, que lo espiritualmente erótico excite a la vez un anhelo sexual. Somos también psicofísicos, como la misma naturaleza que nos ha engendrado. Sería desleal negar que esta vivencia fundamental erótica suele ir acompañada de un tono subordinado sexual. Pero en la interpretación del conjunto de lo indivisible distínguense los espíritus. Unos perciben el sentido de la vivencia de la belleza que se inflama en la imagen

del hombre, decididamente del lado de lo sexual. Para éstos lo bello no es más que una conformación natural cuyo fin es la excitación priápica. Esfuérzanse, pues, por llegar a la «meta», y, elevando principalmente lo corporal como fin y sentido, comprenden el sentido de su Eros como si en la unión corporal todo se resolviera y agotara. Éste es el camino descendente, la κάτω ὁδός. Pues confiésese o no, el supuesto de este punto de vista supone una concepción materialista del mundo: lo que en la conexión de los hechos físicos y biológicos puede ordenarse, es inteligible; lo restante es ficción, superposición ideológica o simplemente una «astucia» de la voluntad cósmica ansiosa de vida que pone en juego este anhelo para que ejerzan los órganos corporales su función corporal.

Pero hay un modo de sentir opuesto que se dirige hacia arriba. Según él, se descubre el sentido del anhelo y de la procreación sexual en estas vivencias que aparentemente sólo son concomitantes. No son sólo el aspecto interno, sino el verdadero contenido. Todo permanecería como un proceso inanimado en la materia muerta, en el anhelo y en la felicidad eróticos; mientras no participamos en lo que se eleva de lo profundo de una naturaleza penetrada por el espíritu, y que por vez primera se manifiesta por entero, donde se hace a sí mismo consciente en su escudriñada espiritualidad.

¿Quién tiene razón? Resulta, no obstante, claro que lo «meramente sexual» con su goce funcional simplemente físico, en último término, excitaría aun a los hombres más materialistas si no se hubiese tejido previamente un velo que cubre lo seductor y sensual, por todo lo que pertenece a la fantasía. Si de la excitación sexual se quita la participación de la fantasía, nada queda que pudiéramos llamar problemático o excitante. Se mantendrá la monótona repetición de la ne-

cesidad física; pero con el aliento estético desaparece también la trascendencia ética. Pues la procreación o la excitación sexual sin un supertono anímico nada contiene donde pueda tejerse pensamiento.

Se nos quiere convencer de que lo erótico es sólo una «sublimación» de lo sexual. Este «sólo» quiere caracterizar a aquello que existe detrás, que se supone comprensible por sí mismo: comprendemos lo corporal; lo superior necesita explicarse. ¡Pero qué singular explicación! Pues si lo erótico no estuviera desde el principio enlazado con lo sexual, la producción de esa excitación espiritual significaría una producción de la nada. Al contrario, solamente en el estado anímico erótico que es siempre un movimiento de la fantasía, pierde lo sexual su falta de sentido y adquiere su significación «interna» y su transparencia. Derivar lo erótico de una sublimación de componentes puramente físicos sería tan falso y unilateral como si se quisiera considerar todo lo sexual «en sentido físico» como una degeneración de lo erótico espiritual. Ambas concepciones están desfiguradas en su raíz.

Pero de lo dicho resultará al mismo tiempo claro que los errores y confusiones del estado vital indivisible deberán comprenderse como desviaciones o enfermedades de la fantasía. Lo que se discute, en el fondo, es donde empiezan éstas.

Hasta ahora hemos hablado solamente del Eros que se vuelve al gracioso cuerpo juvenil, como una brillante envoltura de lo anímico (en último término de lo metafísico). Así lo sintieron los griegos. La plástica griega tiene su valor universal y eterno en que vió *así* al hombre y enseñó a verlo *así* hasta hoy. Para ella, la fuerza natural creadora de belleza se encerró en el cuerpo humano proporcionado, vigoroso o graciosamente tierno. Todas estas obras nacieron de Eros.

Y no puede maravillar, después de nuestra explicación, que un Eros tal se aplique igualmente a un adolescente bello que a la doncella bella y a los hombres y mujeres bellos. Pues en ambos sexos teje y crea la misma gran artista, la misma naturaleza plena de valor, y sentirla no le es dado sólo al sexo opuesto, sino también al propio.

Por ello hizo Platón el descubrimiento, transformador del mundo, de que no se agota lo bello en tal forma perceptible por los sentidos (porque el *valor* no se agota en ello). Hizo este descubrimiento Sócrates. Sócrates contra Alcibíades, espiritualidad contra sensualidad, son los dos principios del Universo en cuya lucha culmina el «Banquete». No sólo para los griegos, sino para todo el mundo, llega con Sócrates a la humanidad esta cosa inaudita de que hay una belleza anímica, una plenitud de valor, sin que haya ante los ojos sensibles ni delicadeza juvenil, ni belleza formal masculina. Y más aún, Platón experimentaba en sí que esa alma también puede tener su fuerza procreadora y su voluntad de generación: una voluntal *espiritual.* Esa es la irrupción del contenido anímico grávido de pensamientos, a través de la ingenuidad. Entonces cesó, por vez primera, de ser ingenua y de verse ingenuamente la humanidad occidental. Y no obstante lo que con ello se abre paso es sólo, de nuevo, una eterna experiencia del reino de los misterios del Universo.

Junto a la contraposición de masculino y femenino brotó una nueva, y de raíces no menos profundas, entre los anhelos de forma y la forma misma:

«¿Por qué veneras tú, sagrado Sócrates,
siempre a este adolescente? ¿Nada superior conoces?
¿Por qué posas con amor,
como en los dioses, tu mirada sobre él?

Quien piensa lo más profundo, ama lo más vivo,
comprende la alta juventud, quien penetra el Universo,
a menudo los sabios se inclinan, al fin, hacia lo bello.»

Aquí se señala un nuevo aspecto de lo erótico, una relación recíproca basada profundamente en la estructura sensible de la naturaleza espiritual. Es incomprensible que lo maduro, lo lleno de pensamiento acate a lo juvenil, porque brota puro y sin desnaturalizar de lo profundo de la naturaleza siempre remozada. Pero lo contrario también tiene lugar: lo ingenuamente joven tiende a lo sazonado, a lo conformado ya espiritualmente. Y precisamente en ello descansa el proceso espiritual generador en que se sumerge lo maduro en el alma en formación, para perfeccionarla en sí y para purificarse en ella: una alternativa de necesidad y desbordamiento en la que cada cual da y recibe. Lo reflexivo rejuvenécese en el manantial de la juventud, lo que se está desarrollando acepta en sí la forma ya sazonada: ambos son para el otro un Eros y una expresión de la última determinación metafísica.

Sabemos que los jóvenes suelen desvariar por las mujeres maduras, de igual modo que las jovencitas se inclinan a hombres mayores. Pero la amplitud de la tensión del Eros aun abarca más. Igualmente frecuente es la exaltación de las muchachas por una mujer de más edad y con excelencia espiritual, y también el amor de muchachos y jóvenes por el guía maduro que «encarna» su ideal. Todo esto prueba que el Eros sobrepasa mucho las relaciones biológicamente comprensibles por la propagación fisiológica, y que radica aun más profundamente en el fondo del misterio de la individualidad.

¿Pero qué hay de la trama sexual de estas relaciones? No puede, por otra parte, negarse que bas-

tante a menudo (aunque el interesado no siempre tenga conciencia de ello) cooperan en las experiencias psíquicas. Pero, en todo caso, precisamente como *algo psíquico y fundado psíquicamente.* Pero es característico ahora que precisamente es el adolescente el que, por la peculiar estructura en desarrollo de su alma, se esfuerza por mantener separadas ambas cosas, *al menos en la conciencia.* Puede haber allí una combinación latente, y la habrá. Pero lo sexual puede ser repelido angustiosa y hostilmente, o cuando a consecuencia de la disposición personal es muy fuerte se reparten ambos movimientos sobre objetos completamente diferentes. Un espanto sagrado contiene regularmente al adolescente de dirigir en la misma dirección a ambos. No sólo es esto cierto para sus relaciones eróticas con mayores, sino también entre personas de la misma edad para tipos psíquicos juveniles no adulterados.

Estos hechos espirituales deben tener su oculto sentido. Se expresa en ellos que el contenido de una correspondencia espiritual profundamente erótica no puede encontrar su desenlace ni su redención en el acto sexual. De aquí el espanto del caballo noble en el «Fedro» ante el amado. Y las hondas raíces de la vergüenza espiritual. Siendo un acto singular pasajero y temporal, la unión corporal no puede agotar el *sentido* de una comunidad psíquica eterna, infinita y divina. Téjense aquí relaciones aun más profundas que la propagación puramente física. Por doquiera, en último término, todo esto está en conexión en el seno de «la madre». Pero sólo una equivocada y extraviada fantasía puede creer que satisfaga a la tensión creadora del alma una generación física, un abrazo. Como en el aroma del aire primaveral se excita hasta la última vena de nuestra naturaleza en torno del misterio y la dicha, análogamente la felicidad erótica tras-

pasa también todo nuestro yo anímico-corporal. ¿Pero al lanzarse dichoso al seno de la naturaleza en todo su encanto primaveral, ¿quién querría sentir sólo un impulso físico? Y aunque este impulso le estremeciera respecto a la belleza, elevación y pureza humanas, ¿quién podría creer que encontraba en él la totalidad de su sentido y finalidad?

Tal vez haya *una sola* forma de lo erótico en que la posesión corporal coopere con la satisfacción del anhelo espiritual. Donde esto ocurre debe, en todo caso, realizarse de un modo lleno de sentido una voluntad de la naturaleza; debe querer procrear a la vez en la generación espiritual una nueva vida corporal. Sólo ocurre esto cuando se enlazan hombre y mujer por el supremo Eros con toda el alma y con todo su ser indiviso. Pero esto no sucede sin ese horror al abismo, sobre el cual sólo pasa el puro amor. Dante saludaba a Beatriz sólo desde lejos. Y ella era para él la vida. Ella le dió esa infeliz bienaventuranza, de la que nació una poesía que llenó el mundo. Le fué concedido alumbrar por el anhelo de su alma.

No me atrevo a juzgar a quienes, atendiendo a la última veracidad de su ser, creen que deben hacer el camino desde lo erótico al acto sexual por otra vía que esta relación de matrimonio espiritual. La decisión está en ellos mismos y no puede ser mal entendida. Si mantienen la fuerza pura y entera del Eros también en y después de cada paso, los absuelve entonces la misma naturaleza. Pero la sentencia de su particular destino radica en que queda disminuída la fuerza del impulso espiritual, en cuanto se satisfacen con lo finito, particular y fugitivo.

Fuerza es, pues, lo que otorga Eros, fuerza que brota tumultuosamente de la fuente primaria de la vida. Y podemos seguir de más cerca sus efectos, pues sólo ella engendra los *ideales*. Del Eros, y *sólo* de él, nace

la capacidad de idealizar, es decir, de elevar en el sentido de sus supremas posibilidades valiosas a los hombres y al mundo sobre los fenómenos que nos salen al paso. Reducir la esencia del mundo a una ávida, creadora fantasía cósmica pudiera ser una mera verdad parcial. Pero tiene sus raíces en una experiencia fundamental verdadera. Creando ideales, reconociendo lo que es el mundo, es como únicamente vemos su última determinación fuera de él. Esta determinación se hace sangre en nuestra savia vital. Ayudamos a la naturaleza a realizar lo que verdaderamente quiere. Pero solamente se consigue una tal elevación de nuestra esencia más íntima, cuando nuestra fantasía es pura y mana de fuerzas vitales no desnaturalizadas. Sólo el ojo radiante ve el sol; sólo el hombre erótico aprehende el ideal; sólo la explicación ética es «genuina».

Alrededor de estas verdades gira ese poderoso poema del pensamiento que Platón engendra en su alma en ofrenda al espíritu de Sócrates. No se crea, sin embargo, que no haya querido más que sacar de las cosas conceptos generales y colocarlo como muestra en un más allá. Tampoco debe pensarse que haya querido limitarse a establecer las leyes de la producción mental de objetos. En sus venas circulaba más sangre y su alma era un alma plástica, formadora. El llevar en sí una generalización no hace a los fenómenos partícipes de la idea, sino sólo el que en ellos actúa conformando un último supremo valor que penetra de arriba abajo el universo en todas sus ricas formas. Pero son *formas*, es decir, formaciones perceptibles plásticas que hay que *contemplar*. Y quien las contempla verdaderamente aprehende en ellas la eterna verdad de la ley que las formó. No una mera ley lógica, sino una ley capaz de conferir valor. En último

término, sólo por el valor puede comprenderse el mundo.

¡O sigamos el camino contrario! De un supremo punto particular nace esa fuerza que da a la multiplicidad de las cosas su *valor* y a la vez su *verdad* inteligible en conceptos de medida y valor. Por ello es *bella* su forma plástico-sensible, dado que ella refleja con la verdad a la vez el bien. Por el bien, es decir, el supremo valor universal, se comprenden los conceptos y las formas. Lo esencial es a la vez bello, verdadero y bueno. Pero esto sólo es posible cuando lo bueno mismo es considerado como un concepto de medida, comparable y semejante a las formas matemáticas y regulares. La medida, pues, penetra al mundo. Por ello es un *cosmos,* es decir, un conjunto ordenado en el que todo concuerda hacia una armonía de las formas. En la forma de Eros tiéndese el anhelo humano hacia ese luminoso bien, estructurado y sometido a leyes, el anhelo de participar en esa medida, de hacerse él mismo un cosmos como lo es el conjunto. Microcosmos y macrocosmos se condicionan mutuamente obedeciendo a la misma ley. Sólo quien posea el Eros lleva en sí un mundo y puede edificar un mundo en sí. Pues Eros se esfuerza hacia la *forma,* la *ley* y el *valor*, según la trinidad de belleza, verdad y bondad.

Es invencible esta fuerza que mana de la estructura del Universo. Toda alma juvenil en sí la lleva nueva y sin desnaturalizar. Finalmente, así también se explica lo siguiente: puede que el objeto ocasional del Eros — un hombre — esté tan lejos del ideal que parezca a los que están fuera de tal movimiento erótico, éste enteramente erróneo y enfermizo. Así no se refuta a Eros. Él no es más que la fuerza ávida misma del alma en desarrollo, que cree ver su ideal en lo que es indigno de ello. Pero esto es sólo una

prueba de que radica en lo más íntimo del alma la tendencia a la idealización. Una fantasía alimentada desde el interior extiende sobre el pobre aquí y ahora el resplandor de lo divino y elevado. Con la fantasía idealizadora, contempla el mundo un inagotable amor sediento de belleza, fiel y gozoso en la creación. Y, como bajo el hálito de un viento primaveral vivificador, el Eros despierta lo noble por todas partes donde mira. Bajo sus cálidos rayos nace la vida. En esto lo reconocemos. Cuando nada nuevo ni elevado nace de él, puede ser pasión o deseo, no verdadero Eros. Conforma los hombres y el mundo, inflama también de nuevo la extinguida antorcha de lo divino. Es un investigador y un luchador, pero también es un dominador *que se mantiene victorioso,* porque concuerda en la última unidad estético-religiosa con el sentido de la vida:

Ἔρως ἀνίκατε μάχαν.

DEL ETERNO RENACIMIENTO

(Saludo al «Deutsches Philologenblatt» con motivo del 25º aniversario de su fundación. 1916)

Los filólogos son, como su nombre indica, los guardianes del Logos, que nació entre los griegos y fué comprendido con nueva fe por el Renacimiento. Se dice que la esencia de esta época no es propiamente el renacimiento de algo antiguo, sino el descubrimiento del alma: del alma en sus relaciones con el floreciente mundo que la rodea, y no sólo por Dios, de quien viene y a quien va, en su retiro.

Los herederos del Renacimiento son, por ello, ante todo los herederos de la comprensión de la vida. No se les confía la exégesis de una acabada literatura de la época antigua y moderna, sino que en el tesoro histórico debe llevar a la ciencia el viviente dolor de su espíritu siempre cambiante. No está en sus manos la vieja eternidad, sino lo eternamente nuevo: la interpretación del espíritu de su época en relación con lo más grande del pasado. Enciende en su propia vida la del pasado, no a la inversa. ¡Como de otro modo sería posible que lo más noble de épocas anteriores se encontrara tanto tiempo desconocido y sepultado si no dependiera del corazón vivo que lo aprehende y propaga!

No callaremos que el trabajo del filólogo, sobre todo del hombre de escuela, tropieza ahora con frecuentes incertidumbres. Muévense éstas en dos direcciones: en el sentido del agitado momento presente, la historia universal se comporta rehusando todo esfuerzo que parezca un exhumar cansado de tesoros

anticuados. Pues somos nosotros mismos bastante ricos. Y aunque fuese necesario este rastrear y guardar el pasado, es dudoso que los encargados de tal función pudieran estar llamados a ser a la vez pedagogos de nuestra juventud. Su mirada se dirige hacia atrás; quien forma la juventud debe mirar hacia adelante. La vieja combinación de filología y escuela les parece ya a muchos no comprensible por sí misma y hasta impugnable y peligrosa.

La primera parte de esta censura sería legítima si constituyera el corazón de la filología el mero conocimiento de idiomas y textos, la transmisión de lo tradicional. En ocasiones así ha sido comprendido, siendo entonces el filólogo el hombre más extemporáneo de todos los tiempos. Pero examinemos la serie de los grandes filólogos desde Erasmo a Gesner, desde Wolf a Wilamowitz, hombres sinceros que estaban en el centro de *su* tiempo y le señalaban sus fines. ¿Qué quedaría por investigar, al menos en filología clásica, si todo fuera cuestión de conservar los materiales y de completar noticias? La *manera de concebir* que sólo surge del espíritu vivo consigue reunir con segura mano en el presente, el pasado y el futuro, y forma de esta unificación de los tiempos una vida nueva.

El segundo dardo tiene un alcance más profundo. La combinación entre el mundo espiritual de la filología y la vida de la juventud no siempre se encuentra y a menudo ni se busca. Y cada vez parece más difícil establecer entre ellos el interno. Pues la juventud quiere vivir su propio destino y no se inquieta por la continuidad misteriosa que la enlaza con los espíritus anteriores. Y, recíprocamente, el mero erudito pierde el sentimiento del mundo ingenuo que florece a su alrededor, renovándose constantemente. ¿Es un azar que no nos hayan dejado un buen libro sobre la juventud, ni uno de los innumerables que desde hace

cien años inician a la juventud en el estudio de la antigüedad y de las culturas extranjeras? ¿Lo es también que su científico celo se acerque más a los griegos que a la Alemania que se abre ante su vista?

El tiempo que viene sentirá de modo muy distinto acerca de esto. Pues sin encontrar su combinación íntima queda sin sentido la dependencia entre la filología y la escuela. Pero existe, y de ella queremos hablar.

Todo trabajo cultural, cualquiera que sea la función en que consista, puede comprenderse desde el punto de vista de la *expresión,* pues la cultura es expresión del alma, de su solitaria vida y de su elevación hacia lo espiritual. Cuanta más alma, tanta más expresión. Y cuanta más individualidad, tanto mayor el impulso hacia las obras y símbolos de unión. Y puede decirse que sólo donde el individuo se libera del sueño de la tradición y de la colectividad hacia la esencia particular y el ser interior, se despliega una gran cultura en todos sentidos. Rivalidad política y delicada simpatía, sed de investigar y lucha por Dios, bienes y riqueza, y fuerza creadora del arte nacen únicamente de la beatificadora y desesperante experiencia de la individualidad.

Sólo se comprenden por la individualidad que despiertan. Por eso escudriña el renacimiento en los términos de los antiguos, porque allí encuentra alma y pasión. Antes de que la victoria pudiera apreciarse en la forma dominante, debía preceder el parentesco de las pasiones. Sentimiento del mundo y soledad, análisis y dominio de uno mismo son los motivos fundamentales de este tiempo.

Por ello el Renacimiento no es un fenómeno que se dé una sola vez. Sino que actúa en tanto y tantas veces como la individualidad que lucha por expresarse se refleja en lo profundo de tiempos pasados semejan-

tes; y toda cultura nueva que se afana tras formas peculiares tiene también la esperanza de un renacimiento futuro. En la filología debiera brillar este llamiento renacentista como un fuego eterno; debiera ser eternamente joven.

Pues el rasgo fundamental de la juventud es el que indicamos: *descubrirse a sí misma y luchar por la propia expresión.* Sólo desde este punto central se comprende la edad proteica de la pubertad. Es imposible implantar valores en la juventud si no se comprende este renacimiento que en cada alma se agita con nueva tempestad por mucho que se dominen los tesoros del pasado.

Tiene, naturalmente, cada joven previamente un yo, y muestra un completo egotismo, un afán de sí enteramente despreocupado. Pero este yo es en sí mismo tan claro reflejo de toda experiencia y actividad, que no lleva a una conciencia personal, sino que parece entretejido, por decirlo así, en el mundo y en los otros hombres. Con razón se ha designado esta evidencia de toda la existencia, esta completa aplicación a las condiciones de la vida, como el rasgo característico de los años de infancia que preceden inmediatamente a la pubertad. Ciertamente que se inicia ya, especialmente en los muchachos, la tendencia hacia la independencia; no obstante, sólo en el mundo de la niñez, mundo de derecho y ley peculiares que no está en el mismo plano del de los adultos, por lo que sólo se encuentra con éste en dolorosos conflictos.

Las hondas transformaciones que se producen en los años siguientes suelen interpretarse como cambios fisiológicos, planteándolas unilateralmente desde el punto de vista de la vida sexual. Con igual razón pudiera partirse del lado psicológico; la relación entre ambos aspectos no es por ello más oscura. ¿Por qué ha de provocar la transformación de los órganos somá-

ticos una modificación de la vida psíquica y no la transformación del alma conformar al cuerpo En todo caso, nosotros nos mantenemos del lado del alma.

Cuando por vez primera el yo se enfrenta con algo singular y propio de las cosas y hombres que le rodean, engéndrase en la conciencia un mundo nuevo. Su primer rasgo es un aislamiento profundo. El dolor de la individuación se siente por primera vez. «Porque todo no es sólo para mí y uno con mi vida; es ajeno y no me comprende.» Se ha desgarrado la ingenua unidad. Con la conciencia del «yo» nace también la de un «otro» que repentinamente es ajeno y «no-yo». Pero, ante todo, rompe el punto hacia los hombres que hasta hoy eran nada o una pieza de la propia vida y que ahora llegan a ser más extraños, más problemáticas o aparecen por vez primera en el horizonte.

Por las experiencias primarias de particularidad y de soledad maduran todos los rasgos que acompañan a la pubertad. Se perfecciona la vida en dos sentidos: quiere admitir en sí al mundo y transformarlo en algo poseído por uno; y quiere imprimir lo propio en el contenido del mundo para transformarlo en expresión de una interioridad. ¿No es propio de la vida del adulto esforzarse por mil caminos hacia un fin — que sólo troncha, o más bien completa, la muerte —: volver a abolir la individuación?

Cuanto más diversamente pueda el alma entrelazarse con el mundo exterior de las cosas y de los hombres, tanto más variado llega a ser el movimiento de la vida que ahora se produce. Recibir y conformar se influyen incansablemente. Pero lo creador predomina. Y así se permitirá ahora poner una vez bajo el punto de vista de la *expresión,* todos los modos de conducirse en el mundo. Así, pues, cada actuación vital se inflama, con fuego propio, por sentido del alma que en ella vive. El material de la experiencia reco-

gida hunde casi el material sobre el que se ejerce la individualidad.

Y, sin embargo, con esto se enlaza aún otra cosa: por muy desmembrada en aspectos desligados que parezca así la vida, es ahora cuando recibe por primera vez el carácter de una unidad, de un todo. Por primera vez se la siente como *una* tarea en la que nada puede estropearse sin que para siempre persistan las consecuencias. Hay que comprender también este rasgo: aunque la vida carezca de trabazón en sus partes periféricas, en su centro se encuentra un yo, que refiere así todo lo particular, lo goza en sí y lo conforma de nuevo.

En este punto central actúan ahora por primera vez todos los campos de la vida que hasta ahora estaban cerrados o fueron experimentados sin actividad interior. Todos son ahora experimentados como modificaciones del sentimiento de sí mismo, usando una expresión de tiempos pasados. Y parece como si los seis campos culturales, a los que nos lleva un análisis de la complejísima totalidad, mostraran también aquí su significación fundamental (1).

El *trabajo económico* toma parte activa en el mundo real. Por vez primera se despierta el impulso hacia la independencia económica y la conciencia del valor de las propias ganancias. Aquí se encuentra, indudablemente, una acentuación del sentimiento de sí mismo; pues lo que lleva al esfuerzo económico no es sólo la lucha por la existencia, la humana concurrencia, sino también la voluntad de imprimir a las cosas propiedades que la colocan en una relación de valores con la propia esencia. El obrero manual ama su producción porque es expresión de su voluntad y capacidad de crear valores. El niño carece aún de yo eco-

(1) Compárese con *Lebensformen*, 6ª edición. Halle, 1927.

nómico. El hombre maduro ve aquí abrirse de pronto un aspecto del mundo que le estimula hacia el más activo movimiento.

Pero también la *voluntad de conocimiento* se despierta ahora. No sólo como afán de saber — que también vive en el niño —, sino como una pronunciada inclinación hacia la teoría, hacia la sistematización. Hay que colocarse un límite entre las leyes del mundo y la del propio corazón apasionado. También aquí radica una voluntad de dominio, ante todo sólo del dominio ideal de las cosas, que toma una posición enteramente distinta cuando se conoce desde fuera la ley y proceso que cuando se las anima con la fantasía infantil viviendo siempre con el miedo a lo incalculable.

El yo se libera a sí mismo persiguiendo el «en sí» en el mundo. Sólo que hay que decir que es una meta utópica, porque en todo sistema de conocimientos el interés del sujeto que conoce se mantiene inextinguible. Pero solamente esta elevación hacia el exterior de la pura función cognoscitiva, un plano — por decirlo así — en el que se puede proyectar todo fría y objetivamente, significa una victoria del yo despertado a la conciencia.

Es significativo para la falta de trabazón de la vida interna que el impulso contrario lleva a la acción con fuerza no menor; es decir, lo propio en las cosas y pensamientos se entreteje de forma que llegan a ser portadores y símbolos de una ínterioridad que lucha por expresarse. Pues quizá sea el aspecto más primitivo del *arte* que ésta anime su material, y que así en la palabra, el sonido, la piedra y el color encuentre de nuevo el reflejo del alma en formación. Si el conocimiento se esfuerza en deslindar las leyes propias del mundo del yo anheloso y apasionado, el arte quiere conjugar ambas partes: la vida de las cosas extrañas y sólo presentida y la propia vida. La fantasía crea-

dora transforma la realidad en un sentido que rápidamente se eleva a formación y vivificación. Por este juego de las fuerzas que otorgan sentido, el alma se eleva un peldaño más allá de la violencia real y respira en la libertad de su propio ser.

Pero la forma más elevada del dominio ideal sobre el curso del mundo nace cuando el alma por acción y significación entra completamente en él y no siente ya ninguna contradicción entre él y ella misma. Entonces retrocede el yo hasta las raíces de su esencia y se siente en salvo porque en ella encuentra de nuevo la gran voluntad del mundo o, dicho de otro modo, su Dios. La juventud tiene esa inclinación metafísica. Pues no puede hacerse consciente su individualización sin ardiente anhelo. Pero en el anhelo está el corazón del *proceso religioso*, tanto si aparece como disputas sobre Dios, o como venturosa tendencia a la unidad. Quien se descubre a sí mismo descubre también a Dios, quizá sólo como problema, como duda, como negación; el ateísmo es, con frecuencia, profundamente religioso. Como ha sentido profundamente Jacobi, yo mismo y Dios son correlativos como tú y yo. Y quizá tenga el mismo significado tener personalidad que tener religión; pues por aquélla la soledad de ser un tormento se vuelve una fuerza; y religión es fuerza.

Pero también, con los años de madurez, se ofrece al sentimiento de uno mismo el mundo circundante de los hombres, y por cierto en forma doble: como amor y como voluntad de imposición de uno mismo.

Comencemos con la *simpatía:* toda vida necesita comprenderse con otras; pero la comprensión casi jamás se consigue sin previo amor. Así crecen paralelamente la inclinación y la comprensión espiritual. Inclinación en todos los grados, desde la fugaz camaradería hasta la penetración en otra alma a la que se

lleva por primera vez la perfección del sentido de la vida. Pero no se olvide que amor es una forma también del sentido de sí mismo, incluso, quizá, la mayoría de las veces en que es «desinteresado». Por ello precisamente el primer descubrimiento del propio interior sólo se presenta en la comunicación con otra alma, en el reflejo por el amor o la amistad. Habitualmente los hombres no son para los niños ni un problema ni una individualidad; tiene que estar uno ya despierto para sí mismo para interesarse por otros.

Muy diferente del interés de la inclinación y de la comunidad es el del dominio. Toda *política* nace del impulso hacia la superioridad: por doquiera cada cual quisiera dominar aunque sea en el más pequeño rincón. El joven se compara con otros; mide sus fuerzas físicas y espirituales, defiende su propiedad y su honor de muy distinta manera que el niño. Es también más apasionado, más personal, porque ha adquirido conciencia este aspecto de la vida así como el económico. ¿Cómo podría sentirse como individuo sin extender sus derechos? La voluntad de poder, de imposición de la propia esfera de dominio es algo tan natural y originario en el hombre que no puede nunca expulsarse por completo ni por espíritu cristiano-altruísta ni por espíritu social. Sólo que los medios de dominio difieren infinitamente y en ellos se manifiesta precisamente cómo se siente y se valora el propio yo: las mujeres quieren dominar de modo enteramente distinto que el hombre y los hombres de ciencias que los generales. Todos se esfuerzan en expresar su estructura interior, y los «derechos del hombre» por los que luchan los individuos son mucho más diversos interiormente que lo que pudiera soñarse en 1789.

Todo en todo: economía y ciencia, vida estética y religión, simpatía y poder caracterizan a los nuevos mundos en que quieren asentarse quienes llegan a

la madurez. Puede que antes tampoco faltara por completo, pero ahora toma una coloración diferente: tras todo está la seriedad de la conformación de la vida, el impulso de manifestar en estas formas el escondido yo, dándole en estos contenidos nueva oportunidad para la formación de sí mismo.

Pero si no falta por completo ninguno de estos aspectos de la vida en los años de desarrollo, su significado es distinto y su aparición no es simultánea. Se comprende que la forma de expresión en que la resistencia del material sea menor será buscada antes y con más frecuencia que las demás. Pero —¡evidentemente! — en ninguna esfera de la vida juegan un papel menor las leyes propias del material que en el arte. El trabajo económico tropieza siempre con límites económicos, técnicos y fisiológicos; el conocimiento exige rigurosa objetividad y ha de renunciar a todo predominio del sujeto; toda religiosidad profunda lleva a la introducción del yo en una dependencia más elevada; y los hombres son un material de conformación no menos difícil, que el inexperto no puede convertír en vaso de sus esperanzas e ideales. En el dominio del arte, por el contrario, parece haber espacio también para las vivencias más subjetivas. Y entre las artes elige el adolescente de nuevo con predilección aquella en la cual la imaginación tiene el más fácil juego. ¿Pero que se conforma con mayor facilidad que las palabras y los sonidos? De aquí la predominante inclinación en los años juveniles a la poesía, al teatro, a la música, mientras el placer en el dibujo desaparece más bien a esa edad en los no específicamente dotados, e igualmente el gusto por las construcciones fantásticas.

El sentido evolutivo de los intentos poéticos y musicales se incorporaría así a una conexión superior. Pues las diversas formas que aborda en estos años

la afición literaria tienen de común el reflejo y la proyección de sí mismo: diarios, cartas, narraciones, poesías líricas son de tan poco valor objetivo por nacer únicamente de una fuente del arte (la experiencia subjetiva) y no, a la vez, de la conciencia de la ley objetiva de la vida. Las formas artísticas que exigen el verdadero don de la composición (novelas, epopeyas y dramas) se escogen muy raramente, y entonces suelen fracasar. Ante todo, estas aficiones y la de la música suponen sólo fenómenos generales de desenvolvimiento y en modo alguno dotes específicas prometedoras. En esta edad continúa siendo el órgano de comprensión de la vida, la fantasía, que en la infancia toma ingenuamente sus creaciones por los hechos mismos, tejiendo en su única gran conexión la realidad y el ánimo. Pero ya se conocen en gran parte los dolorosos desgarramientos entre realidad y poesía. La fantasía, por ello, se hace mucho más subjetiva, perdiendo de modo sorprendente mucho de la fuerza plástica que tienen los niños. Su función es muy otra: predomina la representación, análisis y goce de uno mismo; el rasgo lírico ha sucedido al épico; la época «sentimental» releva a la «ingenua».

Tal forma estética de la vida es un fenómeno general del desenvolvimiento, puesto que la *tendencia* a ella es fuerte y precoz en todos los jóvenes. Pero no obstante no ofrece a cada cual sino *una* de sus posibilidades, lo que es evidente cuando no existan condiciones para el desarrollo de este órgano. De ellos resultan dos grandes tipos de pubertad que presentan para el pedagogo problemas completamente distintos.

Sólo la minoría de los niños del pueblo pueden madurar felices en completa seguridad; sueños y entusiasmos libres, existencia puramente espiritual a pocos les está permitida, a los pocos que pertenecen aún a la escuela que no es exactamente la vida misma. Pe-

ro cuando la entrada en la vida coincide con los años de madurez, el anhelo de la libertad poética, aún manteniéndose igualmente fuerte, no puede desenvolverse. Y el naciente sentimiento de sí mismo se desvía hacia otros lados, busca satisfacerse con otras materias, no sin tejer también alrededor de éstas un velo fantástico.

El joven perteneciente a las capas más desheredadas, no sólo entra en estos años en la producción, sino que quiere ganar. Todo su impulso juvenil marcha en este sentido cuando se asienta por primera vez en este suelo, para desde él conquistar los restantes. Una sana estimación homogénea abarca el trabajo y sus beneficios. Sería difícil decir si predomina la alegría por el trabajo conseguido o su productividad. Pues enriquecen ambos su yo dándole el sentimiento del propio yo y seguridad crecientes. Nuestros discípulos de las escuelas de perfeccionamiento sólo son entusiastas y fantásticos en un punto, en lo que pueden llegar a ser y alcanzar por el trabajo. Es su forma de vida en los años de desarrollo. En cuanto es posible ponen su alma en la obra de sus manos, y lo hacen como expresión de su espíritu, que pugna por elevarse. Entre los ricos tampoco faltan las naturalezas típicamente utilitarias que, ya en el propio despertar, ponen la mirada en lo prácticamente útil inclinándose a la técnica, al comercio o a la industria, asentando sobre este terreno todos los ulteriores planes de vida.

Ambas formas juveniles requieren también modos distintos de actuación pedagógica. Diferenciemos medios y fin; en ambos el fin es el mismo; formar hombres *completos* y no *meros* literatos u hombres productores. Por ello una de las tareas consiste en contrapesar en los unos el entusiasmo inactivo, en los otros el utilitarismo. Pero la palanca se encuentra, naturalmente, en lo que ya está vivo. Por ello otra tarea consiste en

ennoblecer, profundizar y ensanchar lo que el discípulo aprecia. El joven esteta puede por este órgano aprender a conocer la vida entera; hay tan sólo que liberarle de su subjetividad e introducirle en las potencias subjetivas del destino por el trabajo y serio esfuerzo para otros. El joven trabajador, por el contrario, debe ser traído hacia sí mismo desde el mundo de los bienes y de las cosas, con lo que se enriquece (como cada día atestigua) y aprende a ver su actuación en una relación superior (1).

En realidad, tanto el uno como el otro están descontentos de lo que ya son. Ambos quieren experimentar en ellos mismos también el aspecto de la vida. Y lo que en los adultos es un signo de desarrollo infortunado, es casi lo regular en los jóvenes: que el órgano especial de la inteligencia está desligado de la vida. Este, que se exalta fanáticamente, es rigurosamente materialista en su trabajo científico, y aquél, que ordenó su vida al servicio de la utilidad, es un entusiasta poético. Sólo más tarde se desenvuelven estos miembros hacia una firme conformación. Pero a veces perseveran extrañas formas híbridas. No es raro el erudito a quien una necesidad artística o religiosa impulsa a dar a su ciencia unos fundamentos que quisiera justificar por la ley del conocimiento, aunque proceden de otro lado del espíritu. El hombre de empresa en ocasiones sucumbe a fantasías que destruyen su obra económica, o un esfuerzo de investigación le conduce a caminos en que se arruina. Todo esto está uno junto a otro casi en paz en los años jóvenes; puédese entonces en en apariencia, pues alguna vez debe llegar lo desliga- apariencia conducir felizmente diferentes vidas. Sólo

(1) Mi discípula señorita Sohanna Wezel me ha dirigido hacia estas reflexiones por sus observaciones acerca del cuidado de la juventud.

do a una unidad firme y viable. Entonces se rechazará mucho de lo que en los años de desarrollo pudo valer casi como centro. ¿Cuántos poetizan a los treinta, entre los que se veían coronados de laurel a los quince? ¿Cuántos sonidos se extinguen al llegar las grandes tormentas de la vida que bien podrían exhalarse en música? Entonces podrían ser útiles los grandes maestros.

Pero en la madurez *toda* forma de vida se manifiesta, aunque sea fugazmente, una vez, como posibilidad que podría también seguirse. Es el mismo fenómeno que la profesión de actor enseña con tan atractivos colores a esta edad; se quisiera participar en todo, al menos durante horas o minutos; se quisiera *vivir la vida entera,* ¿y quién con plena libertad hubiese renunciado a ello?

En los mismos años en que otros se exaltan fantásticamente o enfocan lo enteramente práctico, hay pues, teóricos acabados. No se satisfacen con buscar con apasionada avidez conocimientos por la investigación y la acumulación, sino que edifican el propio sistema, esperando poder tejer un campo objetivo completo con pocos conceptos fundamentales. Cierto que en ellos juega también su papel el impulso artístico hacia la unidad y la simetría, y que el motivo religioso contribuye a la inclinación, retrotrayendo inmediatamente cada conocimiento particular hacia la totalidad de una representación del mundo. Hay también positivistas crasos, que con frialdad certera observan hechos y deducen consecuencias, en las que el ánimo — si podemos reunir bajo este nombre los otros impulsos espirituales— no influye lo más mínimo en el proceso de conocimiento. Tiene también aquí mucho interés observar al hombre en evolución; si esta función intelectiva colma toda la amplitud de su interior, de modo que «vive» sólo en ello, y lo restante permanece sin desarrollar,

porque los problemas físicos, la investigación histórica, la sistematización botánica, significan todo el contenido de su existencia; o si junto a éstos conoce otros estímulos, pero segura y conscientemente aísla su investigación; o, finalmente, si este motivo fundamental admite los otros hasta un embrollo sin solución, como hacen los historiadores románticos o los investigadores metafísicos de la naturaleza.

Lo más raro en la juventud es la consideración fría, cognoscitiva de los *hombres*. Pero si por ello es la edad del primer amor y de la primera amistad, adhiérese a estas relaciones algo subjetivo, que las hace aparecer como formas de la *acentuación de sí mismo*. El joven, al menos, ama a la muchacha como reflejo de sí, todavía no como individualidad y verdadera existencia humana. Siente la dicha de su propia alma en el eco de la otra. Lo mismo sucede en la amistad: es la base llena del sentimiento de autoinspección y autoanálisis más sabrosos. Al penetrar en la vida ulterior terminan por sufrirse crisis, en las que uno aprende a conocer por vez primera al otro. Con esta subjetividad está relacionada la idealización de los hombres, es decir que su imagen se crea en lo interior enaltecida con todo lo noble humano y como apartada de la realidad. El hombre real tiene que pagar el no corresponder a este ideal y entonces chocan, en muchos casos, padres e hijos. Por ello son los maestros tan duramente criticados, al ser medidos con tan puros ideales. Todas las relaciones espirituales de la juventud implican algo erótico, pero casi nunca un impulso sexual. Más bien muéstrase la espiritualidad de esta edad, en que lo psíquico permanece casi absolutamente separado de lo físico. Sépanlo los pedagogos. Si por un momento desgraciado ambos campos se mezclan de modo poco noble, todo está perdido frecuentemente. Pero en tanto que un alma ajena en completa pureza sólo puede

ser sentida como alma, está abierto todavía el acceso más profundo a lo noble de una naturaleza. El rasgo erótico, es decir, la inclinación idealizadora del cuerpo y del alma, puede darse entre jóvenes del mismo sexo tanto como entre muchacho y muchacha. Y alcanza hasta grandes diferencias de edad y no obstante toda idealización conserva el parentesco con la procreación espiritual, que Platón ensalzó por primera vez; es una fuerza de procreación espiritual, que impulsa, en estos años puros, al hombre hacia el hombre, formando la personalidad de un ser por la del otro. También aquí precede mucho lo espiritual a lo físico. Amistad y amor son, pues, mundos que comienzan con el despertar del alma. Pero son aún tan fuertemente subjetivos, tan sacados del propio yo, que rara vez se da en esta edad la forma de vida del amor que ayuda y se sacrifica. Jamás viven en edad tan temprana las muchachas por este órgano; lo que no excluye que, en el momento de la excitación más idealista, la tarea del propio yo no pueda procurar el más alto goce de sí mismo.

Pero mucho más cerca se encuentra, al menos en el adolescente, la tenaz voluntad de dominio e imposición de sí mismo. Los instintos guerreros viven ya en el niño, se orientan ahora en el mundo real. Comienza la conquista de los conceptos ciudadanos. El joven quiere ser reconocido, sino por los adultos, al menos por los muchachos de su edad. De estos rasgos puros y naturales se engendra con frecuencia un peligroso espíritu de aventura, que entra en conflicto con el poder del estado y de la ley. También mucha golfería. Pues tan diversos como las dotes humanas son los medios por los cuales los individuos quieren hacerse valer. Las fuerzas del cuerpo y del espíritu: belleza, alegría, éxitos, concurren en abigarrada competencia y provocan un inestable juego de aprecio y depreciación social. *Por doquiera* cada cual quiere valer algo. Si se le

hace experimentar ese sentimiento se lo tiene en la mano. A pesar de esta inclinación natural a la propia elevación, son raros los dominadores natos, o, al menos, difíciles de reconocer a esta edad. Pues en la vida actual, el cabecilla en los juegos no siempre se sostiene luego a la cabeza. Apréndase a los precoces organizadores, que saben utilizar a cada cual en su puesto. Éstas son las naturalezas dirigentes de nuestra época: los futuros políticos, los grandes financieros, los agitadores. La educación de los antiguos lo subordinaba casi *todo* a formar tales hombres. Hoy nos preocupamos poco de elo, considerando tal aptitud, al parecer, como un don de la naturaleza.

Terminaremos con un último punto: Rousseau supo ver que en la edad de la vida que estamos considerando se forma la verdadera religiosidad. Este hecho aparece enmascarado porque en el joven, como en general en el hombre de acción, todo lo que emprende llega a ser religión. Trabajo profesional, arte, ciencia, amistad, voluntad de dominio tienen un rasgo religioso que podríamos llamar también metafísico. Es decir, condicionan de un modo absoluto la vida del joven, que — lleno de presentimientos — siente en cada uno de ellos el sentido del mundo. Y para el joven el mundo entero marcha bajo la luz del órgano a través del cual él vive; su ideal interior de vida llega a ser para él la divinidad. Así uno reza al dios de la belleza, otro al dios que exige y ayuda (que no siempre es Mammon), un tercero al dios del amor, mientras el cuarto lo busca en la verdad, o en la omnipotencia, creyéndose señalado para ejecutar en la humanidad la voluntad del poder supremo. No es tan frecuente que el adulto coloque la vida entera bajo un signo *marcadamente* religioso, y que la religión continúe siendo para él algo junto y sobre la vida. Cuando esto es efecto únicamente de la tradición o del medio no

es signo de personalidad ni de fuerza. Pero puede llegar a ser la forma de existencia más auténtica del individuo cuando el alma (retirada, por decirlo así, de todo contenido que pueda darle el mundo) sólo se ha cultivado a sí misma y sólo ha atendido a su salud y destino; dicho de otro modo, cuando la busca de Dios domina a las restantes consideraciones y llega a ser el tono fundamental de la existencia el diálogo entre el alma en soledad y el sentido, presentido y oculto, del mundo. No preguntamos aquí la profundidad que alcanzan tales místicos apartados de toda experiencia concreta. Es suficiente indicar que cuando su mundo se derrumba también queda para los demás este último refugio y que hay hombres que desde sus primeros años viven en esta isla de bienaventuranza. Sólo que frecuentemente se combinan con él fanatismos malsanos que ya no actúan constructivamente. Todavía más peligroso que el profano entusiasmo artístico es la vehemencia del instinto religioso. En América, el país de las sectas, la catequesis pudiera llegar a ser, en verdad, un punto central de la psicología de la pubertad, como indican de modo impresionante los escritos de Starbuck y Stanley Hall (1). También hay que conocer estas creaciones de la individualidad en formación si se quiere enjuiciar bien el desarrollo de los adolescentes y, sobre todo, cuando se quiere fomentarlo con eficacia.

En formas tan diversas exteriorízase el despertar de la conciencia de sí mismo. Todas son únicamente rayos de una vida indivisible que, extendiéndose desde el foco del yo, se adueña del mundo objetivo, para una vez enriquecida por él replegarse en sí misma. En ge-

(1) Al publicarse este trabajo (1916) había una sola obra completa sobre la pubertad: Stanley Hall, "Adolescence", 2ª edición, Nueva York 1911. El boceto mencionado lo he seguido de cerca en mi libro "Psychologie des Jugendalters" (1924). Cito además las obras de Walter Hoffmann, Charlotte Bühler, Tumlizz, William Stern y Schlemmer.

neral no puede decirse en toda existencia particular cuando se da este paso de la adolescencia a la madurez. Muchas naturalezas se despiertan muy pronto, a veces por la influencia de duros sufrimientos o en una atmósfera estética sofocante. En general precede el desarrollo estético a los demás, pero no deben confundirse las imitaciones técnicas de los niños con el comienzo de esa vivificación, sin la cual el arte permanece dormitando.

Pero también es muy indeterminada la duración de la pubertad. Parece que en la actualidad, sobre todo en las capas superiores de la sociedad se alarga más que antes. Pues los sorprendentes caracteres de la pubertad (el estar sin relacionarse las facetas de la vida individual, acentuación de sí mismo y subjetividad, sentimentalismo e hipersensibilidad, exaltación estética sin verdadera fuerza creadora, sobre todo dilettantismo, en campos en los cuales no se resuelve el destino de la vida) se encuentran muy frecuentemente en jóvenes de más de veinte años. Por otra parte también estriba la genialidad en que ciertas cualidades de la pubertad se mantienen vivas en la edad de la verdadera madurez; distínguese tan sólo este fenómeno de los otros por la gran seguridad con que se realiza un fin vital completamente unitario. Todos los restantes órganos del alma, son abarcados por uno (artístico, político, científico), que de tal modo los domina, que adquieren el matiz del motivo fundamental. Los genios son unilaterales, y viven sin embargo a su modo la vida entera: Beethoven comprende musicalmente a Napoleón; Pestalozzi comprende todos los misterios por la fuerza del amor; para Kant el mundo es una conexión racional.

En los años de desarrollo se decide, pues, desde el interior el camino de la vida; la capacidad de formación más profunda también se da en el período de la

historia que se designa como el segundo nacimiento, y por tanto es *también un renacimiento*. Mas el renacimiento, que inaugura la nueva edad, no debiera llamarse así porque, en realidad, significa el *primer* nacimiento del hombre moderno, que siente como nosotros; del mismo modo la madurez es también el verdadero nacimiento espiritual del individuo. Se sigue pensando siempre muy superficialmente en ambos fenómenos. El *hallazgo* de los tesoros espirituales de la antigüedad no ha creado el individualismo moderno; por el contrario, fué el despertar de la individualidad organizada más sutilmente, lo que indujo a *buscarlos*. Y tampoco la educación es lo que hace maduro al hombre, capacitándole para emprender cosas que antes se le ocultaban; sino que el crecimiento de su alma inaugura en él el órgano de la comprensión. Únicamente entonces se puede *comprender* lo que de cierta manera ya se llevaba oscuramente en sí. El joven que, en su desarrollo, se contempla con asombro y con misterioso horror, queda devotamente ante la puerta de la vida y cree presentir el más profundo sentido de ésta. Lo encontrará, pero a su modo. Y quizá esta adquisición del mundo por uno mismo sería un camino propio para naturalezas personales y fuertes, que todo lo viven por su propia cuenta y sin preguntar mucho si alguien ha pensado o sentido así antes que ellos.

No podemos dejar seguir este camino a nuestra juventud. La robinsonada en la formación, más que rejuvenecer la cultura la volvería pobre y sin raíces. Hemos de conectarnos con lo pasado y lo heredado. Pero no pura y simplemente porque existió antes (motivo de encanto para el anticuario), pues lo viejo por viejo tiene tan poco interés como lo nuevo por su mera novedad. En general la cronología no sirve para medir ni el valor ni la eficacia. Capas de la cultura enteramente viejas cuentan, a veces entre las que nos sos-

tienen con más firmeza, mientras otras enteramente nuevas sólo son dignas de ser enterradas. Llamamos *bien formativo* lo que aun vive porque puede y debe ser asimilado por el hombre que vive y comprende; los filólogos son los guardianes de tales bienes y en un doble sentido se les confía el eterno renacimiento.

Debe mantenerse abierto a todo valor que por vez primera nazca del espíritu humano. Su sacerdocio no debe limitarse a las palabras sino tener a la vista toda la ramificación de la cultura. Tampoco son guardianes exclusivamente de la antigüedad, sino que han de tener en su mano el pasado alemán y la obra creadora de otros pueblos. Los filólogos clásicos fueron los precursores de los filólogos en general, y los filólogos a su vez los protistas del magisterio entero, únicamente porque el renacimiento suministró el gran ejemplo para el futuro de cómo puede resucitarse a nueva acción lo aparentemente enterrado. Pero nada impide comprender el nombre, de modo que englobe en general a todos los guardianes de la vida del espíritu (1).

Pero no sólo deben guardar el fuego sagrado sino transmitirlo a otros. Por esto, según su definición más genuina, pertenecen a la juventud que, animada de espíritu renacentista, busca contenido nuevo para la nueva vida. La más íntima semejanza los aproxima. Y si según Platón necesidad y abundancia son propias del Eros en igual medida, un eterno lazo de amor liga a la auténtica filología con la juventud. La lucha por una posición en el mundo y por el sentido del propio destino recibe su más profundo apoyo en los bienes del pasado interpretado de un modo vivo. No es un azar que la introducción a la literatura y al arte ocupen el primer lugar en el período de for-

(1) Véase mi discurso en el "Jenaer Philologentag". "Der gegenwärtige Stand der Geisteswisssenschaften und die Schule", 2ª edición, Leipzig 1925.

mación superior; lo que procede únicamente de la marcha del desenvolvimiento interior que intentábamos describir. Por la aurora de lo bello se abre el mundo entero. En las creaciones artísticas del pasado se ofrecen desplegadas las grandes experiencias de la humanidad. Y la profunda espiritualidad del idioma, dueño de sus materiales, halaga íntimamente al impulso de la juventud. Pues su propio y rico movimiento interior se exterioriza en una abundancia poética del estilo, que se esfuerza en expresar cada pensamiento por los giros más diversos, a la vez que agota hasta lo último su sustancia por la comprensión y el sentimiento.

Y sin embargo, el idioma no es sino un medio y nunca debe llegar a ser un fin en sí. Los contenidos que se ofrecen a la mirada espiritual son ciencia y arte, vida estatal y sociedad, mundo del trabajo y religión. ¡Qué soberbia tarea abrir tales mundos a la primera pesquisa de una sensibilidad aún intacta! El filólogo está antes que nadie en las fuentes que forman de un modo superior a la humanidad cuando el sentido que damos a la filología es encender en la vida juvenil la vida del pasado. Y cuando tales fuentes limpia y claramente fluyen por su seno, si el mismo en su propia aurora bañó el seno de la tierra, ningún destino puede separarle de la juventud. Es falso que la historia envejezca y nos haga extraños a la vida. Más bien — como sólo la historia lleva una nueva luz al anuncio del destino — sólo por las cimas del pasado pasa el camino de un pueblo hacia un destino verdadero digno de tal nombre. Ambos, pasado y futuro se enlazan entre sí; y así el alma se libera y ensancha, para una comprensión más honda de sí misma, esto es, la profecía de la actualidad. Incluso la física y la técnica permanecen muertas si no se despierta el espíritu que las creó y produjo.

Por otra parte, tampoco podría nuestra juventud, por grande y seria que sea su propia vida, pasarse sin esta dirección. Pues sólo posee completamente los bienes espirituales de su época quien sabe también situarse *sobre* ellos, liberándose de lo que en nuestra cultura queda por superar aún. Pero la otra exigencia no es menos seria: quien quiera influir en el futuro no debe persistir en el pasado. Debe conocer el mundo que le rodea hasta lo más profundo, debe comprender la juventud de éste. Y hay una inteligencia creadora que eleva la individualidad desde lo que ya ella es, a lo que puede y por tanto debe ser.